



**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO  
FACULTAD DE HUMANIDADES**

**LICENCIATURA EN HISTORIA**

**T E S I S**

**Fuerzas armadas europeas del Segundo Imperio Mexicano (1864-1867)**

Que para obtener el título de:  
**Licenciado en Historia**

Presenta:  
**Gerardo de Jesus Reyes Santiago**

Asesor:  
**Dr. Fernando Díaz Ortega**

Co-asesor:  
**Dr. Francisco Lizcano Fernández**

**Toluca, Estado de México, 2021.**

## Índice

<b>INTRODUCCIÓN</b> .....	3
<b>CAPÍTULO I.</b>	
<b>EL CUERPO EXPEDICIONARIO FRANCÉS</b> .....	20
<b>1.1 Medios militares</b> .....	22
1.1.1 Número de unidades militares.....	23
1.1.2 Armamento y organización .....	23
<b>1.2 Objetivos políticos y económicos</b> .....	27
<b>1.3 Actividades militares</b> .....	31
<b>1.4 Relaciones de poder</b> .....	34
<b>CAPÍTULO II.</b>	
<b>EL CUERPO AUSTRIACO DE VOLUNTARIOS</b> .....	44
<b>2.1 Medios militares</b> .....	45
2.1.1 Número .....	46
2.1.2 Organización.....	48
2.1.3 Características de los integrantes .....	50
2.1.4 Oficialidad.....	51
2.1.5 Experiencia previa de combate .....	52
<b>2.2 Objetivos del cuerpo austriaco en México.</b> .....	55
2.2.1 Misión.....	55
2.2.2 Motivos políticos .....	56
2.2.3 Área de operaciones .....	58
<b>2.3 Interacción interna y externa</b> .....	61
2.3.1 Nacionalismos .....	61
2.3.2 Relaciones de poder y actividades militares en México. ....	65
<b>CAPÍTULO III.</b> .....	69
<b>LA LEGIÓN BELGA</b> .....	69
<b>3.1 Medios militares</b> .....	70
3.1.1 Número y organización .....	70
3.1.2 Características de los combatientes.....	72
<b>3.2 Objetivos</b> .....	74
3.2.1 Política y finanzas .....	74
3.2.2 Interacción interna, externa y actividades militares.....	79
<b>CONCLUSIONES GENERALES</b> .....	114

<b>BIBLIOGRAFÍA</b> .....	122
<b>ANEXOS</b> .....	127
<b>Anexo No.1. Tabla con la cantidad de municiones y tipo de armamento empleado por el     Cuerpo Expedicionario Francés en los combates de Orizaba, Puebla y México</b> .....	127
<b>Anexo No. 2. Tabla de integrantes de la oficialidad del cuerpo austriaco de voluntarios ..</b>	128
<b>Anexo No. 3. Mapa de la Segunda Intervención Francesa (1862-1867)</b> .....	142
<b>Anexo No. 4. Mapa de la campaña en Michoacán del Regimiento de la Emperatriz</b> .....	143
<b>Anexo No. 5. Ruta de los belgas hacia Monterrey</b> .....	144

## INTRODUCCIÓN

El objetivo de este trabajo de investigación es analizar las fuerzas armadas europeas del Segundo Imperio Mexicano de 1864 a 1867 las cuales prepararon el camino para establecer el régimen imperial, sostuvieron dicha administración y se mantuvieron en un estado de guerra constante contra la resistencia republicana que no pudieron sofocar. Las fuerzas armadas que llegaron a México fueron el Cuerpo Expedicionario Francés de México que permaneció en el país de 1862 a 1867, el Cuerpo Austriaco de Voluntarios que llegó a México a fines de 1864 retirándose en 1867 y la Legión Belga que llegó en 1865 y salió del país a inicios de 1867, por tanto, se eligió como fecha de inicio 1864 debido a que corresponde con el inicio del Segundo Imperio Mexicano y abarcó hasta 1867, fecha en que los 3 contingentes militares evacuaron el país para regresar a Europa y la administración imperial mexicana llegó a su fin tras su derrota en Querétaro y posterior fusilamiento de Maximiliano por las fuerzas republicanas.

Para cumplir adecuadamente con el objetivo general planteado es necesario atender puntualmente el cumplimiento de los siguientes objetivos particulares. En primer lugar y con la finalidad de conocer las capacidades fácticas de cada contingente militar planteamos estudiar las características bélicas tales como el número de tropas (que estuvo en constante cambio); el equipamiento del que dispusieron (útil para saber el tipo de guerra que podían realizar); las características de los soldados y oficiales enviados a México, especialmente en los austriacos y belgas que no eran soldados profesionales como los franceses, sino voluntarios; la experiencia previa de combate con la que llegaron a luchar ya que en el caso de los franceses, éstos tenían experiencia por ser una nación en constante conflicto con guarniciones en diversas partes del mundo.

El segundo objetivo particular es analizar los objetivos y motivaciones de cada uno de los contingentes de tropas a través del estudio de quien las respaldaba y como determinó ello sus actividades militares en México; de tal forma que se averiguó el tipo de combate al que fueron autorizados por sus comandantes militares, los sujetos políticos y sociales a los que debían proteger o combatir, el tipo de operaciones militares que podían desarrollar desde el punto de vista administrativo, así como el objetivo final que determinaría el éxito de su misión.

Pasando a un plano político-diplomático, el tercer objetivo se refiere a estudiar las órdenes emitidas por los gobiernos de las metrópolis de los combatientes (París, Viena, Bruselas). En este punto se buscaron datos de tipo geopolítico, económico y diplomático que pudieran proporcionar un panorama global del telón internacional en el cual fueron posibles el imperio y el papel que cada contingente de tropas jugó.

El cuarto objetivo es identificar el área de operaciones o entorno al que fue destinado cada contingente, las rutas que emplearon, las zonas del territorio que ocuparon o tuvieron en disputa con los soldados juaristas, así como los puntos más importantes en los que se encuartelaron o presentaron batalla.

Dentro del quinto objetivo particular se contempla analizar las relaciones de poder dependiendo de la organización o estructura interna de cada uno de los ejércitos extranjeros; es decir, la cadena de mando conforme a su misión (segundo objetivo) vinculada con la figura del imperio a quien estuviesen más ligadas. En este aspecto se contemplan los aspectos de poder que tuvieron cada una de las fuerzas armadas (fácticas, militares o normativas) basadas en las instrucciones otorgadas a cada contingente.

El sexto objetivo particular es analizar el aspecto psicológico y social relacionado con los nacionalismos a través de los datos vinculados con la procedencia de los soldados, con especial énfasis en el cuerpo de voluntarios austriaco que fue un mosaico cultural, además, al estudiar la historia previa a los acontecimientos del segundo imperio de los países de cada contingente fue posible aclarar las percepciones y actitudes entre cada tropa. Finalmente, se expuso parte de las autopercepciones que cada tropa tuvo de sí y que esperaban lograr en México.

Por último, el séptimo y último objetivo particular es estudiar cronológicamente las diferentes acciones militares (desplazamientos, batallas, servicios de escolta, etc.) que las tropas desempeñaron en México con la finalidad de distinguir su interacción interna y entre contingentes, sus vínculos con los actores políticos del segundo imperio, los recursos económicos que tuvieron a su disposición y los efectos del nacionalismo y las relaciones de poder en las tareas encomendadas.

Con dichos objetivos es posible plantear como hipótesis que las fuerzas extranjeras estuvieron descoordinadas entre sí y no desarrollaron una lucha unificada en contra de los republicanos en todos sentidos, tanto en los aspectos nacionalistas de cada contingente de tropas, las relaciones de poder que surgieron durante su estancia en México, así como en el nivel de equipamiento, acción y distintos objetivos que hubo en cada contingente.

La importancia del tema la sustentaré en dos sentidos, por un lado, la importancia social del tema en sí mismo, y, por otro lado, el aporte en relación con el estado de la cuestión. En cuanto a la primera parte de la justificación podemos señalar que dicho tema es muy importante debido a que Maximiliano de Habsburgo y Carlota de Bélgica constituyen los representantes de la presencia extranjera en nuestro país, forman parte de la memoria e imaginario histórico de México por el famoso “Castillo de Chapultepec” y el “paseo del Emperador” (hoy Av. Reforma), representantes de un efímero gobierno imperial que, a pesar de su corta duración (1864-1867) despertó y sigue despertando un amplio interés por su estudio, análisis y debate. A la fecha, el Imperio de Maximiliano y la presencia extranjera es parte fundamental del discurso histórico oficial al estar inserto en uno de los conflictos armados de carácter internacional más importantes de México durante el siglo XIX, lucha que contribuyó a consolidar el proyecto liberal republicano encabezado por hombres como Benito Juárez, Sebastián Lerdo de Tejada, José María Iglesias, Guillermo Prieto y Porfirio Díaz.

El estudio de los 3 grupos de fuerzas armadas imperiales es importante en tanto fueron quienes sostuvieron al imperio mexicano con sus acciones militares en las que se expusieron a los efectos de la guerra tales como la muerte, heridas, hambre, frío y los efectos psicológicos de estar lejos de sus países y familia en un ambiente que para ellos debió ser extraño y hostil no solo por las características sociales y climáticas de México, sino por las constantes peleas que hubo entre ellos, pese a tener los mismos enemigos y una misma administración que defender.

La Intervención francesa y el Segundo Imperio Mexicano formaron parte de una larga lucha entre conservadores y liberales, cuyo enfrentamiento armado había iniciado en 1857 con la denominada Guerra de Reforma donde los liberales habían salido victoriosos en 1861, lo cual no significó que los políticos y militares conservadores estuvieran derrotados en su totalidad,

pues siguieron acosando militarmente a la administración liberal antes de la llegada de las fuerzas armadas extranjeras a México.

Las acciones francesas en México fueron consecuencia de las gestiones del partido conservador en Europa solicitando una monarquía y un príncipe europeo para México, las ambiciones geopolíticas y económicas del II Imperio francés y la guerra civil de los Estados Unidos de Norteamérica que permitió a Napoleón III, emperador de los franceses, intervenir libremente en México.

La situación geopolítica mundial, el tamaño y lo accidentado del territorio mexicano, así como el estado económico y la cohesión político-militar tanto de imperialistas como liberales serían determinantes en el resultado del conflicto. La causa de los bandos involucrados en México fue sostenida militarmente por distintas fuerzas armadas establecidas en el territorio nacional que, a través de sus batallas y escaramuzas contribuyeron a la victoria o derrota del proyecto político por el cual luchaban. Conviene subrayar que en México durante este conflicto y varios que le precedieron después de la independencia en el año de 1821, la fuerza militar era un reflejo fiel de la fortaleza política de un determinado régimen, a esto se sumaba el hecho de la influencia de los caudillos militares y fuerzas armadas en los asuntos públicos.

Las tropas que se enfrentaron en México fueron, del bando liberal, el ejército republicano, así como los grupos guerrilleros afines a él; mientras que en el bando imperial fueron las tropas conservadoras (posteriormente imperiales) mexicanas, el Cuerpo Expedicionario Francés en México, El Cuerpo de Voluntarios Austriaco y la Legión Belga.

La caída del régimen de Maximiliano de Habsburgo en 1867 llevó al fracaso el proyecto imperial-monárquico mexicano, así como los objetivos de la intervención francesa. Para el Partido Conservador, representó el cierre total de la política mexicana mientras que, para el proyecto republicano, encabezado por el Partido Liberal significó el triunfo de su causa y la consolidación del proyecto constitucional de 1857, así como su establecimiento como grupo de poder político hasta 1910.

El Segundo Imperio Mexicano ha representado el punto de partida narrativo de la historia patria u oficial, cuyo discurso maniqueo creció durante la época del Porfiriato y tomó al Segundo Imperio como piedra angular para edificar un discurso nacionalista e integrador de

la nación mexicana, en medio de una sociedad marcada por las desigualdades y a la que había que unir por medio de una historia selectiva del pasado, de tal manera que se creara una experiencia común para todas las regiones del país.

Vale la pena recordar que antes de 1867, desarrollar una “historia patria” había sido imposible, pues los conflictos entre la clase dirigente, así como las diferencias entre visiones históricas y proyectos de nación, así como los marcados regionalismos lo habían impedido.

En las distintas historias de tinte liberal hechas a fines del siglo XIX y principios del XX se consideró al imperio como el último gran obstáculo para constituir el México republicano, el cual era el “destino” del país desde el final de su independencia. La Intervención y el Imperio vendrían a ser (en la versión liberal), el último enemigo al que los “mexicanos de bien” se enfrentaron para defender su patria y consolidar el proyecto liberal encabezado por Juárez y sus ministros.

Al mismo tiempo, los años transcurridos durante la Intervención y el Imperio transformaron lo que había sido una guerra civil en una “lucha por la nación”, y los proyectos políticos alternos al liberal en traición, aquellos que se unieron al Imperio fueron tildados de traidores o malos mexicanos (aún y cuando muchos liberales se adhirieron al gobierno de Maximiliano). Se crearon héroes y villanos, en donde los villanos eran los personajes conservadores, los franceses, belgas y austriacos; mientras que en el bando de “los buenos” se incluyó a los políticos y militares liberales fieles a Juárez y su proyecto, incluso, al mismo emperador Maximiliano de Habsburgo, catalogado como un personaje ingenuo que fue engañado por los conservadores.

En cuanto a la justificación vinculada con el aporte relacionado con el estado de la cuestión, es importante señalar que este trabajo contribuye a la historia e historiografía sobre el imperio mexicano siguiendo la línea de los estudios contemporáneos sobre dicha temática, en los cuales han aparecido nuevas variables o perspectivas diferentes de estudio alejadas de la tradicional dicotomía de la historiografía oficial. Puede considerarse a esta investigación como un breve aporte a la historia bélica y del poder en México, con base en la información obtenida y la perspectiva teórica con la que se estudió.

Esta investigación se alejó del maniqueísmo en que caen diversas obras que han abordado la época y ha tratado de ser lo más objetiva e integral posible en la búsqueda e interpretación de los datos apeándose únicamente a la información obtenida tanto de fuentes de tendencia republicana e imperial, así como a la perspectiva teórica planteada sobre el poder y el nacionalismo. Otro aspecto donde el presente estudio marcó diferencia con respecto a otras obras fue el evitar centrarse en una o varias figuras del imperio como, por ejemplo, Maximiliano o Carlota y en cambio estudiar a los individuos que estuvieron alejados de la cúpula político-militar, pero fueron fundamentales en el desarrollo de la administración imperial mexicana.

Tanto para señalar puntualmente el aporte en relación con el estado de la cuestión como para indicar las fuentes primarias secundarias vamos a hacer la descripción correspondiente. Cabe señalar que la temática tuvo como particularidad poseer datos de procedencia mexicana y extranjera resultado de la participación de actores de ambos lados del Atlántico en los sucesos del imperio. Como fuentes primarias se utilizaron diarios y cartas de militares imperiales que sirvieron en los cuerpos austriaco, belga, francés e incluso del bando republicano. Así mismo, se empleó la correspondencia y memorias de Maximiliano y Carlota, así como de personajes cercanos a ellos debido a la amistad o por ser parte del gabinete imperial y del cuerpo diplomático. Respecto a las fuentes secundarias se emplearon diversos materiales provenientes de autores mexicanos o europeos con distintas perspectivas u objetivos. Estas obras aportaron el estado de la cuestión y definieron el rumbo que la investigación tomó para poder integrar un contenido diferente con respecto a los ya publicados.

A continuación, se refieren algunas de las principales obras consultadas sobre la Intervención Francesa y el imperio de Maximiliano. Fueron escogidas dependiendo de su importancia en atención a tres criterios: primero, seleccionando aquellas que desarrollaron el discurso patriótico-liberal construido por la historia oficial. Posteriormente, las que provienen de la perspectiva conservadora-imperial y, finalmente las que contribuyeron con nuevas perspectivas de estudio sobre el imperio alejadas de toda parcialidad patriótica o política que dificultan un adecuado debate y construcción del conocimiento histórico.

Dentro de las historias con perspectiva oficial están las que glorificaron a los héroes militares como generales, guerrilleros y soldados. Tal como la obra de Juan de Dios Arias titulada

*Reseña histórica de la formación y operaciones del Cuerpo de Ejército del Norte durante la Intervención francesa, sitio de Querétaro y noticias sobre la captura de Maximiliano, su proceso íntegro y su muerte*, que retrata a los militares republicanos como hombres intachables en su conducta y acciones. También justifica la ejecución de Maximiliano como algo que fue legal y necesario.

Vicente Riva Palacio fue coordinador de *México a través de los siglos*, obra que marcó la manera en que la denominada “historia patria” se dividió en adelante. Las etapas planteadas fueron: conquista, independencia y el periodo de la reforma. Este último representaba para México su “mayoría de edad” así como la culminación del ciclo que México había tenido que seguir para ser una república, forma de gobierno para la cual estaba destinado.

Otra de las obras que ensalza las acciones militares republicanas es la de Manuel Galindo y Galindo, en *La gran década nacional o relación histórica de la Guerra de Reforma, Intervención extranjera y del archiduque Maximiliano 1857- 1867* resalta el valor de los militares liberales ante un enemigo europeo que tenía fuerzas superiores. Además, hace una crítica al imperio argumentando que no tenía orden ni un plan político, militar o económico para su desarrollo, razón por la que fracasó.

En el mismo sentido y a fin de realzar la heroicidad de la población que se vio obligada a tomar las armas, escribieron José María Vigil y Juan B. Híjar y Haro el *Ensayo histórico del Ejército de Occidente* en el que además realizan una defensa del régimen republicano y sus hombres a los que consideraron los únicos representantes de la independencia y dignidad de la patria.

José María Iglesias escribió, durante la intervención las *Revistas históricas sobre la Intervención Francesa en México* en la que expone la injusticia de las acciones de Francia en México, la legitimidad del proyecto político liberal como la única vía política aceptable para México y sobre todo, la construcción de un discurso nacional de propaganda histórica que se convertiría en la piedra angular de la posterior historiografía liberal mexicana, en la cual, los conservadores y aliados se encuentran en el bando de los “enemigos de la patria”, mientras que los personajes del bando liberal serían los héroes y guardianes de la soberanía mexicana.

En un plano regional, pero no menos importante se encuentra el liberal Eduardo Ruiz y su *Historia de la guerra de intervención en Michoacán* publicada en 1896. Michoacano de nacimiento, este autor desempeñó diversos cargos públicos (en el bando liberal) durante la época del imperio y en los años posteriores, gracias a los cuales tuvo la oportunidad de ser testigo de primera mano de las campañas militares del ejército republicano en el estado de Michoacán, así como de acceder a documentos oficiales de los involucrados en la lucha, todo lo cual sirvió para escribir su historia.

En su libro, en el que deja de manifiesto el cariño que le tiene a su tierra natal, coloca en primer plano la importancia que tuvo el estado de Michoacán en la lucha contra la intervención y el imperio, a fin de que se le dé la importancia que merece en la historia nacional. Refiere a los mártires michoacanos que se sacrificaron por la causa liberal, principalmente los generales Arteaga y Salazar, fusilados por los franceses, así como los pueblos y ciudades que fueron dañados a consecuencia de los enfrentamientos. No deja de referir la importancia estratégica del territorio michoacano, al que en sus páginas considera como un muro infranqueable para las tropas europeas e imperiales, pues nunca lograron someter más que algunas ciudades.

Por lo que se refiere a la temática de esta investigación, el material expuesto de Eduardo Ruiz ha sido de gran importancia para el capítulo tercero, en el que se aborda a la Legión Belga, debido a que este cuerpo militar fue enviado a Michoacán, en donde tuvieron su prueba de fuego, haciéndose famosos a nivel mundial por su actuación en la batalla de Tacámbaro (1865) para posteriormente desarrollar otras acciones militares antes de partir rumbo a Monterrey en 1866.

El primer grupo de fuentes expuestas fueron de utilidad para conocer los episodios del segundo imperio mexicano con la perspectiva liberal nacionalista, en ese sentido, esta investigación realizó una aportación de la perspectiva imperial de dichos sucesos que permitió una comprensión global de los objetivos del imperio, las causas que impidieron su consolidación y la perspectiva que los militares europeos tuvieron sobre sí mismos y su misión. Además, los datos obtenidos ayudaron a un mejor conocimiento sobre los integrantes de las tropas a las que se enfrentaron los liberales y las actividades que desarrollaron durante su presencia en México.

Los autores de tinte conservador que escribieron durante esta época lo hicieron para justificar sus acciones y explicar el fracaso del proyecto imperial, al que consideraron ajeno a su proyecto político. En ese sentido está la obra del general Leonardo Márquez titulada *El imperio y los imperiales* en la que expone los episodios de su vida durante los años del imperio, intentando demostrar que los mote de traidor y sanguinario que se le atribuyen son falsos.

José Manuel Hidalgo expone una defensa del proyecto monárquico mexicano en su obra *Proyectos de monarquía en México*, en la que plantea que, contrario la afirmación liberal acerca de lo absurdo de la idea monárquica, existía un sentimiento favorable a ella en México que se remontaba a la época del virreinato y llegaba precisamente, hasta la época en que los franceses llegaron a Veracruz.

Otra obra tomada en cuenta fue *México de 1808 hasta 1867*, escrita por Francisco de Paula Arrangoiz y en la que el autor trata de explicar el fracaso del imperio mexicano echando la culpa de ello a la forma de gobernar de Maximiliano, contraria a los ideales de la clase que le había llamado a México, de tal manera que los conservadores no habrían tenido tanta responsabilidad en el fatal desenlace de la aventura imperial.

En 1904 apareció una publicación que causó polémica, el autor fue parte del grupo porfirista denominado como “Los Científicos”. Se trata de *El verdadero Juárez y la verdad sobre la intervención y el imperio* escrita por Francisco Bulnes quien cuestionó lo “glorioso” de los hechos que relataba la historiografía liberal. Aunque su principal crítica era hacia la figura de Benito Juárez, también lo hizo contra la idea de que la nación entera se había lanzado a la lucha contra el invasor, cuando, en realidad (según este autor), buena parte de la población aceptó sin mayor problema el nuevo orden de cosas. Además, juzga de faltos de capacidad militar al cuerpo de oficiales y jefes republicanos.

La crítica principal de Bulnes fue en contra de la figura del presidente republicano visto como “salvador de la patria”, pues, afirmó, el imperio no podía haber prosperado con o sin Juárez debido a su débil naturaleza política y económica además de la incompetencia gubernamental de Maximiliano para las circunstancias mexicanas. Cuestiona la estrategia tomada por el mandatario oaxaqueño juzgando que la misma causó mayores desgracias políticas, militares y sociales a México.

El segundo grupo de obras expuestas, cuya perspectiva es conservadora se enfocó a exponer los errores de la administración imperial, atacar a ciertos personajes liberales y justificar sus acciones a fin de librarse de culpas. Esta investigación ha realizado un aporte a la información sobre los imperiales exponiendo las formas en que colaboraron y sus principales acciones en México sin realizar juicios de valor acerca de sus contrincantes liberales y más bien, estudiando dichos acontecimientos con la óptica del poder.

Estudios recientes sobre esta época han ido dejando atrás el maniqueísmo que sesgó muchos de los estudios históricos antes realizados. La historia usada como arma para ensalzar o para descalificar ha dejado campo a nuevos trabajos que se han centrado en aspectos del gobierno de Maximiliano como la división y organización del territorio mexicano, la relación del gobierno imperial con las comunidades rurales y urbanas, la relación que hubo con la iglesia, la producción artística, el material fotográfico, el indigenismo de la pareja imperial, etc.

En el ámbito de la historia diplomática, Lilia Díaz publicó en 1967 la obra *Versión francesa de México*, de la cual, los volúmenes tres y cuatro abarcan la época que interesa en este caso. En esta publicación se refieren los informes que los ministros de negocios extranjeros en México enviaban al emperador para dar cuenta de la situación política, económica y militar que se daba en el país, a fin de que el emperador Napoleón III determinara la estrategia a seguir en México. El principal aporte de Lilia Díaz es la traducción al español del enorme bagaje de correspondencia que se intercambió entre las autoridades de Francia y México de la cual se obtuvo, además de datos inéditos sobre la intervención, la perspectiva con la que las autoridades del II Imperio Francés dirigían y observaban el desarrollo de su proyecto en tierras mexicanas.

En 1965 se publicó, en el marco del Primer Congreso Nacional para el Estudio de la Guerra de Intervención *Maximiliano y los alemanes*, cuya autora, Marianne O. de Bopp, examina a los alemanes que rodearon a Maximiliano. Por alemanes, de Bopp entiende para esa época a todos los grupos germanohablantes, pues aún no existía un estado alemán como tal, por ello, en su obra analiza tanto a prusianos como austriacos, bávaros y suizos. De esa forma, a lo largo de las páginas de este libro estudia el actuar e influencia de estos grupos e individuos alemanes en la corte imperial, su desempeño en las legiones militares de Maximiliano y las negociaciones diplomáticas del gobierno imperial con las naciones germanas. Cabe resaltar

la imparcialidad con la que la autora aborda a los distintos personajes de la época, aún y cuando son sus compatriotas, en sus líneas no hay atisbo de favoritismo hacia ellos o justificación de sus acciones.

Egon Caesar Conte Corti fue un historiador austriaco vinculado a la nobleza que escribió una de las obras más famosas sobre el Segundo Imperio Mexicano, la cual lleva por título *Maximiliano y Carlota*, publicada por primera vez en 1924. En ella reproduce y analiza la trama imperial introduciendo diálogos y respaldando sus afirmaciones en el archivo de Maximiliano resguardado en Viena. Actualmente, sigue siendo una de las obras más populares sobre la época por lo integral de los datos y perspectivas con las que los analiza y la forma de redactar de fácil lectura.

Acerca de los cuerpos de voluntarios austriaco y belga se han escrito un par de obras que analizan algunos de los diarios de los militares de dichas nacionalidades que lucharon en el territorio mexicano. Sobre los austriacos, Konrad Ratz les dedica un capítulo de su libro *Tras las huellas de un desconocido, nuevos datos y aspectos de Maximiliano de Habsburgo* en el cual aporta datos importantes como la procedencia, las campañas militares y el destino de los voluntarios al finalizar el gobierno imperial. Esta obra, uno de los estudios más recientes acerca de la figura del emperador, es una contribución importante al debate histórico sobre la época y así mismo, contiene varios capítulos encaminados a desmentir diversos mitos que cobraron fuerza a lo largo de los años como la huida de Maximiliano hacia Sudamérica, la masonería del emperador y el que haya pagado el castillo de Miramar con la dote de Carlota.

Sobre los belgas, Ángela Moyano escribió una obra titulada *Los belgas de Carlota. La expedición belga al imperio de Maximiliano* publicada en 2011 la cual está dividida en tres secciones. La primera estudia las razones de Bélgica para enviar un contingente de guardias para la emperatriz, la siguiente estudia las zonas en donde los belgas estuvieron asentados y las batallas que tuvieron finalmente exponer lo que sucedió con los voluntarios belgas una vez que fracasó el gobierno imperial. Cabe mencionar que la autora se apoya en el relato de tres oficiales belgas que dejaron en sus diarios relatos sobre sus vivencias en México.

Para los estudios venideros sobre el Segundo Imperio Mexicano es necesario partir con una perspectiva alejada de los tintes patrióticos de los que se ha impregnado a través del tiempo. Asimismo, es preciso que sea asimilado como un suceso perteneciente en toda forma a la

historia de México y no como un acontecimiento irrelevante, ajeno a la época y al país donde se desarrolló pues como Erika Pani (2012) afirma, el imperio gobernó apoyado en hombres públicos mexicanos y generando una legislación acorde a la realidad mexicana contando, así mismo, con el apoyo de amplios sectores de la sociedad (p. 111).

Debido a lo global de este episodio histórico, es necesario mirar con dicha perspectiva el régimen imperial a fin de comprenderlo como parte del proceso político, económico y social de otras naciones. En el ámbito americano, no puede dejar de considerarse la influencia de Estados Unidos y su guerra civil de 1861 a 1865. Tanto el Imperio como este conflicto se condicionaron política y militarmente, de tal manera que es posible afirmar que la intervención francesa y el establecimiento del Imperio fueron posibles gracias a esta guerra y así mismo, la retirada de las tropas y posterior caída del régimen de Maximiliano tuvieron parte de sus causas en las presiones diplomáticas norteamericanas sobre Francia y Austria, una vez que el bando de la Unión, encabezado por el presidente Lincoln y su ministro Seward ganaron la guerra al bando confederado en 1866.

Por último, y con la finalidad de destacar la magnitud del acontecimiento que atañe a este trabajo no debe descuidarse que, desde un punto de vista global, la historia del Segundo Imperio Mexicano se interrelaciona con la historia europea, especialmente con la francesa, belga y austriaca, por lo comprometidas que estuvieron política, económica y militarmente en los asuntos mexicanos. Es posible afirmar que el episodio imperial se trata de un acontecimiento cosmopolita, no solo por la multitud de personas de distintas nacionalidades que estuvieron en el territorio nacional, sino porque este suceso atrajo la atención del mundo sobre México.

Al estudiar los tres contingentes militares que llegaron de Europa se buscó el porqué del fracaso de la administración imperial ante la república con el uso de la perspectiva del poder y el nacionalismo a fin de poner a prueba la hipótesis planteada. Así mismo, la parte teórica, basada en los dos conceptos referidos se construyó de acuerdo con la conceptualización de diversos autores y la interpretación que de dicha información se realizó para adaptarla al análisis del objeto de estudio.

\*Poder

Con base en las afirmaciones de Francisco Lizcano y Norberto Bobbio el poder es la capacidad de un sujeto o un grupo de sujetos para obrar, obtener algo y/o imponer su voluntad contra toda resistencia y el fundamento de ella (Bobbio, 1981, p. 1217). Robert Dahl, referido por Lizcano (2008) ejemplificó dicho planteamiento “A tiene poder sobre B en la medida que logra que B haga algo que de otra manera no hubiera realizado” (p. 27).

Dependiendo de su forma, el poder tiene una dimensión sustantiva y otra relacional, ambas son complementarias y dan lugar a las relaciones de poder.

La primera dimensión sustantiva interpreta al poder como una posesión, un atributo, los medios para hacer u obtener algo. David Held, expuesto por Alfonso Torres (2017) afirmó que quienes poseen poder, cuentan con el acceso a los recursos necesarios para transformar el ambiente que les rodea (p. 1).

En cuanto a su estructura y posesión Richard Harris Hall expuso que las organizaciones y las personas al interior de esas organizaciones obtienen poder por medio del control de la base y fuentes de dicho atributo, estas son: el puesto o posición en la estructura, las características personales, las habilidades y la oportunidad o combinación de factores que da a las partes la oportunidad de usar sus bases de poder. El control de esas fuentes nos lleva a las bases de poder que son la capacidad de premiar o ejercer cohesión, la legitimidad de quien o quienes detentan el poder, las habilidades y su utilidad como referencia para el receptor del poder. Estas bases se ejercen en la dimensión relacional del poder dentro de un grupo social (Torres, 2017, p. 1).

Michel Crozier y Erhard Friedberg plantearon que el poder no es algo de lo que alguien pueda apoderarse como si fuera un medio de producción, sino que es un elemento en constante movilización, que depende de lo que ellos denominan como “fuentes de incertidumbre” en las cuales el poder se origina, son controladas por aquellos que detentan el poder basándose en las relaciones, acuerdos y negociaciones con otros actores de la estructura social a la que pertenezcan. El poder y su estructura tienen un carácter dinámico y se renueva con base en la interacción de quienes lo poseen (Torres, 2017, p. 1).

Por otra parte, la dimensión relacional del poder se refiere a la manifestación de este en sociedad, ya sea al interior de un grupo o diversos grupos relacionados entre sí, siempre y

cuando las acciones de uno o varios individuos causen impacto en el entorno social del grupo o los grupos en los que se encuentren, por mínimo que sea (Lizcano, 2008, p. 28). En este sentido, el poder tiene como estructura a las organizaciones humanas, que fueron definidas por Richard Harris Hall como un sinónimo de poder o instrumento de los poderosos, pues conforman sistemas en donde las personas se ajustan a las reglas organizacionales (Torres, 2017, p. 1). David Held agregó a la estructura de esta dimensión la existencia de esferas de poder, definidas como contextos de interacción social en los que el poder moldea las capacidades de las personas.

Finalmente, la dinámica del poder o relaciones de poder se conforman por las dos dimensiones expuestas, Jorge Etkin y Leonardo Schvarstein, las definieron como un constante condicionamiento de las acciones cotidianas de los individuos y grupos de ellos (Torres, 2017, p. 2) y Francisco Lizcano, en su conceptualización de la dinámica del poder, ordenó las formas en que este se manifiesta con base en su nivel de coerción, su descripción se complementa e interrelaciona con la de las fuentes y bases de poder, expuesta por Richard H. Hall.

En primer lugar, se encuentra el poderío, cuya base de poder es la coerción, a través de ella se influye en la conducta de otros agentes, el poder físico y/o económico es su fuente de poder. Posteriormente, se encuentra el mando, ejercido también por medio de la coerción, a diferencia de que esta se sustenta en la normatividad y cada medida coercitiva que se aplica está regulada. A continuación, encontramos la influencia, basada en los premios y recompensas, condicionando psicológica y subjetivamente la conducta de uno o varios sujetos. Finalmente, está la autoridad, cuya base de poder es la legitimidad, las habilidades y la utilidad que quien o quienes detentan el poder tienen para el receptor de este, servir como ejemplo es la fuente de poder de la autoridad (Lizcano, 2008, p. 27-28).

Las formas, estructuras y relaciones de poder sirvieron para explicar los acontecimientos acaecidos durante la estancia de las tropas europeas en México. Al revisar distintos datos recabados se identificaron aspectos como las constantes críticas entre los tres contingentes de tropas, oficiales que se resistían a obedecer órdenes de alguien que no fuera de su grupo militar, jefes de alto rango vinculados a una u otra esfera política y objetivos diferentes entre las tropas.

Por ello se estudiaron las bases y fuentes de poder que cada contingente militar tuvo, las relaciones de poder que sostuvieron entre sí, que esferas políticas existieron al interior y entre cada una de las fuerzas armadas y los efectos que tuvieron todas estas interacciones en el desarrollo histórico del imperio mexicano a fin de aclarar y responder las interrogantes que surgieron durante el recaudo de información y someter a prueba la hipótesis.

#### \*Nacionalismo

El primer autor consultado fue Gerardo Romo Morales, quien, basado en Anthony David Smith definió al nacionalismo como un movimiento de corte ideológico cuya finalidad es la obtención y el mantenimiento de un autogobierno, así como la independencia de un grupo. Los argumentos de sus promotores serán siempre a favor de una cultura popular compartida.

Posteriormente, Romo realizó algunas acotaciones históricas sobre el concepto; en primer lugar, planteó que, cuando quienes rigen el “espíritu de la nación” tienen un carácter nacional distinto al de la población, surge la necesidad para los nacionalistas de establecer una estrategia que les permita imponer la política de resurrección o afirmación cultural, o, en caso extremo, una guerra de liberación nacional. El nacionalismo, concluyó, es la consecuencia necesaria o el correlato de determinadas condiciones sociales (Romo, 2014, p. 350).

Posteriormente, y apoyado en Eric Hobsbawm expuso los sentimientos étnicos que conforman el sentido de pertenencia e identidad entre diversos miembros de un grupo. Cuando estos aparecen en estados en proceso de afianzamiento se les denomina como proto nacionales, pues ayudan a consolidar el discurso e instituciones del naciente estado nacional.

En cambio, cuando los sentimientos étnicos se encuentran en naciones consolidadas, el discurso que antes sirvió para constituir las se convierte en una de las bases de la sociedad en dicha nación, permitiendo a sus ciudadanos diferenciarse de los otros estados en aspectos como tener un pasaporte diferente, además, se busca la adhesión de los individuos a un tipo de visión y objetivos más políticos que étnicos o religiosos (Romo, 2014, p. 356).

Para concluir su conceptualización Romo afirmó que el nacionalismo es un fenómeno relativamente moderno por lo cual es importante reconocer que el poder y la cultura, que han existido desde los albores de la humanidad al relacionarse de una nueva forma dieron lugar al nacionalismo.

A continuación, está la conceptualización de Marcos Rogelio Cortés Martínez, quien caracterizó al nacionalismo desde los puntos de vista antropológico, psicológico, sociológico histórico y político.

En primer lugar, abordó el punto de vista antropológico donde el nacionalismo resulta de un proceso histórico que a lo largo del tiempo marcó diferencias de tipo racial, política, cultural y religiosa entre los grupos humanos. Por ello la sociedad se dividió y al mismo tiempo agrupó basándose en el sentido de pertenencia y originalidad (Cortés, 2004, p. 10).

Desde el punto de vista sociológico el nacionalismo es visto como una acción colectiva diseñada para hacer las fronteras de la nación congruentes con las de la unidad de gobierno, es decir, el estado debe ser la unidad adecuada para representar los intereses de la nación (Cortés, 2004, p. 13).

Posteriormente Cortés expuso la dimensión psicológica del nacionalismo planteada por Frederick Hertz como:

Un sentimiento o una idea sembrada en la conciencia del hombre que evoca amor a la nación o al pueblo, celo por los intereses de éstos y lealtad inconmensurable hacia el Estado. El honor de los nacionalistas denota superioridad, un rango óptimo entre las naciones, prestigio y dominio (Cortés, 2004, p. 15).

Finalmente, Sepúlveda Muñoz complementó la conceptualización que realizó Marcos Rogelio Cortés afirmando que, dependiendo de la disciplina, el término nacionalismo se enfoca a uno u otros aspectos

La sociología presta especial atención a la manifestación del nacionalismo como definidor de una realidad social que tiende al establecimiento de un tipo específico de comunidad.

La politología centra su atención en la manifestación del nacionalismo como movimiento de legitimación política del poder o, por contra, como movimiento contrario a un poder con una identidad ajena a la defendida por aquel.

Por último, la historia integra los dos puntos anteriores en un análisis de amplia periodización donde se contempla una extensa fenomenología nacionalista como: los procesos de generación y difusión del nacionalismo, el enfrentamiento entre el estado

nacional y los nacionalismos periféricos, la diferencia entre éstos y los regionalismos en sus relaciones con el poder central y sus ideas de estado, etc. (Sepúlveda, 1996, p. 330).

En las conceptualizaciones expuestas hay puntos en común y que se interrelacionan con la teoría del poder, antes expuesta. El nacionalismo ha contribuido a lo largo de la historia a la separación de la sociedad en grupos que son susceptibles de ser caracterizados como esferas de poder en tanto buscan controlar las fuentes de poder necesarias para transformar su entorno político y cultural acorde a su visión, mediante la constitución de un estado que satisfaga sus demandas y, en caso de no poder realizar ello, manteniéndose en estado de rebeldía o derrocando a un grupo de poder que sea impopular para la colectividad o dirigentes de cierto grupo. Asimismo, el poder o capacidad coercitiva de estas organizaciones, sea que tengan u busquen el poder, proviene de la cultura común de los individuos, la normatividad compartida y la lealtad a su población y estado, en caso de tenerlo. Poseer estas características permite a estas esferas de poder demostrar ante sus pares prestigio, dominio y adquirir legitimidad.

## **CAPÍTULO I.**

### **EL CUERPO EXPEDICIONARIO FRANCÉS**

En este apartado se estudió al Corps Expéditionnaire Français au Mexique enviado a México de 1862 a 1867, el cual tuvo la misión de satisfacer las reclamaciones del gobierno del emperador Napoleón III, ayudar a sostener y consolidar el régimen de Maximiliano de Habsburgo y derrotar a los liberales encabezados por Benito Juárez. Fue el contingente más numeroso y el que cargó con la mayoría de las responsabilidades militares y políticas que conllevaba defender el imperio y, al mismo tiempo, salvaguardar sus intereses políticos y económicos.

Una vez finalizada la recolección y análisis de la información se presentaron las siguientes conclusiones.

La primera, que las metas económicas entre las que se contaban las minas del norte y el pago de la deuda motivaron en la estrategia francesa, los compromisos con Maximiliano y la administración mexicana pasaron a segundo plano. Por ello, las prioridades en la ocupación, de acuerdo con las instrucciones fueron objetivos económicos estratégicos mexicanos como los puertos del Golfo de México y el Pacífico, así como las ciudades que permitían una adecuada comunicación entre México y Veracruz, así como con las zonas mineras del norte de México.

Otra conclusión fue que, conforme a las órdenes napoleónicas para su ejército, las tropas y oficiales tenían que desempeñar su labor con la mayor profesionalidad, especialmente al encontrarse en un punto tan lejano de Francia. Esto, aunado a la experiencia de combate y formación militar, equipamiento bélico moderno y amplios suministros con que contaron, hicieron que el ejército francés fuera formidable en el combate manteniéndose prácticamente invictos durante su estancia en México (salvo, entre otras menores, la derrota ante Puebla en 1862). Sin embargo, a pesar de su capacidad bélica e instrucciones en las que se contemplaban metas geopolíticas ambiciosas y una presencia de amplia duración (Legión Extranjera), no se pudieron consolidar las victorias obtenidas por la resistencia de los republicanos, el corto tiempo que se pactó la presencia francesa en México y lo difícil del territorio mexicano.

Se concluyó también que la efectividad gala en el combate funcionó mucho mejor en grandes batallas en ciudades o campo abierto que contra los guerrilleros y sus ataques esporádicos. Pese a ocupar ciudades importantes, puertos y caminos estratégicos, los guerrilleros republicanos les llevaban ventaja en el dominio de los miles de pequeñas localidades de México, lo que llevó a una guerra de desgaste agotadora e interminable.

Posteriormente, se concluyó que en el alto mando francés fueron constantes los conflictos y desavenencias entre los generales, y, lejos de presentar un mando cohesionado, se evidenció la presencia de dos grupos opuestos los cuales estaban enfrentados por cuestiones militares y personales, así como por el control de la jefatura de la expedición mexicana. Dicha situación llegó a implicar también a la administración de Maximiliano, en la que el emperador mexicano y su esposa la emperatriz Carlota tomaron parte por una facción de la oficialidad francesa encabezada por el Gral. Abel Douay desgastando la cooperación con el jefe de la expedición francesa, mariscal Achilles Bazaine, lo cual tuvo repercusiones en la situación militar del imperio y en el estado de los otros dos contingentes (belga y austriaco).

Finalmente, que los conflictos político-militares entre los mandos franceses y, así mismo, los de Bazaine con el emperador afectaron diversos objetivos que resultaban esenciales para el sostenimiento del imperio. Uno de ellos era respetar y convivir con la población local y el otro, y más importante, la organización de un ejército mexicano propio que sustituiría el francés cuando estos se fueran de México, proyecto que no logró consolidarse por los desacuerdos y la dependencia cada vez mayor de la intendencia gala.

Expuestas las conclusiones, y a manera de entrar en los detalles de la información que se encontró, se ha realizado un breve repaso cronológico. El 10 de junio de 1863 el general Elías Forey, tercer comandante<sup>1</sup> de las fuerzas francesas desde el inicio de la intervención en México, entró a la capital del país después de haber derrotado al ejército de Juárez en la ciudad de Puebla y haber provocado la retirada del gobierno liberal hacia el norte. (Conte, 2003, p. 165). Una vez ocupada la ciudad, se conformó una asamblea nacional, compuesta

---

<sup>1</sup> El primer comandante de las fuerzas francesas fue el almirante Julien de la Graviere, el cual participó en las negociaciones iniciales de la intervención francesa y, debido a su oposición al ataque y a las intrigas del embajador galo Duboy de Saligny, fue reemplazado; el segundo comandante fue Carlos Fernando Latrille, conde de Laurencez, quien con 6,000 hombres atacó la ciudad de Puebla en la famosa batalla del 5 de mayo. Por su fracaso se le relevó del mando y volvió a Francia (Leon, 1967, pág. 42-43).

de 315 personalidades elegidas el 22 de junio, quienes determinaron el 10 de julio que en México debía de establecerse la monarquía hereditaria y propusieron la corona mexicana al archiduque Fernando Maximiliano de Habsburgo y el derecho de escoger a otro príncipe al emperador francés Napoleón III. (Conte, 2003, p. 67).

El 11 de julio el Supremo Poder Ejecutivo Provisional decretó que las personas escogidas el 22 de junio seguirían formando el gobierno provisional hasta la llegada del emperador Maximiliano, esto con el carácter de Regencia del Imperio Mexicano. A partir de esa fecha el Segundo Imperio Mexicano comenzó a funcionar, y aunque el emperador aun no hiciera acto de presencia, las funciones militares, económicas, políticas encaminadas teóricamente a la pacificación del país para asegurar el trono ya estaban en marcha.

### **1.1 Medios militares**

El ejército francés en México contaba con una larga serie de instrucciones con visión estratégica para lo militar y político. En lo militar se detallaban los medios que tuvieron a su alcance, el modo en que debían proceder las fuerzas armadas para minimizar los costos y facilitar la pacificación de México. Estas indicaciones fueron enviadas por Napoleón III al mariscal Forey en julio de 1862. El primer punto de ellas ordenaba que se debía alimentar, pagar y equipar a las tropas mexicanas auxiliares (del bando conservador) y hacerles desempeñar el papel principal en los combates.

El segundo punto ordenaba mantener entre las tropas francesas la más estricta disciplina y reprimir cualquier acto que ofendiera a los mexicanos, pues se buscó evitar complicaciones con el pueblo. En el tercer punto se recomendaba al comandante en jefe actuar con mucha prudencia, debido a la lejanía y los costos que esto implicaba, añadía que “un cañonazo en México es cien veces más precioso que en Francia” (García, 1973, p. 7) pues la distancia entre Francia y México hacía muy caro el transporte de armas.

Napoleón III en un tercer punto ordenó actuar mediante golpes de sorpresa contra el enemigo y, en caso de encontrar fortificaciones, proceder con mucho cuidado y planeación. Las rutas que conectaban la ciudad de México con Veracruz eran vitales para la llegada de tropas, suministros y comunicaciones a la capital, por ello, se debían despejar y fortificar los dos caminos que conducían a la costa y al puerto. Por último, se resaltó la importancia del

ferrocarril, que iba del puerto de Veracruz hasta el pie de las montañas (García, 1973, p. 7-8).

### **1.1.1 Número de unidades militares**

El ejército francés operaba bajo la siguiente consigna “dividirse para vivir y reunirse para combatir” pero la extensión de México y la experiencia negativa de la batalla del 5 de mayo hizo que Napoleón III advirtiera al comandante de sus tropas que temía una gran dispersión de sus fuerzas en un terreno donde operar bajo el lema expuesto era casi imposible. (García, 1973, p. 27).

Dependiendo de las necesidades militares o variaciones en la política francesa el número de tropas galas instaladas en México tuvo diversos cambios desde su llegada en 1862 hasta la retirada total en febrero de 1867. Para junio de 1863 el mariscal Forey contaba bajo su mando a 28,126 hombres de todas las armas; 50 piezas de artillería, 5845 caballos y 549 mulas para el transporte de tropas y materiales del ejército (Galindo, 1987, p. 460).

A lo largo de la campaña y hasta 1865 recibió constantes refuerzos que elevaron el número hasta 35,000 hombres, provenientes de unidades encuarteladas en territorio francés denominadas como “tropas metropolitanas” y de las colonias o territorios bajo su influencia en Asia y África, estos soldados eran veteranos que contaban con participación en otras guerras donde adquirieron experiencia en el combate.

### **1.1.2 Armamento y organización**

El ejército francés, dividido en 4 armas, estuvo conformado de infantería, caballería, artillería e ingenieros. El término de arma se refiere a que los hombres que integraban cada una de ellas iban equipados de la misma forma, combatían de manera similar y tenían una misma función en las batallas.

La infantería estuvo dividida en ligera y de línea. La primera, a su vez se integraba de cazadores de a pie y los zuavos, agregándose a veces batallones de la marina. Los zuavos fueron especialmente famosos por su arrojo en la batalla y por sus tradiciones, provenían

originalmente del distrito de Zuavia, Argelia. Por otra parte, la infantería de línea estaba integrada por batallones y regimientos. (de Leon, 1967, p. 47).

La caballería se compuso de unidades pesadas, compuestas por escuadrones de cazadores a caballo; y ligeras, compuestas por regimientos y brigadas.

La artillería, cuyo protagonismo en el campo de batalla iba en ascenso se integró por baterías, grupos y regimientos. Finalmente, la cuarta arma fueron los ingenieros militares, divididos en compañías y batallones, ellos estuvieron integrados dentro de las divisiones y brigadas del resto de armas (de Leon, 1967, p. 37).

En el anexo 1, ubicado al final de este trabajo se presenta una tabla elaborada por el teniente coronel francés del parque de la artillería F. Vasse en la que se detallan las municiones que se gastaron en las batallas de Orizaba, Puebla y México (García, 1973, p. 248-249), aportando datos sobre el equipamiento bélico de las fuerzas galas. Se consideró importante esta tabla por ser hecha tras el Sitio de Puebla de 1863, batalla que, por sus características como guerra de sitio, requirió un equipamiento de combate integral.

La tabla referida ha permitido afirmar que las fuerzas galas contaron con un tipo de equipamiento que les permitió desarrollar variedad de operaciones a campo abierto o en ciudades de México. Acerca de la infantería, (el arma principal) en las líneas 18, 19, 20, 21, 22 y 23 se muestran las municiones y el tipo de armamento en que eran empleadas. La línea 19 indica el uso de un rifle “modelo 1857” y la línea 20 indica el empleo de un rifle de “modelo 1856”, ambas armas de muy reciente aparición en el momento de la intervención francesa, pues solo tenían 5 años de haber aparecido cuando los franceses ya las empleaban en México.

Cuando el ejército francés invadió México las armas de fuego estaban en una fase de transición de aquellas cuya boca del cañón era liso, a otras con el cañón rayado, o estriado, lo que permitía mayor puntería, además se estaban abandonando progresivamente las armas cargadas por la boca, que obligaban al soldado a recargar de pie; por las de retrocarga, que le permitían al combatiente permanecer a cubierto en el suelo mientras recargaba por la parte posterior el arma. (de Leon, 1967, p. 48).

Según los archivos de la Secretaría de la Defensa Nacional, analizados por Jesús de Leon Toral (1967) la infantería francesa estaba equipada con armamento denominado “portátil” o de “mano rayado”, o rifles, pistolas y carabinas, diciéndolo de una manera menos técnica; dicho armamento tenía la configuración más moderna, como se indica, eran rayados, que, como ya se refirió antes, este avance era lo último en las armas de fuego, para esa época. Los rifles de la tabla eran de los modelos *Lefacheux*, *Treuille de Beaulieu*, en referencia a la casa fabricante. Los sistemas de disparo, de los que dependía el alcance y puntería de este armamento, era el *Minie* y el *Lavigne*, que tenían una buena precisión hasta 600 o 700 metros (p. 48). Esto les sería muy útil para combatir a las guerrillas republicanas que evitaban los combates frente a frente y preferían atacar a distancia y de sorpresa.

Respecto a la artillería, los franceses trajeron cantidad de cañones y obuses rayados de varios sistemas y calibres, como se refiere en el anexo 1. La mayoría de ellos tenía un alcance de 3,000 metros. Los había para los distintos escenarios de combate. En la línea 5 de dicho anexo se hace referencia a un cañón de sitio, es decir, que era empleado para los combates en los cuales era necesario apoderarse de una ciudad. El resto de la artillería estaba destinada a dañar la infantería enemiga.

La calidad del armamento francés fue una ventaja durante sus operaciones en México, pues compensaba la dispersión en que se hallaban debido a la enorme extensión de México y la presencia de partidarios de Juárez a lo largo y ancho de todo el país.

Es necesario analizar de manera general las tácticas que tuvo el ejército francés en México, pues estas tropas habían participado en distintas guerras por el mundo antes de luchar contra los liberales y habían mejorado sus técnicas de combate. Eso les permitió obtener las victorias militares que tuvieron en México.

Los ataques franceses se distribuían en tres escalones, o fases, denominadas como vanguardia, línea principal y reserva.<sup>2</sup> Por su parte, la infantería desempeñaba el papel

---

<sup>2</sup> La vanguardia es aquella parte de la armada o ejército que precede al grueso de una fuerza en su dirección de marcha, es decir, se adelanta siempre a la formación principal. Debe proteger su avance ininterrumpido, protegerlo contra las sorpresas y la observación terrestre, así como asegurar el tiempo y espacio para su despliegue. La reserva, por otra parte, es el conjunto de fuerzas que se mantiene fuera de acción al comienzo de una operación, lista para ser empleada en el momento decisivo (Glosario militar, Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas).

principal en el combate, y, como se ha referido anteriormente, se dividía en ligera y de línea, la primera tomaba contacto con el enemigo o protegía los flancos de la de línea de avance. La formación adoptada en el ataque era la de una línea delgada, lo que permitía hacer mejor uso de las armas de mano. Conforme la batalla avanzaba intervenía la infantería de línea, que tenían como fin la misión más importante, que era asestar los principales golpes a las posiciones enemigas, mediante ataque frontales y directos.

Mientras la unidad en acción progresaba en líneas enemigas, las que estaban a la espera avanzaban en columnas listas para su despliegue. Finalmente, la reserva, que estaba a la espera, reforzaba las líneas de la infantería donde fuese necesario. Los ataques se iniciaban de 80 a 100 pasos de la posición del enemigo. En la defensiva el sistema era parecido, la infantería de línea ocupaba las posiciones de resistencia o principales y la de línea, la avanzada o solo de vigilancia (de Leon, 1967, p. 50-51).

La caballería, al igual, estaba dividida en pesada y ligera. La subordinación era la misma que en la infantería; mientras que la ligera combatía en acciones aisladas, la pesada ejecutaba la función principal de la caballería, la persecución. Sus formaciones eran cerradas.

Debido a las condiciones de la guerra en México, donde los republicanos adoptaron un sistema de guerrillas y rehusaron los ataques frontales, prefiriendo atacar las líneas de comunicación del ejército francés; la caballería pesada, cuyo escenario eran los grandes combates, no podía desplegarse adecuadamente. Por ello, en carta del primero de noviembre de 1863 Napoleón III indicaba a Bazaine que tratara de formar caballería ligera ofreciendo un dólar diario a cualquier hombre que se presentara montado y bien armado, este cuerpo debía constar de 175 hombres para proteger los convoyes (García, 1973, p. 174).

En cuanto a la artillería, había una proporción de 2 a 4 por cada 100 hombres, reducida, conforme a los estándares que se siguieron más adelante. Estaba dividida en artillería de campaña, a caballo y obuseros. La de campaña tenía la función de contrabatería, es decir, la destrucción de los cañones enemigos y el apoyo a la infantería. La artillería a caballo formaba una reserva móvil y los obuseros, por su mayor calibre, estaban destinadas a destruir las posiciones enemigas que ofrecieran más resistencia. En esta época aún se consideraba a la artillería como arma de defensa principal (de Leon, 1967, p. 51).

Finalmente, los ingenieros estaban encargados de realizar caminos, puentes y la fortificación, ataque y defensa de plazas. Durante las ofensivas su labor consistió en destruir las obras defensivas hechas por el enemigo.

En el alto mando francés se realizó un último cambio, el general Forey fue reemplazado, en carta de Napoleón del 16 de julio de 1863 por el general de la primera división del Cuerpo Expedicionario Francés, general Achille Bazaine, al mismo tiempo, el emperador francés lo ascendió a mariscal de campo y, ante la extrañeza de Forey por su repentina remoción del cargo le manifestó que ahora tenía una graduación demasiado elevada para estar en México (Conte, 2003, p. 201).

Los cambios de un mando elevado son susceptibles de ser analizados, pues en sus causas se ve reflejada la línea política o preferencias personales de los gobernantes respecto a sus subordinados militares. En el caso del mariscal Forey, las razones que le comunicaba Napoleón III eran pretextos para alejarlo de México en beneficio de Bazaine, quién, hasta 1867, se encargaría del mando superior de las tropas francesas en México al mismo tiempo que se convirtió en un constante obstáculo a los planes políticos y militares de Maximiliano.

## **1.2 Objetivos políticos y económicos**

La intervención francesa comenzó en 1862 con motivo de la suspensión de la deuda externa de México. Bajo ese pretexto, el emperador francés envió tropas a México para cobrar las reclamaciones económicas que tenía en contra del gobierno mexicano, sin embargo, los objetivos geopolíticos tenían mayor alcance y estaban en las instrucciones generales que envió al comandante de sus tropas en México. En ellas afirmó que buscaba establecer un gobierno, según la voluntad de los mexicanos, que tuviera probabilidades de éxito y garantizara la satisfacción de las deudas francesas.

Aunque subraya que el gobierno debería ser electo por la voluntad de los mexicanos, más adelante plantea que la forma en que este se tenía que organizar era monárquica, y que el príncipe que sea electo tenía que obrar para el beneficio francés, y más que por

agradecimiento, porque los intereses de México irán de acuerdo con los de Francia y porque dicho príncipe no podría mantenerse sin su ayuda (García, 1973, p. 5-6).

Otra de las instrucciones que se le dieron al comandante francés por parte de Napoleón fue la relativa a conformar un gobierno provisional que iba proteger el establecimiento de la monarquía, consultaría al país la forma de gobierno que deseaba, daría satisfacción a las demandas económicas de Francia e integraría a todos aquellos que quisieran colaborar con el nuevo gobierno sin importar la ideología que profesaran. Así mismo, debería ayudar con las fuerzas nacionales auxiliares, procurar los recursos del país a las tropas francesas y preparar el país para su reorganización administrativa y social (García, 1973, p. 33-35).

En el plano geopolítico, los Estados Unidos fueron el objetivo principal de Napoleón III, temía que un día esta nación se apoderara de los recursos de América y dominara su comercio. La intervención tendría como fin poner “un dique” a su expansión, poner a salvo las colonias francesas de las Antillas y establecer una zona de influencia francesa en América.

Los Estados Unidos no pudieron hacer mucho para evitar la intervención europea en México debido a que estaban implicados en su guerra civil, pero desde el inicio de la expedición francesa existió oposición a la presencia de tropas galas y al imperio mexicano. Una vez que la Guerra Civil terminó en abril de 1865 con la victoria de la Unión, el gobierno y políticos estadounidenses presionaron diplomáticamente a Francia amenazándola con la guerra para que diera fin a su estancia en México (Galindo, 1987, p. 255).

Una vez que el archiduque Maximiliano aceptó la corona de México se realizó un tratado denominado “De Miramar”, firmado el 10 de abril de 1864 en el palacio de las Tullerías, donde se establecieron las condiciones del apoyo francés en México. Se estableció que el gobierno imperial mexicano tenía que pagar los gastos de la expedición francesa, que hasta el 1° de julio de 1864, sumaban 270 millones de francos. Una vez pasada esa fecha, se debían pagar mil francos al año por cada soldado, indemnizar a los ciudadanos franceses por los daños en sus propiedades y pagar a Francia 25 millones de francos al año por los excesos de gastos de guerra (Conte, 2003, p. 239). Parte de esa suma se tomó inmediatamente del préstamo dado a México.

Napoleón expresó ante el ministro inglés Sir Charles Wyke que el ascenso al trono por parte de Maximiliano significaba el fin de la misión francesa y empezaba la tarea gubernativa del emperador mexicano, también lo hizo ante la opinión pública francesa, que cada vez era más negativa a la expedición en México.

Para garantizar que México pagaría sus deudas, Napoleón III nombró el 14 de abril de 1863 al Sr. Budín como comisario extraordinario de Hacienda. En instrucciones del 30 de enero de 1863 había ordenado a Forey reestablecer el orden de la administración económica mexicana para pagarse las indemnizaciones. Según su informe, las rentas ordinarias en México eran de 250 millones de francos.<sup>3</sup>

Para garantizar que México pagaría la deuda, Napoleón III nombró el 14 de abril de 1863 al Sr. Budín como comisario extraordinario de Hacienda. Ya desde el 30 de enero de 1863 había ordenado a Forey reestablecer el orden la Hacienda para pagarse las indemnizaciones. Según su informe, las rentas ordinarias en México eran de 250 millones de francos.<sup>4</sup>

Con base en esto, la administración de México podría ser pagada con 20 millones de pesos, es decir, 100 millones de francos, y la reserva de 150 millones de francos pagarían los gastos de guerra y financiarían el empréstito (García, 1973, p. 27). Las principales fuentes de ingresos eran las aduanas, sobre todo Veracruz, con ellas, el gobierno francés se cobraría las deudas de guerra.

Los puertos del Golfo de México eran los más importantes durante esta época, por lo que el 25 de octubre de 1863, el mariscal Bazaine remitió al ministro de negocios extranjeros de Francia un informe acerca de la situación económica y militar de dichos puertos. De Tampico informó que era una plaza con una actividad comercial casi insignificante, pero que podría volver a reactivarse si mejoraba la confianza en la región, en sus caminos y en el imperio, pues, aunque tenían muchos partidarios, tenían miedo de manifestarlo por miedo a los juaristas.

De Matamoros, que aún no se encontraba bajo el control de las fuerzas armadas francesas, se informó que tenía una gran actividad económica, Bazaine reportaba que en julio 80 navíos

---

<sup>3</sup> 50 millones de pesos.

<sup>4</sup> 50 millones de pesos.

de todo tipo y nacionalidad se encontraban ahí. Los depósitos del puerto contaban con 12 millones de mercancías extranjeras y la entrada diaria de la aduana era de 8,000 pesos. Recomendaba que dicho puerto fuera ocupado lo más pronto posible (García, 1973, p. 148-153).

El 9 de abril de 1865 Matamoros y Tampico cayeron en manos de tropas imperiales, pero ambas plazas se perdieron a mediados de 1866 por la evacuación que estaban realizando los franceses y las derrotas que sufrieron los belgas y austriacos en el camino al puerto de Tampico. El 30 de julio de 1866 la aduana de Veracruz fue tomada por los franceses con la finalidad de apropiarse de la mitad de las rentas que ahí se producían. Dicha acción significó la ruptura de los Tratados de Miramar. La posesión de esta aduana se mantuvo hasta que los franceses se embarcaron rumbo a su patria (Galindo, 1987, p. 476).

Las minas de oro en Sonora fueron otro de los objetivos del gobierno francés en México, pues se pensaba que la abundancia de este metal era enorme, ya que su sistema montañoso era la prolongación del de la Alta California, donde recientemente había estallado la “fiebre del oro”.

Por ello, el emperador francés tenía proyectado, una vez que sus tropas hubieran alcanzado este punto, explotar las minas sonorenses. El mariscal Bazaine en diciembre de 1863 le remitió un informe sobre dichas minas por parte del ingeniero Laur ante lo cual Napoleón informó de una compañía que estaba dispuesta a explotarlas; del producto extraído, se pagaría al gobierno mexicano un impuesto, del que se descontaría una parte para pagar la deuda francesa (García, 1973, p. 224).

Otro de los puntos económicos más importantes para el ejército francés fueron las minas de Real de 14, en donde se estableció la división auxiliar mexicana del general Tomás Mejía, y en donde se tenía proyectada la creación de una casa de moneda para ahorrar los gastos de transporte y la peligrosidad de ellos.

Parte importante fue la concerniente a las tropas francesas, se estableció que los galos permanecerían en México mientras se pacificaba el territorio y Maximiliano organizaba sus propias fuerzas armadas. En el momento de la declaración del imperio el ejército francés contaba con 38,000 hombres en territorio mexicano, cuya salida del país se haría

progresivamente, en 1865 se planeó reducir las tropas a 28,000 efectivos, en 1866 a 25,000 y para 1867 a 20,000 efectivos. Por último, se acordó que los soldados pertenecientes a la Legión Extranjera se quedarían por 8 años más, después de que sus compañeros hubieran evacuado México (García, 1973, p. 33-34).

El costo de las campañas interior intentó ser disminuido por los mandos franceses en beneficio de la hacienda de su país, a partir de la llegada del emperador Maximiliano, diversos gastos que solía hacer la administración francesa fueron puestos a cargo del gobierno imperial mexicano. Desde el 29 de noviembre de 1863 el mariscal Bazaine reportaba que los costos relativos a la instalación de las tropas y la defensa de los puntos ocupados serían sufragados por el presupuesto mexicano, así como las comunicaciones entre los oficiales franceses (García, 1973, p. 213-214). Además, en las campañas por el interior de México se realizaron gastos secretos como la obtención de información sobre los caminos, estados del enemigo, los recursos de la zona, todo lo cual tenía que ser obtenido mediante pagos y sobornos.

Con base en las medidas adoptadas por Napoleón III, así como sus ideas expresadas en los lineamientos generales para sus comandantes, quedaba claro que la cuestión estrictamente política del gobierno mexicano pasaba a segundo plano, y las preocupaciones geopolíticas económicas y militares ocuparían el primer lugar en la agenda del emperador galo.

Los objetivos económicos y geopolíticos justificaron la duración de la intervención, sin embargo, la amenaza para Francia de una guerra con Prusia, la oposición de la opinión pública a la expedición y la rotunda negativa de los Estados Unidos a la presencia francesa en el país determinaron la retirada a principios de 1867 dejando al imperio de Maximiliano con sus propias fuerzas ante un país que no se logró pacificar y sin obtener los beneficios objetivos que se habían estimado.

### **1.3 Actividades militares**

Durante su estancia en México, el ejército francés entabló gran cantidad de combates con los partidarios de Juárez. A la batalla del 5 de mayo de 1862 y el sitio de Puebla de 1863,

siguieron los intentos de ocupar y pacificar el país para obligar al gobierno de Juárez a huir y disolverse.

En carta de Bazaine a Napoleón III del 25 de octubre de 1863 indica que inició las operaciones de las tropas francesas hacia el norte del país. El plan era ocupar los estados de Guanajuato y San Luis Potosí y con ello se pensaba que el gobierno juarista se retiraría del país (García, 1973, p. 144-148) sin embargo, una vez tomadas esas ciudades, quedó claro que el gobierno republicano no se rendiría ni saldría el país, por lo que se decidió ocupar los estados fronterizos. Para ello, se enviaron a Saltillo 3500 hombres adicionales desde S. Luis Potosí bajo el mando del general Castagny, los cuales llegaron a esa ciudad el 20 de agosto de 1865 (Galindo, 1987, p. 144).

Uno de los objetivos más importantes desde el punto de vista económico era el puerto de Mazatlán por ello, desde Durango salieron fuerzas al mando del general Castagny quien se enfrentó al general Corona del bando republicano en el punto denominado como “Espinazo del diablo” donde tras 5 horas de combate los liberales fueron derrotados el 1 de enero de 1865. El 13 de ese mes Castagny entró a Mazatlán con 3,000 hombres para posteriormente en febrero mandar arrasar poblaciones aledañas al puerto acusadas de ser partidarias de los republicanos. Desde ese punto el 25 de marzo de 1865 embarcaron 1,000 hombres bajo el mando del coronel Garnier con dirección a Guaymas en Sonora, puerto que lograron tomar, pero no sus alrededores (Galindo, 1987, p. 189).

En el sur a principios de 1865, el mando francés decidió el ataque a la ciudad de Oaxaca, que se consideraba fundamental para el control del sureste mexicano y muy rica en recursos. El mariscal Bazaine comandó en persona el ejército que sitió la ciudad desde el 20 de enero de 1865 hasta el 9 de febrero de 1865, fecha en la que, después de un intenso bombardeo, se rindió a Bazaine. (Galindo, 1987, p. 190-192). Después de esto, se esperaba que la pacificación del país fuera mucho más rápida, y que la causa de la intervención atrajera a más aliados mexicanos.

A mediados de septiembre de 1865, el ejército francés frenó un intento de los liberales de tomar la ciudad de Durango. El mariscal Bazaine, enterado con anticipación de los planes republicanos envió a las guarniciones de Zacatecas, Aguascalientes y Nuevo León, así como una columna de refuerzos que marchaba hacia Monterrey para enfrentar a las tropas juaristas.

La batalla tuvo lugar en las afueras de la capital de Durango y los franceses, después de tomar las posiciones elevadas republicanas lograron la victoria, pero sin lograr la persecución y destrucción total de las fuerzas liberales debido a las bajas sufridas. Este combate destacó porque se derrotó a una de las divisiones más importantes del ejército republicano, el denominado “Ejército de Occidente” (Galindo, 1987, p. 148-150).

El 5 de agosto de 1865 la ofensiva francesa sobre Chihuahua forzó a Juárez y su gobierno a retirarse a Paso del Norte, el general Brincourt entró a la capital de dicho estado el 15 de agosto de ese año, pero la tuvo que abandonar a fines de ese mes por órdenes de Bazaine. Posteriormente y a petición de Maximiliano se envió una nueva expedición con la finalidad de ocupar la ciudad definitivamente y frenar así las intenciones de Estados Unidos de sacar a los franceses del territorio mexicano. Esta nueva campaña estuvo a cargo del comandante Billiot quien partió de Durango a mediados de diciembre de 1865 sin embargo, Chihuahua tuvo que ser abandonada definitivamente el 30 de enero de 1866 por órdenes directas del gobierno francés y fue ocupada rápidamente por los republicanos (Galindo, 1987, p. 341-343).

A pesar de los éxitos obtenidos no se logró sacar el debido provecho por la decisión de Napoleón III de retirar a las tropas francesas definitivamente a partir de 1866 (García, 1973, p. 364-366). El 9 de febrero de 1866 llegó de Francia el barón Saillard con la misión de transmitir la noticia, según los términos del gobierno francés la evacuación iniciaría en otoño de 1866 y, a fin de garantizar los pagos pendientes de México se instalarían comisionados franceses a cargo de las aduanas.

A partir de septiembre y octubre de 1866 Bazaine ordenó la reconcentración de las tropas francesas hacia el centro de México por lo cual fueron abandonadas las ciudades de Monterrey y Saltillo, a cargo del general Jeanningros quien se retiró con sus tropas a S. Luis Potosí, además el general Brincourt tuvo que evacuar el estado de Chihuahua donde contaba con abundantes aliados indígenas. Sinaloa también fue evacuada con excepción de Mazatlán, y en Sonora los franceses abandonaron Hermosillo y se replegaron a Mazatlán (Galindo, 1987, p. 349).

Con la finalidad de mostrar las zonas de control e influencia de las fuerzas galas se presenta un mapa en el anexo número 3 con la ruta seguida por las tropas francesas en el que se

observan las áreas de control del ejército francés en territorio mexicano, así como la ruta seguida por el gobierno de Juárez y la ruta del ejército republicano. Salvo algunas zonas del sur de México y la península de Baja California, buena parte del territorio mexicano llegó a estar controlado por las fuerzas galas. Aún y con ello, hay detalles en este material que se deben destacar. En primer lugar, la presencia francesa en zonas como el Pacífico, el Golfo de Baja California y el sureste mexicano se limitó a la ocupación de algunos puertos, pues no hay señalamientos de campañas en poblados del interior. En el interior del país, se ocuparon ciudades destacadas de la parte central de México, mientras que, conforme avanzaron hacia el norte las zonas ocupadas fueron menores, su presencia en el área septentrional se concentró, principalmente, en la región noreste, para proteger los puertos de Tampico, Matamoros, Tuxpan y las comunicaciones con el puerto de Veracruz.

La retirada del ejército francés se daría en 3 partes. El primer contingente partiría en noviembre de 1866, el segundo en marzo de 1867 y el tercero en noviembre de 1867 sin embargo, la presión por parte del gobierno norteamericano, expresada en una nota del 12 de febrero de 1865 obligó a acelerar la retirada, pues al gobierno francés se le hizo énfasis en que no se toleraría por más tiempo la intervención francesa (Pani, 2012, p. 109-110).

Así, las fuerzas francesas evacuaron la Ciudad de México el 5 de febrero de 1865, y para el 11 de marzo se habían embarcado en el puerto de Veracruz para volver a Francia.

#### **1.4 Relaciones de poder**

Por la calidad de sus tropas y modernas armas, el desempeño militar francés destacó en México en la mayor parte de los combates en los que tomó parte. Sin embargo, desde el inicio de la intervención se manifestaron en los altos mandos diversas desavenencias y más adelante, con la llegada del emperador Maximiliano, estas aumentaron por la lucha de poder entre el mariscal Bazaine y el emperador mexicano.

En el tratado de Miramar hubo confusión con respecto a quien ejercería el mando supremo, el artículo 5 establecía que en las guarniciones donde hubiere tropas francesas o en combinación con mexicanas aliadas el mando lo ejercería un comandante francés. No se

especificaba si el mando supremo del ejército lo ejercería el emperador, y se interpretaba que el comandante de las tropas francesas en México tenía el mando absoluto (Conte, 2003, p. 239). Esto afectó más adelante la unidad de las operaciones por las órdenes y contraórdenes que se daban e iba provocar problemas entre Bazaine y Maximiliano.

El mariscal Forey, antes de ser relevado del mando del ejército francés en 1863, tuvo dos generales subordinados a él, con quien coordinaba las acciones militares y quienes serían determinantes en el rumbo del alto mando francés en México.

Uno de ellos fue el general Carlos Abel Douay, quien mandaba una de las divisiones del ejército francés. Este general había nacido en 1809 y tenía experiencia militar por haber participado en la guerra de Crimea y en la batalla de Solferino en la guerra contra Austria (Villaseñor, 1961, p. 84).

El otro general era el mariscal Achille Bazaine, quién había nacido en Versalles, Francia el 13 de febrero de 1811. Se trataba de un general con amplia experiencia militar, estuvo en la guerra de Crimea y en la guerra de independencia de Italia en 1859. Posteriormente sería nombrado jefe del cuerpo expedicionario francés y en 1865 se le otorgo el grado de mariscal de Francia (Carmona, 2021, p. 1).

Entre los comandantes franceses, los problemas iniciaron desde que el mariscal Elías Forey, segundo comandante de las fuerzas francesas en México, tenía el mando.

Según un informe del 10 de febrero del 64, dicho mariscal expresaba que el general Douay, perteneciente a la primera división del ejército francés en México le debía el grado de general y, debido a que alegaba que los soldados franceses habían demostrado debilidad en la toma de Puebla, lo había degradado, Forey atribuyó dichas quejas a su carácter celoso, envidioso y muy inclinado a la crítica (García, 1973, p. 43).

El general Douay aparecería más adelante en conflicto con el que sería el siguiente comandante de las fuerzas francesas, el mariscal Bazaine, y se enemistaría con este por su exceso de críticas, aspecto que Forey también destacó.

Durante el cambio de mando de Forey a Bazaine no dejaron de presentarse dificultades entre ellos. El primero, debido a lo repentino de su remoción, prefirió retardar su partida hasta el 1 de octubre de 1863 para recibir alguna explicación adicional del motivo de su remoción

(Conte, 2003, p. 201). Bazaine, en carta del 27 de agosto al ministro de la guerra galo reportaba que la decisión de Forey de postergar su partida generaba inquietud entre la tropa, que estaba acostumbrada a obedecer las órdenes de manera inmediata. Según Bazaine, haría lo posible por borrar esa mala impresión que tuvo del mariscal, sobre todo en México, donde los aliados que tenían esperaban ejemplo de su parte (García, 1973, p. 101).

Más adelante, Bazaine escribió directamente a Napoleón quejándose de la decisión tomada por Forey de repartir condecoraciones de la Legión de honor entre las tropas mexicanas aliadas acción que, a su modo de ver, no era correcto y manifestaba el desacuerdo que existía entre la tropa francesa. Las condecoraciones fueron impuestas el 13 de septiembre y, en otra carta al ministro de la guerra francés Bazaine informó que muchos oficiales que contaban con dicha condecoración planearon presentarse sin ella en señal de protesta. Se queja de que a él no se le consultó sobre ese asunto pues hubiera hecho observaciones que habrían impedido al mariscal otorgar la Legión de honor.

Con relación a Douay y el mariscal Bazaine la relación entre estos dos oficiales en un principio fue de total cordialidad y respeto, en una carta enviada a Napoleón III el 20 de enero de 1864 Bazaine le expuso la campaña militar que Douay tenía que desempeñar sobre Zacatecas, Michoacán y Colima, agregando que admiraba sus méritos militares y lo propuso para que le fuera otorgada la condecoración de la Legión de honor (García, 1973, p. 260-261).

La mayor parte de los informes que Bazaine enviaba a Napoleón III presentaban la situación mexicana como óptima, pero no se entendía en Francia como los juaristas derrotados volvían a aparecer de nuevo en el campo de batalla. El mariscal, conforme al plan de reducción de tropas, declaró a mediados de 1864 que se podrían empezar a repatriar algunas de las unidades (Conte, 2003, p. 294). En cartas enviadas a Napoleón III manifestó su disposición para hacer regresar a Francia la infantería de marina que aún era necesaria para pelear en diversos puertos mexicanos, además informó que no era necesario que le fueran enviadas más cargamentos de municiones puesto que la situación militar no lo demandaba. Una vez que el emperador Maximiliano estuvo a punto de llegar a México Bazaine envió una carta el 11 con fecha de junio de 1864 a Napoleón III informándole que para el 6 de octubre era

posible mandar de regreso a Francia una compañía de ingenieros, una batería de artillería y 6 batallones de infantería (García, 1973, p. 438).

De esta forma, aunque Maximiliano no había llegado a México ya se tenía planeado el regreso de tropas antes de lo estipulado en el tratado de Miramar. La llegada del nuevo emperador mexicano y los planes de Bazaine para regresar tropas a Francia desencadenaron las fricciones entre el mariscal y Douay. En una carta enviada por Napoleón a Bazaine el 7 de julio de 1864 le manifestó que el general Douay le había informado de sus temores por ver disminuido el ejército porque el país no estaba lo suficientemente pacificado. Le reiteró a Bazaine que el debería conocer mejor sus obligaciones, si bien es cierto que deseaba la vuelta del ejército, no debía comprometer la expedición (García, 1973, p. 462).

La carta que Douay había enviado manifestaba que la decisión que estaba tomando Bazaine era absurda, ya que estaban sobre un territorio tres veces más grande que Francia. Aunque la carta no fue enviada directamente a Napoleón, sino a un contacto suyo en París, el emperador francés cometió el error de mencionarlo en su respuesta a Bazaine. Desde ahí creció la enemistad entre ambos jefes, que, vale la pena mencionar, tenían los grados militares más altos de la expedición francesa en México. También se generó un conflicto entre el resto de las oficiales, mientras que algunos apoyaban al mariscal Bazaine, otros favorecían a Douay, entre ellos, los emperadores. Douay, junto a otros dos generales, d'Heriller y Brincourt, eran los tres generales favoritos de los emperadores y no formaban parte del grupo de amigos del mariscal Bazaine.

En febrero de 1865 Maximiliano envió a París al general mexicano Adrián Woll quien era su ayudante con la misión de entrevistarse con Napoleón III y solicitar el relevo del mariscal Bazaine ante la ineficacia en la pacificación del país, posteriormente envió a su consejero Félix Eloin de nacionalidad belga con la misma misión sin conseguir algo favorable.

En las cartas de Carlota a Eugenia, emperatriz de Francia se destacaba la participación de estos tres generales y dejaba a un lado a Bazaine. Este, aprovechando la repatriación de una brigada de tropas, decidió escoger la que era mandada por d'Heriller y que pertenecía a la división del general Douay. De esta manera, podría alejar a dos personajes que le eran incómodos (Conte, 2003, p. 333).

En julio de 1865 el general Douay volvió de París y se entrevistó con Maximiliano y Carlota, quien tomo notas sobre los temas tratados. En la conversación Douay informó al emperador que durante su estancia en París los informes enviados por el mariscal Bazaine retrataban la situación en México como pacífica y totalmente controlada, además, criticó la estrategia de Bazaine pues forzaba a las tropas a realizar largas marchas que las dejaba exhaustas para presentar batalla. Maximiliano agregó que el mariscal le había asegurado que a fines de 1864 el país estaría totalmente pacificado y que, después de tomar Querétaro las fuerzas republicanas se dispersarían, cosa que no fue así y que desde un principio Maximiliano no esperó que tuviera éxito, con lo cual inició su enemistad con Bazaine pues dio la impresión de que estaba en contra de todas las acciones que el mariscal realizaba. Douay concluyó afirmando que para que la administración imperial tuviera solidez el comandante de las tropas francesas debía estar al servicio del emperador mexicano y no al revés, además sugirió la creación de un Ministerio de la Guerra con autonomía de Bazaine (Castelot, 1985, p. 266).

El 29 de junio de 1865 Maximiliano reclamó a Bazaine por medio de una nota la situación militar del país que juzgó como insatisfactoria. Expuso que Guanajuato y Guadalajara estaban amenazadas, Morelia cercada, Acapulco se había perdido, Oaxaca débilmente guarnecida, S. Luis Potosí amenazada y el norte con una situación incierta. Maximiliano reclamó que para calmar a la población y a la oposición política en París se enviaban informes favorables sobre la situación en México afirmando que estaba pacificado lo cual distaba mucho de la realidad, además, grupos de efectivos eran enviados de regreso a Francia pese a ser muy necesarios en México. Procede recriminándole a Bazaine sus enormes gastos militares en tropas que no estaban donde era necesario y que se le había prometido que para el invierno de 1865 el país estaría pacificado y no había señal de que fuera ser así (Galindo, 1987, p. 255-259).

A mediados de 1866 las importantes ciudades de Monterrey y Tampico habían caído en manos de los republicanos, ante ello, Maximiliano recriminó públicamente al mariscal Bazaine que dejara perder plazas tan estratégicas, el mariscal respondió que esas áreas no eran ya de su incumbencia y que la situación militar le obligaba a abandonar el norte.

En cuanto al general Brincourt, que era comandante superior de Puebla y Tlaxcala en carta del 20 de abril de 1864 reclamaba a Bazaine los reproches hechos con respecto a iniciar

operaciones militares sin autorización. Brincourt planteaba que ante los ataques republicanos que tenían lugar en Acatlán, había solicitado salir con su columna, lo cual se le autorizó, pero con la condición de solo llegar a medio camino con la finalidad de disuadir. Esta orden no gustó a Brincourt, pero, de cualquier manera, afirmó que el mariscal Bazaine estaba al tanto de las operaciones, por lo que no entendía el reclamo.

Prosigue reclamándole que la su oficina de estado mayor se toma una gran importancia y afirma que de quien tiene que recibir órdenes es de Bazaine y no de su oficina. Le recordaba que había solicitado que si no contaba con su confianza le devolviera a Francia, ante lo cual se le respondió que mantendría su puesto en la medida que sus servicios fueran necesarios.

Termina diciendo que esa decisión no estaba a su altura y dando las razones de sus desacuerdos solicitaba nuevamente ser embarcado a Francia y dejar de servir en el ejército de México (García, 1973, p. 390-391).

Bazaine, en carta del 27 de abril del 64, le respondió que si no era capaz de plegarse a la disciplina militar le dirigiera una solicitud para volver a Francia y remitirla al ministro de la guerra, recordándole que su conducta era anti militar y que no se mandaba por sí mismo.

El general Brincourt salió de Puebla el 29 de octubre de 1864, la destitución afectó las relaciones de Douay con el mariscal Bazaine, así como de la población local, quienes apreciaban a Brincourt (Galindo, 1987, p. 106).

La carta del general Brincourt en la que hace referencia al estado mayor de Bazaine, afirmando que se tomaba una importancia que no le correspondía se confirma con una carta de la emperatriz Carlota a Eugenia de Francia, donde le expone que el ejército francés no está libre de influencias y prueba de ello es el coronel Boyer, del estado mayor de Bazaine, a quien consideraba responsable de diversas medidas que no le agradaron de Bazaine. Carlota se quejaba de la reducción de tropas pues afirmó que causaba el levantamiento de guerrillas en Michoacán y Jalisco, de esto hacía responsable al coronel Boyer por la influencia que tenía sobre el mariscal, por lo que recomendaba su alejamiento de México (Conte, 2003, p. 310).

Estas cartas son importantes en tanto que revelan la antipatía de Bazaine hacia algunos generales en comparación con otros, como Dupin, de quién se habla más adelante, que cometió cantidad de atrocidades sin ser molestado.

Otra de las problemáticas que se presentaron con este general fue la relación con los aliados nativos que había hecho. El general Brincourt formó parte de los oficiales que entablaron amistad y cooperación con los indígenas de México; después de la toma de Puebla en 1863, formó una contraguerrilla en la Sierra Norte de Puebla y en Córdoba, más adelante en 1865, durante su campaña en Chihuahua realizó lo mismo con los tarahumaras (Meyer, 1993, p. 39-60).

Cuando fue decidida la evacuación, los franceses tuvieron que dejar a merced de los liberales a los aliados mexicanos que los habían apoyado, eso incluía a los indígenas, con quienes existieron relaciones de respeto y amistad. Por ello, la orden de evacuación provocó disgusto en muchos de los oficiales franceses.

El general Brincourt, ante este hecho, declaró que prefería “romper su espada antes que ensuciarla”, en referencia a lo que él consideraba traición hacia sus aliados. En carta del 8 de julio de 1865 escrita desde Torreón, Coahuila, al ministerio de la guerra francés presentaba su dimisión del mando que tenía, así como de su grado, renunciaba a los derechos que había adquirido por sus servicios y solicitaba regresar a París.

Otra fuente de problemas entre los mandos franceses fue Charles-Louis Dupin, quién fue coronel y comandante de la contraguerrilla en México, había sido traído por Forey y Bazaine siendo rehabilitado en el servicio activo y se le encomendó el mando de una fuerza para la tierra caliente del Golfo de México compuesta por aventureros. Su nombramiento se dio en 1863 y desde ahí tuvo amplia libertad de movimientos (Juárez, 1904, p. 125-127).

La contraguerrilla que fue destinada para frenar los ataques de los guerrilleros en la tierra caliente del norte de Veracruz. Según el teniente coronel De Briche, se caracterizaba por ser multinacional, tener costumbres de pillaje, imponer multas, asesinatos; su única motivación es el beneficio económico que podrían obtener. Cabe mencionar que esta información, que el coronel le solicitó a Dupin le fue negada por él, en un claro acto de insubordinación, y se tuvo que recurrir a la información de campesinos y pobladores locales (García, 1973, p. 129).

A pesar de las continuas insubordinaciones que mostraba Dupin ante otros comandantes no se actuaba contra él porque era protegido del mariscal Bazaine, en uno de los informes que Bazaine presentó al ministro de la guerra francés manifestó “El diario de las operaciones militares le informará de los combates felices tenidos contra las guerrillas, donde el coronel Dupin opera con inteligencia y grande energía” (de Keratry, 1981, p. 33-34).

Debido a la mala fama y las quejas que Maximiliano expuso continuamente sobre Dupin, Bazaine le envió a Francia en otoño de 1865, pero Dupin consiguió exponer a Napoleón su plan para pacificar México con sus métodos y fue enviado de regreso. Esto fue interpretado por el emperador como un acto de desobediencia del mariscal Bazaine, y por ello, le recriminó públicamente el 15 de enero de 1866 aumentando la discordia entre ambos (Conte, 2003, p. 396-397).

Durante todo el imperio se planeó la creación de un ejército nacional para sustituir a los franceses cuando estos salieran de México. En una carta enviada por Napoleón III a Bazaine el 29 de septiembre de 1863 el emperador francés le manifestó su aprobación sobre su propuesta sobre cómo organizar el nuevo ejército imperial mexicano. Se planteó que el núcleo de esta tropa sería la Legión Extranjera Francesa, la cual sería prestada a Maximiliano por 10 años. Se formaría un par de regimientos concediendo un ascenso a los oficiales y suboficiales que accedieran a integrarse, las 2 unidades militares serían complementadas con soldados indígenas que serían uniformados y disciplinados al estilo francés. Se planeó reclutar a 4,000 o 5,000 soldados que se complementarían con nuevos reclutas europeos para formar así la base del nuevo ejército mexicano (García, 1973, p. 192-193).

Posteriormente el mariscal envió una carta a Napoleón con fecha de noviembre de 1863 en la que le comunicó sus intenciones de transformar el nuevo ejército de Maximiliano en una fuerza capaz de sostener el imperio alejada de los pronunciamientos y rebeliones a las que estaban acostumbrados. Para el 17 de noviembre Bazaine planeó organizar los primeros 6 batallones con integrantes del tercer batallón de la Legión Extranjera y así mismo reportó al emperador francés el éxito de sus pruebas con 2 compañías mexicanas organizadas con soldados franceses y 175 mexicanos bajo el mando de un oficial galo al que los soldados indígenas obedecían de buena gana (García, 1973, p. 194-196).

Sin embargo, con la llegada de los austriacos y la inclinación de Maximiliano hacia ellos se fueron agravando las relaciones entre el mariscal, la cuestión del ejército pareció dejó de importar a Bazaine, a sabiendas de que la formación de tropas mexicanas era la única manera de sostener al imperio. Maximiliano solicitó al mariscal que se nombrase al general d'Heriller o a Brincourt como responsables de la organización del ejército, pero el mariscal rechazó la idea definitivamente, por ser estos generales partidarios del general Douay y muy afectos a Maximiliano. Bazaine sospechaba que una vez que el emperador tuviera sus tropas y cierta independencia, buscaría la manera de deshacerse de él. Finalmente, se encomendó esta tarea al comandante austriaco conde Thun (Conte, 2003, p. 538) quién también encontró oposición de Bazaine a sus esfuerzos, pues cada vez que alguna unidad de tropas se acababa de formar eran enviadas contra el enemigo sin dar tiempo a que estuvieran lo suficientemente capacitadas (Conte, 2003, p. 340).

En la entrevista entre el emperador mexicano y el general Douay realizada en julio de 1865 Maximiliano expuso que desde su llegada el mariscal se había opuesto constantemente a la formación de un ejército nacional, los proyectos que él ideaba eran contrarrestados por Bazaine e incluso los generales conservadores mexicanos que le servían estaban sorprendidos porque pensaban que el emperador no quería un ejército nacional. Incluso, para mostrarse amistoso con el mariscal galo había entregado una lista de candidatos franceses para que dirigieran el ejército nacional, pero se les había rechazado.

En última instancia Maximiliano intentó crear su ejército con soldados franceses que se quisieran quedar voluntariamente a servirle en unidades militares denominadas como "cazadores". Se organizaron 9 batallones de 10 compañías de cazadores, cada una con 400 hombres. Los soldados indígenas que también se reclutaron fueron minoría y se reclutaron un total de 66 oficiales, 130 sargentos y 1502 soldados (Galindo, 1987, p. 411). Estos esfuerzos fueron en vano pues Bazaine se encargó de forzar a los efectivos franceses a regresar obligatoriamente a Francia lo que tuvo por consecuencia la desaparición de dichas unidades.

Las desavenencias duraron hasta el fin del imperio con la llegada del general de brigada Castelnau con amplios poderes, este debía hacer que Maximiliano abdicase y buscar un gobierno que lograra satisfacer las demandas francesas. Las desavenencias entre Bazaine y

este nuevo general surgieron cuando Maximiliano se negó a abdicar. Por una parte, Castelnau tenía la impresión de que Bazaine influyó al emperador para que no abdicase y hacer fracasar su misión; y por otra parte Bazaine, como mariscal, estaba ofendido por estar subordinado a alguien de menor grado que él, pero que podía destituirlo en cualquier momento (Conte, 2003, p. 542).

Cuando el imperio mexicano ya estaba muy debilitado Bazaine envió un telegrama a Castelnau con fecha del 13 de diciembre de 1867 solicitando lo más pronto posible la salida de los tres grupos de tropas europeas y todo aquel que quisiera salir de México. Además, el 14 de enero de 1867 declaró que no habría permisos para aquellos franceses voluntarios que quisiesen quedarse a servir en México y todos sin excepción debían embarcarse bajo pena de ser declarados desertores.

El 14 de enero de 1867 se realizó una junta en el Palacio de México para evaluar la situación del imperio. Bazaine, guiado únicamente por las motivaciones económicas de su gobierno declaró que el imperio era imposible y lo único que le quedaba a Maximiliano era abdicar del trono. Antes de partir con sus tropas hacia Francia destruyó una buena cantidad de material de guerra que aún le era útil al gobierno imperial, además, vendió mucho armamento a las tropas republicanas en un franco desinterés por la suerte de la administración de Maximiliano (Galindo, 1987, p. 532).

## **CAPÍTULO II. EL CUERPO AUSTRIACO DE VOLUNTARIOS**

En este capítulo de la tesis se estudió al cuerpo austriaco de voluntarios que llegó al país entre 1864 y 1865 y tuvo actividades militares hasta mediados de 1867, fecha en la que evacuaron los últimos integrantes de dicha tropa, una vez que el segundo imperio llegó a su fin tras el fusilamiento del emperador Maximiliano en Querétaro.

Conforme a la información encontrada y la perspectiva teórica con la que fueron estudiadas se realizaron las siguientes conclusiones.

El cuerpo austriaco de voluntarios fue un contingente que tuvo la capacidad de convertirse en un sólido sostén para el imperio debido a su pasado bélico, la experiencia de sus combatientes y el entusiasmo que despertaba la figura de Maximiliano en sus integrantes, además, su organización estaba a la altura de un ejército regular. Sin embargo, hubo varios factores, sobre todo políticos, que limitaron su capacidad bélica.

El teatro de operaciones del cuerpo austriaco de voluntarios estaba demasiado extendido para su tamaño, eso dio como resultado que las unidades se vieran expuestas a constantes y agotadoras marchas en persecución de los guerrilleros liberales que se refugiaban en el terreno difícil de las zonas a donde iban. Además, conforme pasó el tiempo las unidades austriacas fueron dispersándose cada vez más, lo que finalmente las transformo en unidades incapaces de enfrentarse a los republicanos, cuyas tropas aumentaron progresivamente.

Pese a los desacuerdos entre Maximiliano y su hermano, los austriacos mantuvieron una buena base de apoyo en su país natal, los voluntarios no faltaron (incluso en 1866 hubo suficientes dispuestos a venir a México) a diferencia del cuerpo belga donde en el primer reclutamiento no lograron cubrir el total de vacantes. Esto se debió a las simpatías que había por Maximiliano y a la difícil situación económica de diversas zonas del imperio de los Habsburgo.

La composición de esta unidad militar refleja una alta profesionalidad en su organización y la disposición para permanecer durante un buen tiempo en México, si solo se pasa por alto

que eran menos que los franceses, nos encontramos ante una tropa que dispuso de todos los servicios para campaña y guarnición necesarios.

Los nacionalismos, según su tipo, causaron dos tipos de problemas. Por un lado, la multiculturalidad del imperio llevó a una confusión al ejecutar órdenes y en la comunicación diaria afectando la cooperación entre los efectivos. El cuerpo austriaco presentó casos de suicidio y depresión debido a la imposibilidad de entenderse con la población local o sus compañeros.

Seguidamente, el problema de índole nacionalista marcó la relación entre austriacos y franceses: la rivalidad nacional, el recuerdo de la reciente guerra por la que habían pasado, y la ambición de querer lograr mejores cosas que el otro en México llevó a varios desentendidos y choques entre las tropas e incluso sus mandos, aunque en este último caso, fue la cuestión del poder la que marcó ese conflicto.

La independencia en el mando de las tropas, el pago separado de ellas así como el deseo de asegurar para sus hombres un destino brillante en México y el querer posicionarse de mejor manera ante Maximiliano o Bazaine a fin de tener mejor respuesta a sus peticiones fueron aspectos presentes en la interacción de los mandos austriacos y franceses, la cual se convirtió en el transcurso de su estancia, en una lucha de poder que se agravó conforme la posición política y financiera del imperio se hizo más difícil.

## **2.1 Medios militares**

El 12 de junio de 1864 el nuevo emperador de México, Maximiliano de Habsburgo y su esposa, la emperatriz Carlota, entraron a la capital mexicana en medio de un magno recibimiento organizado por los partidarios del imperio y el ejército francés, el cual se hallaba en México desde hacía más de un año. Con la llegada del soberano se inició oficialmente el Segundo Imperio Mexicano que duraría hasta la caída de Querétaro el 15 de mayo de 1867 y el posterior fusilamiento de Maximiliano junto con sus generales Tomas Mejía y Miguel Miramón.

Una vez que los emperadores se establecieron en el país, la situación político-militar cambió. En el ámbito político, la Regencia del imperio, que había gobernado mientras Maximiliano arribaba a México, quedó relevada de sus funciones. En el ámbito militar, las tropas fueron diversificadas con la llegada de los contingentes austriaco y belga, lo cual, marcaría una nueva etapa en la lucha contra las fuerzas liberales.

### **2.1.1 Número**

La formación del cuerpo austriaco de voluntarios fue acordada una vez que Maximiliano aceptó la corona de México el 10 de abril de 1864 y adquirió facultades para realizar una convención entre Austria y el nuevo Imperio Mexicano. En dicha convención se estableció el número de voluntarios de los que se compondría el cuerpo. Se fijó en seis mil hombres para el ejército de tierra y 300 marineros, que posteriormente no fueron necesarios, debido a la carencia de una marina mexicana (Hamman, 1994, p. 61).

Desde 1863 se había sugerido al emperador Maximiliano que reclutara voluntarios militares para que asegurara su trono con voluntarios de su país. Juan Nepomuceno Almonte, en su calidad de regente en 1863 propuso que el número de efectivos debía ser de entre 12,000 y 10,000, y como mínimo, 3,000 (Ratz, 2008, p. 110).

El encargado de buscar voluntarios fue el coronel Leissner, y el punto de reunión fue la ciudad de Laibach, ahí se reclutaron y se organizaron las unidades austriacas, el costo se cubrió con el empréstito emitido a Maximiliano, que, a fin de cuentas, era pagado por los ingresos financieros mexicanos, casi controlados en su totalidad por los franceses (O. de Boop, 1965, p. 81).

El 19 de noviembre de 1864, comenzó en Trieste el embarque de la legión austriaca. El transporte de las tropas estaba a cargo de la “Sociedad trasatlántica francesa”. Los barcos en los que vinieron las tropas fueron el “Bolivian” que partió primero, posteriormente el “Veracruz”, el “Peruvian” y el “Brasilien”. En el vapor “Bolivian” viajaban los oficiales austriacos, el Estado Mayor y el comandante Conde de Thun (Rivera, 1988, p. 560).

El reclutamiento de tropas continuó hasta el 15 de febrero de 1865, los últimos que viajaron no fueron tan numerosos como los primeros contingentes, pero, entre ellos, hubo hombres con profesiones elevadas que más adelante prestarían servicio en los cuerpos técnicos.

En el primer destacamento viajaron en total 5,186 hombres, hacia el mes de abril de 1865, se encontraban en México 215 oficiales y 6,899 suboficiales y soldados, posteriormente, en otoño de 1865 fue lanzada otra campaña para atraer voluntarios austriacos, y en la cual llegaron otros 1,200 soldados, por lo que a fines de 1865 el número de efectivos provenientes de Austria ascendió a 8,000 hombres.

Un número considerable para emprender acciones militares de envergadura en contra de las tropas republicanas, que, para cuando los austriacos llegaron a México estaban organizadas en guerrillas mal armadas y entrenadas pero numerosas y con gran conocimiento del terreno en donde operaban. Como se explicará más adelante, el factor numérico austriaco no fue aprovechado adecuadamente en contra de las tropas juaristas.

En 1866 el imperio entró en crisis a causa de la incapacidad de las tropas imperiales para pacificar el país, los ingresos reducidos que llegaban a la administración de Maximiliano, la proyectada retirada de las tropas francesas que se había acordado para otoño de 1867 según el tratado de Miramar y las constantes protestas del gobierno de Estados Unidos para que los franceses evacuaran México. Ante esta situación se volvió urgente que Maximiliano contara con efectivos suficientes para el ejército que sostendría su imperio.

Con esa finalidad, y resultado de las negociaciones realizadas desde fines de 1865 por el embajador mexicano en Viena, los reclutamientos volvieron a abrirse con la finalidad de enganchar tropas, ya no como voluntarios extranjeros casi en calidad de mercenarios, sino como hombres dispuestos a integrarse al nuevo ejército nacional proyectado por Maximiliano (Rivera, 1987, p. 88). Parecía que el Imperio Mexicano iba a poder sostenerse con ayuda del país natal de Maximiliano (no del gobierno austriaco), pues desde la corte de Viena y los altos círculos austriacos se deseaba favorecer al “archiduque Max”, en su proyecto gubernamental.

Así, el 14 de marzo de 1866 se acordó una nueva convención entre Austria y México, en la que fue autorizado un reclutamiento anual a realizarse de 1865 a 1870. En 1866 se pactó

reclutar 4,000 hombres, y los años siguientes 2,000, hasta 1870. Esto daba un total de 10,000 nuevos voluntarios que vendrían a México a defender el régimen imperial y que, en combinación con los que ya se encontraban en territorio mexicano daba un total de 16,000 efectivos austriacos. Un número suficiente que hubiera podido contribuir a la independencia militar de Maximiliano y a la consolidación del imperio.

Lamentablemente para el imperio mexicano, el gobierno norteamericano, apelando a la doctrina Monroe, no estaba dispuesto a seguir tolerando la presencia de tropas europeas en México y cuando 2,200 voluntarios estaban listos para partir del puerto de Trieste el 10 de mayo de 1866 recibieron la protesta de la representación diplomática estadounidense en Viena, amenazando el 6 de mayo con declarar el estado de guerra si los embarques no eran cancelados. Las dificultades internas de Austria y las tensiones con Prusia provocaron que el gobierno de Francisco José accediera a las exigencias de los Estados Unidos (De Bopp, 1965, p. 102).

A principios de 1867, las tropas francesas se retiran definitivamente de México dejando al régimen de Maximiliano defenderse con sus propias fuerzas. Con los franceses, salen también del país los contingentes austriaco y belga, a los cuales se intenta convencer de integrarse a las fuerzas imperiales mexicanas. Solamente 800 soldados aceptan. 3600 austriacos se embarcan de regreso a Europa y 1,000 de ellos desertan o se desconoce su paradero (Ratz, 2008, p. 121-122) La contabilidad total de austriacos al momento de la evacuación de las tropas da un total de 5400 soldados, el resto, habían caído muertos o prisioneros en México.

### **2.1.2 Organización**

En cuanto a la organización, el cuerpo contó con un regimiento de húsares, un regimiento de ulanos, 18 compañías de cazadores, una unidad de artillería de montaña, una unidad de infantería general, veinte médicos, oficiales de caja y una banda de música de 50 hombres (Hamman, 1994, p. 106).

A este respecto, Konrad Ratz agrega que el cuerpo de voluntarios austriaco contó con 3 batallones ligeros de infantería, cada uno de 1,000 hombres; el regimiento de húsares y uno de lanceros, que Brigitte Hamman nombra ulanos. Cada regimiento de caballería tuvo 600 jinetes. En cuanto a la artillería, esta contó con 2 baterías de cañones rayados, un tipo de armamento novedoso y efectivo. Por último, el cuerpo austriaco de voluntarios contó entre sus filas con la compañía de ingenieros de combate con 150 hombres y 150 pioneros para la construcción de puentes (Ratz, 2008, p. 111).

El cuerpo austriaco de voluntarios contaba así con unidades de todas las armas de un ejército del siglo XIX (infantería, caballería y artillería) lo cual, aunado a los servicios de los pioneros e ingenieros, le daba, sobre el papel, la capacidad de desempeñar expediciones militares como las realizadas por las tropas francesas en el territorio mexicano.

El *Almanaque imperial mexicano*, en su edición de 1866 presenta a un cuerpo austriaco altamente organizado y completo en cuanto a la disponibilidad de tropas y servicios. En el apartado sobre la oficialidad se presenta una tabla detallando los cargos y nombres de los integrantes del cuerpo. El almanaque da a conocer que los voluntarios austriacos contaban con un comandante en jefe, naturalmente y un Estado Mayor. Como unidades de combate contaban con cazadores, un regimiento de húsares y lanceros, ya referidos anteriormente, artillería y un cuerpo de zapadores. Como servicios militares contaban con un cuerpo administrativo y auditores, así como con capellanes, médicos boticarios y hasta veterinarios (Imprenta de J.M. Lara, 1866, p. 146-148).

Con esta organización, el cuerpo austriaco de voluntarios estaba en condiciones de desarrollar operaciones militares con efectividad e independencia, mientras el erario imperial lo permitiera (y así fue por lo menos hasta abril de 1866). La organización no tenía nada que envidiarle a la de un ejército formal como el francés, y el emperador Maximiliano tenía razón en confiar en estas tropas para el sostenimiento del imperio una vez que los franceses se retiraran. Ahora ¿por qué las tropas voluntarias austriacas, si estaban tan bien organizadas y contaban con un número suficiente de soldados no lograron consolidar logros militares y territoriales de gran envergadura? El erario, desde luego, era una fuente constante de problemas que más adelante provocarían una crisis generalizada, pero existieron más

factores, como se verá más adelante, que limitaron las capacidades y logros bélicos del cuerpo de voluntarios.

### **2.1.3 Características de los integrantes**

La calidad de los hombres de una fuerza armada es parte fundamental de las bases de su capacidad militar. Indagar a los integrantes en cuanto a su entorno social, aportó datos que contribuyeron al estudio de su actuar y su papel en el entorno político, económico y militar en que se desarrollaron.

“Algo supranacional nos une: el residuo que llevamos en nuestra alma de la antigua Austria”, esta expresión del escritor Manés Sperber se refiere a la particularidad del Imperio Austriaco a mediados del siglo XIX, se trató de un conjunto de distintas nacionalidades representadas por una élite germánica en Viena, entre sus integrantes se contaban alemanes, magiares, checos y eslovacos, croatas y serbios, polacos, rutenos, rumanos, eslovenos e italianos. Los alemanes y magiares (húngaros) representaban, con 24 y 20 % respectivamente, casi la mitad de la población de las nacionalidades existentes (García, 2002, p. 58). El gobernante de este conglomerado fue el emperador Francisco José, quien tuvo como lema *viribus unitis*, que se traduce del latín como “fuerzas unidas”, lo cual significaba que su gobierno tuvo la finalidad de mantener unido el mosaico de pueblo que habitaban en el imperio.

Al ser emitida la convocatoria de reclutamiento de voluntarios, estos arribaron desde todos los rincones del imperio austriaco reproduciendo en menor escala, el aglomerado multicultural y políglota de la monarquía del Danubio.

Muchos de los soldados rasos que se enlistaron provenían de las regiones más pobres del imperio, como la Bohemia y Hungría. Uno de los motivos que llevaron a muchos a enlistarse fue la leyenda del antiguo imperio mexica, lo que generaba una alta expectativa de riqueza (Bazant, 2004, p. 11-12). Esto provocó, además, que se presentaran muchos más voluntarios de los que se esperaban en un principio.

¿Cuál era el tipo de combatiente austriaco que se buscaba para luchar en México? Las características que se pedían a los voluntarios se establecieron en el convenio entre Austria y México de 1864, se acordó que los aspirantes deberían ser hombres menores de 40 años, robustos y de religión cristiana, más no necesariamente católicos, esto debido a la presencia de otras minorías, como los húngaros, que no profesaba dicha religión. Con miras a arraigar a los voluntarios a México se dio preferencia a los hombres solteros pues eso facilitaría los matrimonios con mujeres mexicanas pues se visualizaba el imperio de Maximiliano como un régimen estable (Hamman, 1994, p. 65). A los voluntarios se les prometió una paga más alta que la del ejército austriaco, un año de salario anticipado, para los militares un grado militar más alto del que tuvieran en el ejército austriaco y perspectivas de ascenso. (O. de Boop, 1965, p. 81).

Al terminar los seis años de servicio, se garantizaba a los soldados que quisiesen regresar el financiamiento del viaje hacia Austria, así como su reintegración en el ejército austriaco con el grado que tenían antes de ir a México. A los voluntarios que se desearan quedarse en México al término de su servicio, se les prometieron tierras para colonizar, 12 yugadas<sup>5</sup> de tierra labrantía para el soldado raso y hasta 28 yugadas para un suboficial.

El uniforme de los voluntarios estuvo compuesto por blusa azul, pantalón bombacho rojo, zapatos de baja calidad, polainas, y sombrero de cazador con pluma. Estas prendas desentonaron en las duras condiciones del territorio mexicano, y fueron lo contrario de las vestimentas militares de sus adversarios republicanos quienes generalmente vistieron ropas humildes, ligeras y acordes al terreno de México.

#### **2.1.4 Oficialidad**

Según el diario del conde Khevenhüller, incluso antes de que la convención que solicitaba tropas fuera dada a conocer al público, al interior del ejército se presentaron más de mil

---

<sup>5</sup> 2700 m<sup>2</sup>

oficiales solicitando enlistarse para ir a México. Entre los oficiales figuraban muchos aristócratas, entre cuyos motivos para salir de Austria se encuentran problemas personales, económicos y el deseo de aventura y obtención de beneficios económicos (Hamman, 1994, p. 67). Otra de las razones para enlistarse era la figura del archiduque Maximiliano, quién se había creado una fama en Austria como un personaje liberal y contrario a lo que representaba su hermano Francisco José (Ratz, 2008, p. 113).

En la tabla expuesta en el anexo 2 localizada al final de este trabajo se encuentran los nombres y cargos de la oficialidad del cuerpo de voluntarios pasando por la comandancia general, la infantería compuesta por cazadores, los húsares y lanceros que integraron la caballería y finalmente la artillería y zapadores. Se encuentran también los oficiales de los servicios auxiliares como el cuerpo administrativo, auditores, capellanes, médicos, boticarios, médicos y veterinarios. Un conjunto de armas, servicios y oficiales bastante integral.

El conde Franz von Thun, un alemán radicado en Bohemia fue designado como comandante de los voluntarios el 22 de agosto de 1864. Su designación, realizada por Maximiliano, fue de hecho, la primera orden oficial del cuerpo. Mediante un exhorto en dicha orden animó a los soldados a mantenerse unidos y darle su apoyo en la misión que realizarían en México. Además, hace énfasis en dos aspectos. Uno, en que “apoyados en el honor del soldado austriaco superarían todas las dificultades y desde luego, vencerían al enemigo”. Y el segundo detalle de su exhorto es la voluntad manifiesta de ponerse a la disposición del archiduque Maximiliano, el hermano imperial (Bazant, 2004, p. 49).

José Luis Blasio, secretario de Maximiliano describió a Thun como un “hombre de mediana estatura, grueso de barba y cabellos negros, hablante de español y francés y portador de un uniforme modesto” (Blasio, 1996, p. 32). Por su parte Francisco José dio buenas referencias de él a Maximiliano describiéndolo como un oficial excelente y empeñado. Adjetivos que dirige sobre el resto de la oficialidad del cuerpo austriaco como buenos augurios para el proyecto mexicano.

### **2.1.5 Experiencia previa de combate**

Las condiciones para el reclutamiento eran diferentes para los que ingresarían como soldados rasos que las de los oficiales. Esto se basaba en la reglamentación militar austriaca, así, a los oficiales se les permitía ingresar con un grado más alto del que poseían en Austria. Como ya se refirió antes, muchos oficiales dejaron con gusto el servicio de las armas en el ejército austriaco para servir a Maximiliano en México.

En la tropa se permitió ingresar solamente a los que ya hubieran cumplido el servicio militar regular en el ejército austriaco. Según Brigitte Hamman, este sistema era obligatorio, los jóvenes se reclutaban a los 20 años, prestaban servicio durante nueve años y pertenecían dos años a la reserva (Hamman, 1994, p. 65).

El cuerpo de voluntarios austriaco constituía así una fuerza militar que conocía el servicio de las armas. Al igual que el Cuerpo Expedicionario Francés, muchos de ellos contaban con experiencia de combate real debido a los conflictos en que el Imperio Austriaco se vio involucrado en los años que precedieron al gobierno de Maximiliano. Los oficiales austriacos se consideraban representantes de la tradición bélica de Austria (muchos eran aristócratas), que a través de la historia se había enfrentado a turcos, prusianos, franceses e italianos (Ratz, 2008, p. 113).

El ejército austriaco participó en la Segunda Guerra de Independencia italiana, que se desarrolló durante 1859, y en la que los austriacos enfrentaron a los italianos y franceses (con los que irónicamente tuvieron que hacer causa común en México 5 años más tarde).

No es objeto de este trabajo de investigación ahondar en el entramado político que causó esta guerra, sin embargo, se tomó como referencia para ilustrar la experiencia militar de muchos de los hombres que, en un futuro, pelearían en México. El conflicto italiano inició el 26 de abril de 1859 cuando Austria inició la invasión del Piamonte, durante su desarrollo los austriacos participaron en tres batallas de gran envergadura. Montebello, Magenta, y el combate de Solferino. El primer enfrentamiento (Montebello) tuvo lugar el 20 de mayo de 1859 y dio como resultado la derrota de los austriacos ante fuerzas francesas y piamontesas bajo el mando del general francés Elías Forey, quien en 1863 sitiaría Puebla y establecería la regencia del Imperio en Ciudad de México.

La batalla de Magenta tuvo lugar el 4 de junio de 1859 entre unas fuerzas armadas austriacas bien atrincheradas y el ejército francés al mando del general Mac-Mahón. Este combate fue uno de los más sangrientos de la guerra, duró más de 12 horas y el resultado se decidió en última instancia, pues los austriacos contaban con superioridad numérica y fuertes posiciones, a pesar de lo cual, fueron obligados a retirarse dejando más de cinco mil prisioneros, cuatro cañones y dos banderas. Las pérdidas francesas fueron también numerosas, pues perdieron comandantes de alto rango y armamento pesado (cañones rayados) (Balaguer, 1892, p. 99).

El enfrentamiento bélico más grande de este conflicto tuvo lugar el 24 de junio en Solferino. El emperador francés, Napoleón III y el emperador austriaco Francisco José comandaron sus tropas desde el frente de batalla, la cual duró casi 24 horas y resultó en victoria para las fuerzas galas gracias a la intervención decisiva de los batallones de zuavos. Los soldados franceses tuvieron que retomar hasta tres veces las posiciones austriacas, que fueron defendidas al final con barricadas hechas con cadáveres de los caídos.

En Solferino participaron por lo menos 230,000 soldados entre austriacos, franceses y piemonteses, muriendo durante la batalla aproximadamente 20,000 de ellos, casi un 10% de la totalidad de los combatientes. Esto sin contar a los que fallecieron posteriormente a causa de sus heridas (Tognina, 2009, p. 2). De esa manera, Solferino se convirtió en uno de los combates más grandes y letales del siglo XIX y, aunque fueron obligados a retirarse, los austriacos desempeñaron un papel respetable tomando en cuenta que enfrentaron a dos enemigos a la vez. Por otra parte, a pesar de las pérdidas, el ejército no fue vencido totalmente y mantuvo una fuerte capacidad de ofensiva, por lo menos hasta la guerra Austro-Prusiana de 1866, de la que el ejército austriaco salió totalmente derrotado.

La memoria de estos combates sería llevada por los voluntarios austriacos en 1864 y se expresaría con orgullo en un poema que inventaron durante su estancia en México, el cual versa de la siguiente manera. “Cómo pueden ilusas, las huestes mexicanas, disputar el camino, a las fieras legiones de Austria veteranas, que tienen como lauros, Magenta y Solferino” (De Bopp, 1965, p. 85). Naturalmente, este tipo de expresiones era una invitación a confrontamientos entre los austriacos y el resto de las tropas que lucharon en México, además permite inferir que los austriacos llegaron con una moral muy alta.

## **2.2 Objetivos del cuerpo austriaco en México.**

### **2.2.1 Misión**

Desde 1862, mientras Napoleón III sondeaba a Maximiliano sobre su posible aceptación del trono de México, el archiduque había establecido una condición previa para la aceptación. Esta era que deseaba acompañarse por una fuerza militar que debía reclutarse en Europa, pero que estaría destinada a ser el núcleo de un nuevo ejército nacional completado con mexicanos y que partiría de Europa con banderas e insignias mexicanas (Conte, 2003, p. 108).

El príncipe Karl Khevenhüller, capitán primero del regimiento de húsares afirmaba que el emperador Maximiliano necesitaba una fuerza que le proporcionase suficiente protección al trono mientras se organizaba un ejército imperial compuesto por mexicanos, pues opinaba y con razón, que un gobierno imperial sostenido con bayonetas extranjeras no lograría ganarse la simpatía de la población de México (Hamman, 1994, p. 105).

Además, según el tratado de Miramar del 10 de abril de 1864, las tropas francesas no estarían permanentemente en México, sino que irían reduciendo su número, primero a 25,000 hombres, de acuerdo con el artículo 1º de la convención y posteriormente irían evacuando progresivamente México, a medida que Maximiliano pudiera organizar sus propias fuerzas armadas, esto quedó establecido en el artículo 2º (La Sociedad, 1864, p. 127) y, debido a estos artículos, era necesario contar al principio con un contingente armado extranjero diferente al francés que, dada la nacionalidad de Maximiliano, serían preferentemente austriacos.

La misión de los voluntarios austriacos tenía desde sus orígenes un objetivo a largo plazo, como se ve reflejado en las condiciones que solicitaba Maximiliano y en los requisitos para el alistamiento. Parte fundamental para el régimen imperial era que las tropas que tenían que sustituir a los franceses adquirieran un carácter nacional, al igual que el emperador, quién a lo largo de su gobierno se esforzó para “mexicanizarse” y así mismo, dotar a su programa de gobierno de elementos nacionalistas. Los voluntarios austriacos no eran la excepción, y por

ello, debían llegar con insignias mexicanas e integrarse en organización y combate con elementos mexicanos, con miras a quedarse permanentemente en México y no solo como una tropa de ocupación.

Los compatriotas de Maximiliano que se unirían a su aventura imperial pronunciaron un juramento antes de embarcarse. En él quedan plasmados otros detalles acerca de la misión que tenían que cumplir en México.

Ante Dios el Todopoderoso, rindo el solemne juramento de dedicar mi fidelidad y obediencia a Su Majestad, mi Serenísimo Príncipe y Señor Maximiliano Primero emperador de México; y a los generales del Altísimo; y de obedecer, honrar y proteger a todos mis superiores, atender a sus órdenes y mandos en todos los servicios; luchar con audacia y heroísmo contra todo enemigo, quienquiera que sea y dondequiera que lo requiera la voluntad de su Majestad Imperial, en el agua y sobre la tierra, de día y de noche, en batallas, asaltos, combates y empresas de todo tipo; en una palabra: en todo lugar, en cualquier momento y en toda ocasión; no abandonar en ningún momento mis tropas, banderas, estandartes y cañones; nunca entrar en el más mínimo entendimiento con el enemigo; conducirme siempre conforme a las leyes marciales y como corresponde a bravos hombres de guerra; y vivir y morir, en esta forma, con honor. Asimismo, me comprometo a no hacer nada que atente contra mis deberes de súbdito austriaco.

Así Dios me salve. ¡Amén! (Hamman, 1994, p. 69).

Un punto por destacar de este juramento fue que los austriacos juraron prestar obediencia al emperador Maximiliano, por lo que desde antes de su partida quedaba en el aire la posición que ocuparían con respecto al Cuerpo Expedicionario Francés de México, el cual era 4 veces más grande que el austriaco y dominaba la situación militar en México y cuyo comandante, Achille Bazaine reclamaba el mando total de las fuerzas armadas.

### **2.2.2 Motivos políticos**

La cuestión de los voluntarios fue tratada entre Maximiliano y Francisco José a fines de 1861. Además de cuestiones económicas, el emperador austriaco garantizó a Maximiliano la realización de reclutamientos en todo el territorio de la monarquía, lo cual parecía indicar que el gobierno imperial de Viena se solidarizaba con los proyectos de Maximiliano.

Lejos de ser así, el hermano de Maximiliano marcó distancia entre los intereses de Austria y los de México, algo que el embajador austriaco en Londres ya había expresado al secretario británico Lord Russell en 1862, afirmándole que Francisco José no apoyaría con tropas y barcos al proyectado Segundo Imperio (Conte, 2003, p. 117). En 1863, en una entrevista entre los dos hermanos Habsburgo, el mayor de ellos no ocultó al otro que deseaba mantener el papel reservado del gobierno austriaco en el asunto mexicano.

La política de Viena fue constante en cuanto a la negativa al involucramiento directo en los asuntos mexicanos aunado al duro condicionamiento al que fue sometido Maximiliano para obtener la autorización de fundar un trono en México. Considero que fueron dos los hechos que marcaron la política imperial de Francisco José hacia el proyecto de su hermano. El primero es el “Pacto de Familia” firmado en 1864, y el segundo, la negativa a respaldar al cuerpo austriaco de voluntarios financiera y políticamente.

El Pacto de Familia fue un condicionamiento impuesto por Francisco José I a Maximiliano, que en ese momento aún no había aceptado la corona de México y que, en caso de la muerte de su hermano mayor, era el heredero a la corona del Imperio Austriaco. Por ello, se le hacía renunciar a sus derechos de sucesión para él y sus descendientes. Aunque Maximiliano rehusó en un principio, terminó cediendo ante los argumentos histórico y político que se le plantearon. Históricamente, porque los reyes que aceptaron tronos extranjeros habían renunciado a sus derechos en sus países de origen. Por otra parte, se expuso que en caso de morir Francisco José y Maximiliano se encontrara en México, detonaría una crisis política, pues nada garantizaba que regresaría a Austria a ocupar el trono (Ridley, 1994, p. 173).

Para facilitar la aceptación de Maximiliano del controvertido Pacto de Familia se le concedieron ciertas garantías económicas y lo más importante, la autorización y la orden al ministro de guerra austriaco para reclutar al cuerpo austriaco de voluntarios. Una vez acordado esto, se firmó el pacto el 9 de abril de 1864.

El Pacto de Familia, del cual dependió el reclutamiento de las tropas austriacas fue anunciado por Francisco José al *Reichsrath* (Cuerpo Legislativo) el 14 de noviembre de 1864 mediante un discurso en el que justificaba el pacto bajo el argumento de la aceptación de la corona imperial de México por parte de Maximiliano (Rivera, 1987, p. 561), este anuncio provocó nuevos problemas diplomáticos entre los dos emperadores, pero en cuyos detalles no se ahondará en este estudio.

Como se ha referido el gobierno imperial austriaco trató de desvincularse políticamente de los asuntos mexicanos. A los voluntarios austriacos, por ejemplo, les nombraron “Cuerpo Mexicano de Voluntarios Austriacos” una manera de marcar distancia con el contingente. A pesar de ello, siguió siendo conocido como Cuerpo Austriaco de Voluntarios (Ratz, 2008, p. 110).

El financiamiento de este contingente militar también fue responsabilidad total del gobierno mexicano. Desde el reclutamiento y formación de las tropas, todo se financió con fondos mexicanos, en este caso a través del empréstito francés. El encargado de la formación de las tropas fue el mexicano Gregorio Barandiarán, quien hizo frente a la indiferencia del gobierno austriaco y logró reunir a los voluntarios a pesar de los obstáculos.

### **2.2.3 Área de operaciones**

De acuerdo con combatientes como el príncipe Khevenhüller, el soldado Josef Mucha y varios de sus adversarios republicanos como el general Figueroa, Porfirio Díaz, así como de los embajadores francés y prusiano se ha podido trazar en esta investigación una panorámica de las zonas en que los austriacos desarrollaron sus actividades militares.

A su llegada a México los austriacos fueron enviados a la zona sur de Puebla, Veracruz, Tabasco y Yucatán, siendo su cuartel general la capital poblana, como bien lo refiere el conde Khevenhüller (Hamman, 1994, p. 117). Conforme pasó el tiempo fueron ampliando su área de operaciones hasta encontrarse en Matamoros en 1866, ciudad de la que intentaron pasar a Monterrey siendo atacados y derrotados en el intento (von Magnus, 2011, p. 81). También

hubo austriacos destinados a la ciudad de Campeche, donde sufrieron los efectos de la fiebre amarilla y ataques republicanos, por lo cual optaron por retirarse a Lerma, situado a 8 km al sur de esta ciudad.

Hacia el final del Segundo Imperio, participaron en la campaña de Oaxaca, intentando liberar a la capital de dicho estado, pero fueron vencidos en el lugar llamado “La Carbonera” por fuerzas republicanas al mando del general Porfirio Díaz (Rivera, 1994, p. 149-251). Otra de sus misiones en este periodo fue la persecución de diversos jefes guerrilleros en el norte del estado de Veracruz, en sitios como Papantla y Agua Dulce (Galindo, 1906, p. 282-283).

Las principales vías de comunicación de la época, usadas por los austriacos estaban compuestas por algunos tramos de vías de ferrocarril y caminos usados por diligencias y arrieros. El principal de ellos era el de México a Veracruz, arteria fundamental del imperio para sus comunicaciones, aprovisionamiento y evacuación del país. Este camino pasaba por los poblados de Perote, Jalapa y Puente Nacional y desde la ciudad de México tenía una longitud de 624 km.

La segunda ruta fue la de México a Tuxpan, pasando por Pachuca, Tulancingo, y Xico. Esta arteria fue importante cuando se realizaron operaciones de apoyo a los puertos del norte, como Tampico y Matamoros. Desde aquí se persiguió a los juaristas hacia la zona del Totonacapan en 1866. La longitud de esta ruta desde ciudad de México hasta el puerto de Tuxpan era de 364 km.

Una tercera ruta fue la que llevaba a la ciudad fronteriza de Matamoros, este camino pasaba por las ciudades de Querétaro, S. Luis Potosí, Saltillo y Monterrey, fue empleado por los austriacos en 1866 durante la desafortunada acción que sostuvieron contra los republicanos en la que fueron derrotados y perdieron un botín de mercancías valiosas. Esta ruta fue una de las más largas empleadas por los imperiales, desde ciudad de México contaba con 2,245 km.

Por último, estaba el camino de Veracruz a Mérida y Progreso, el cual en varias partes era intransitable para los carruajes. Esta ruta fue utilizada en menor medida por las tropas austriacas que ocuparon temporalmente Campeche, pasando por Alvarado, S. Juan Bautista y Campeche. La ruta tenía 386.5 km. de extensión (de Leon, 1967, p. 16-17).

Afirma Leon Toral que estos caminos eran recorridos por diligencias y que no contaban con revestimiento, salvo muy pequeños tramos, lo que dificultó circular por ellos especialmente en época lluviosa. Afirma que la resistencia de los puentes no era la mejor y solo alcanzaba para dejar pasar a los carros comerciales y militares, así como las piezas de artillería.

De acuerdo con Leon Toral el territorio mexicano se dividió en 7 frentes de guerra durante la intervención. De ellos, 4 fueron empleados por las tropas austriacas, siendo el denominado Frente del Oriente su principal zona de actividades abarcaba la capital poblana, que era su cuartel general y otras poblaciones como Teziutlán y Tehuacán que conectaban con el Golfo de México. Estaba a su vez delimitado al norte por los ríos Tuxpan, en el puerto homónimo y en el sur contaba con los principales accesos a las tierras altas mexicanas desde el puerto de Veracruz.

Otro de los teatros de operaciones donde se desempeñaron fue el del norte-noreste el cual abarcó las costas de Tamaulipas y parte de la delimitación del Río Bravo, contaba con las rutas que conectaban las importantes ciudades de Saltillo, Monterrey y Matamoros y estuvo delimitado el sur por el río Pánuco.

El teatro de operaciones del Sur y Sureste volvió a cobrar importancia una vez que el general republicano Porfirio Díaz se fugó de prisión el 20 de septiembre de 1865, bajo su mando volvieron a aparecer fuerzas en dicha zona. Este teatro de operaciones abarcó los estados de Oaxaca y Guerrero, el sur de Veracruz y Puebla, así como Tabasco, Chiapas y Yucatán, cuyas rutas terrestres ya han sido referidas y de las cuales la más empleada fue la que comunicaba Puebla con Oaxaca, pasando por Tecamachalco, Tehuacán, La Carbonera y el poblado de Etna, tenía 335 km de longitud. El camino de Tehuacán a Orizaba también fue muy empleado durante la guerra, pues se unía al de México-Veracruz, medía 100 km (de Leon, 1967, p. 20-25).

El área de operaciones austriaca conforme pasó el tiempo y las exigencias de la guerra lo requirieron se fue ampliando cada vez más, llegando a abarcar 280,003 km<sup>2</sup> de territorio nacional en donde están estacionados desarrollando operaciones bélicas. Ya ni se diga las enormes distancias que tenían que recorrer para ir, por ejemplo, de Puebla a Oaxaca o a Tuxpan, zonas alrededor de las cuales desarrollaron muchos combates.

Se infiere que, a pesar del respetable número de efectivos austriacos que llegaron al país, fueron insuficientes para dominar por completo la zona en que fueron asignados. Lo montañoso del terreno, caminos en malas condiciones y las zonas boscosas y selváticas entorpecieron los avances militares. Estas características jugaron en contra de los imperiales no así de los republicanos, quienes sacaban provecho de su conocimiento y adaptación al terreno.

## **2.3 Interacción interna y externa**

### **2.3.1 Nacionalismos**

En primer lugar, se encuentra la influencia que tuvo el nacionalismo en las relaciones militares con los otros contingentes, con énfasis en el Cuerpo Expedicionario Francés con el que las relaciones fueron de mal en peor. Como se ha referido, el nacionalismo es una construcción histórica, por lo que es necesario exponer y analizar algunos hechos en retrospectiva.

Cuando inicia la aventura imperial de Maximiliano hay algunos detalles en los diarios de los acompañantes que despiertan la curiosidad. Durante el viaje por el mar Atlántico hay un incidente en el cual, debido a la carencia de viento y el agotamiento de las reservas de carbón de la fragata *Novara*, (nave en la que viaja Maximiliano y su séquito), esta se ve obligada a solicitar ayuda a la fragata francesa *Themis* que escoltaba al emperador. La decisión de pedir ayuda a los franceses provoca un gran descontento en el emperador Maximiliano y los oficiales y personal austriaco que lo acompañan, los cuales consideran vergonzoso y humillante para un barco austriaco el tener que solicitar ayuda a un barco francés. Finalmente, la *Novara* es remolcada hasta la isla de la Martinica, pero el disgusto se mantiene hasta el desembarco, así como el sentimiento, por parte de Maximiliano, de que la casa de Austria ha puesto en entredicho su honor y que se puede cuestionar su poderío militar (Moncada, 2000, p. 55-58).

La cuestión de la *Novara* no pasó de ser un simple contratiempo que pasó desapercibido para los habitantes de la Martinica y que fue agradecido posteriormente, pero es ahí donde radica lo especial del asunto, pues no importaba tanto el hecho de tener que dicho barco tuvo que ser remolcado, sino el hecho de tener que ser remolcados por franceses.

Dos incidentes al salir del puerto de Trieste son importantes también. El primero de ellos durante la visita de Maximiliano al Papa, en la cual, un observador nota que las tropas francesas actúan como si tuvieran la necesidad de recordarle al emperador Maximiliano que no debe de olvidar sus obligaciones con los franceses y no con el nuncio apostólico. El segundo incidente, es mientras el barco austriaco cruza un lugar denominado “estrecho de Bonifacio” donde se encuentra la isla de Córcega y tropas francesas. Al momento en que pasan la fragata *Novara* y la *Themis*, los soldados franceses muestran sus respetos a la fragata francesa mas no a la austriaca, una actitud que no llamaría la atención de no ser porque es costumbre que las tropas apostadas en islas y litorales saluden a las embarcaciones de importancia que pasan por el lugar, sin importar su nacionalidad (Moncada 2000, p. 44).

Al arribar al puerto de Veracruz, un nuevo incidente saca a la luz la animosidad entre los austriacos y franceses. Maximiliano se negó a anclar entre la flota gala, haciéndolo en un lugar apartado de los barcos franceses. Con esa acción, pretendía enfatizar ante los franceses la autonomía austriaca. Esta acción provoca que el almirante francés Bosse suba al barco de Maximiliano a reclamarle su acción calificándola de inadecuada, lo que fue percibido por el personal austriaco presente como una muestra de la arrogancia y prepotencia francesa (Kolonitz, 1984, p. 61).

Estos precedentes dan una idea del sentimiento nacionalista que existía entre austriacos y franceses, donde se apelaba a palabras como el honor, autonomía y demás para disfrazar la animosidad que claramente se presentaba entre el personal de dichas naciones mismos que, sin embargo, tendrían que defender un mismo régimen en México. Si estos eran los ánimos entre el personal civil, puede inferirse lo que se podría esperar de las relaciones entre contingentes armados como el cuerpo de voluntarios y las tropas francesas.

La animosidad entre austriacos y franceses se presentó desde el primer momento. Aunque fueron apoyados con material bélico francés para poder iniciar sus operaciones en México, pronto aparecieron los primeros signos de conflicto. Los franceses recibieron a los austriacos

recelando de ellos y con mala voluntad, según Marianne O. de Boop, pues políticamente los ven como defensores de Maximiliano, al que consideran un títere de Napoleón. Además de ello, hubo una broma común entre los franceses el afirmar que aprender alemán provoca daños a la garganta (De Bopp, 1965, p. 86).

Por otra parte, el recuerdo de la guerra de independencia italiana aún está presente entre las tropas francesas y austriacas que habían sido enemigas en 1859. Los austriacos, a pesar de haber sido derrotados, realzan sus hazañas guerreras, lo que aumenta la antipatía hacia ellos.

Durante su estancia en México los austriacos señalan a los franceses con calificativos como arrogantes, prepotentes, ladrones y mentirosos. El mariscal Bazaine, comandante francés, se vuelve blanco de las críticas de los oficiales austriacos. Se le señala como poseedor de dos almacenes en la Ciudad de México de los cuales obtiene grandes beneficios vendiendo mercancías que pasan sin pagar impuestos, algo que muchos de sus oficiales emulan. Otra de las anécdotas que circulan sobre el mariscal es la forma en que obtuvo el cargo, pues la campaña de Oaxaca, que le dio prestigio, solo fue un despilfarro de dinero y no hubo una seria oposición por parte de las tropas juaristas (Hamman, 1994, p. 116).

Los testimonios austriacos registraron que los franceses fueron percibidos por la población mexicana como conquistadores arrogantes, a los cuales no se les quiere en México y que continuamente ofenden a la población local y a los miembros de los otros contingentes, y, en el caso de los oficiales austriacos, afirmaron que tanto a ellos como a sus tropas se les ve mejor que a los franceses, pues no actúan como ocupantes de un país conquistado.

Los franceses, por su parte, opinaban que las tropas austriacas eran indisciplinadas (los austriacos afirmaron lo mismo de los galos) y que no eran efectivos como elementos de guerra. Así mismo, otro de los focos de conflicto fue la atención que Maximiliano prestaba a sus compatriotas (De Bopp, 1965, p. 88-89).

Maximiliano, al ser austriaco, sintió predilección por sus compatriotas, y durante su estancia en México procuró asignarles actividades que los mantuviera cercanos a él. Los oficiales austriacos eran invitados continuamente a las recepciones en Palacio al contrario que los franceses, los húsares austriacos formaban su guardia personal y, en su primer viaje, se hizo

acompañar de ellos, dándoles el papel de fuerza de seguridad principal, pese a que las tropas francesas eran quienes aseguraban los lugares y caminos por donde iba pasar el emperador.

De esta forma, el antagonismo surgió por el orgullo nacionalista de franceses y austriacos, la dependencia de Maximiliano con respecto a los galos, y la preferencia que dio a sus paisanos en México. Los problemas en el campo de batalla no tardaron en aparecer y los antagonismos presentes hicieron imposible que se formara un espíritu de cuerpo conforme la experiencia en las batallas y la exposición conjunta a los peligros aumentaba.

Otra fuente de problemas de tipo nacionalista que hubo en el cuerpo de voluntarios era precisamente, la composición multinacional del mismo. El Imperio Austriaco para esta época, se componía de las siguientes nacionalidades: 24 % alemanes, 20 % magiares, 17 % checos y eslovacos, 11 % croatas y serbios, 10 % polacos, 8 % rutenos, 6 % rumanos, 2,5 % eslovenos y 1,5 % italianos (García, 1992, p. 58). Al ser emitida la convocatoria los reclutas llegaron de todos los rincones del imperio y en México, al sumarse a los soldados de nacionalidad francesa, belga y mexicana (con la multitud de pueblos indígenas que había) provocaron una “torre de babel” en cuanto a la cuestión lingüística.

Al interior del cuerpo de voluntarios, las órdenes se daban en alemán, que era el idioma que dominaba el imperio, y a muchos de los voluntarios se les complicaba entender las órdenes pues el alemán no era su idioma natal.

En 1865, dentro de los primeros contingentes de voluntarios llegados a México se encontraban 215 oficiales y 6,899 suboficiales y soldados. De ellos 6,187 eran ciudadanos austriacos. 550 polacos exiliados de su país y 207 extranjeros de procedencia diversa (Ratz, 2008, p. 113). Si esto fue un inicio bastante heterogéneo, se tornó aún más complicado debido a que los 6,187 ciudadanos austriacos también estaban diversificados en las múltiples nacionalidades del imperio.

Paradójicamente, en los dos regimientos del arma de caballería del cuerpo austriaco si existió unidad nacional y lingüística, aunque no bajo el elemento germánico. En el regimiento de húsares, los integrantes eran casi enteramente húngaros y durante su estancia en México, en la paz y en los combates, se comunicaron en húngaro. Por otra parte, el regimiento de caballería de los ulanos estaba compuesto casi enteramente por polacos que habían huido al

imperio austriaco después de la rebelión polaca de 1863 en contra de Rusia, este regimiento, al igual que el de los húngaros, usaba el polaco como lengua de uso diario (Hamman, 1994, p. 68).

### **2.3.2 Relaciones de poder y actividades militares en México.**

Las tropas arribaron a México después que el emperador Maximiliano, pues este no deseaba mostrarse como un conquistador con fuerzas militares. Dicho consejo se lo había dado su suegro, el emperador Leopoldo I de Bélgica, ya que el hecho de llegar con tropas podía causar muy mala impresión entre los mexicanos (O. de Boop, 1965, p. 81).

El segundo Imperio Mexicano se caracterizó por ser heterogéneo y los conflictos en las relaciones de poder aparecieron rápidamente. Los problemas entre el cuerpo de voluntarios austriaco y las fuerzas armadas francesas se originaron por la autonomía que reclamaban los primeros, de ahí que surgiera el conflicto por el mando y operaciones austriacas y la organización del ejército imperial mexicano.

El 1 de enero de 1865 el comandante de los austriacos, conde Franz Thun escribió al mariscal Bazaine para acordar la relación que tendrían los integrantes de “dos potencias aliadas”. Esto reflejaba que Thun percibía a su tropa como un contingente armado de tropas independientes que colaborarían al lado de los franceses.

Sin embargo, desde esa fecha ya se discutía la posibilidad de unir en una sola legión las fuerzas armadas belga, francesa y austriaca que estarían bajo el mando de un general francés. Esta propuesta fue enviada al emperador Maximiliano por el embajador francés Alphonse Dano quien refiere que el mismo Bazaine había rechazado la propuesta al igual que Maximiliano (Díaz , 1967, p. 265).

El problema de competencias se intensificó cuando los austriacos tomaron la iniciativa en el departamento de Puebla. Antes de eso, el conde Thun había escrito nuevamente a Bazaine agradeciéndole las atenciones que le habían mostrado las tropas francesas, pero aclarando que las relaciones entre austriacos y franceses aún no estaban reglamentadas y solicitaba el arreglo de dicha situación, comentándole, que de ninguna manera las tropas austriacas se dejarían tratar como las mexicanas aliadas de los franceses (De Bopp, 1965, p. 91-92).

En febrero de 1865 los austriacos, comandados por el comandante Kodolitsch, combatieron exitosamente y de manera autónoma a las guerrillas en Teziutlán, lo que provocó que el mariscal Bazaine protestara porque no se le hubiera consultado antes de emprender dicha acción. En ese conflicto, el emperador Maximiliano tuvo un papel importante y decisivo, pues intentó conciliar a franceses y austriacos premiando al comandante Kodolitsch, pero al mismo tiempo, subordinándolo a los franceses. De esa manera, evitó un conflicto, pero cerró el camino a la autonomía en posteriores operaciones militares de los austriacos.

En octubre de 1865 fue publicado un decreto imperial en el que se estableció que cualquiera que fuera atrapado con las armas en la mano contra el imperio, sería fusilado de inmediato. Con ello se buscó solucionar el problema de las guerrillas que solían atacar y desaparecer de inmediato, esta ley fue impopular entre la población mexicana por lo cual Maximiliano, contrariando al mando francés autorizó a los austriacos a que evitaran aplicarlo.

El 28 de marzo de 1866 el embajador francés Dano, volvió a sugerir que las tropas extranjeras debían estar unidas en una sola legión con la finalidad de darles un nuevo valor, y pareció mostrarse contrariado ante el hecho de que Maximiliano no quisiera permitirlo prefiriendo mantener la autonomía de los austriacos. Dano insistió el 14 de abril de aquel año (Díaz , 1967, p. 303).

Con respecto al emperador Maximiliano, en una carta enviada al mariscal Bazaine en marzo de 1866 le expone el agradecimiento porque el tesoro francés se encarga de la legión belga, sin embargo, en lo referente a la fusión de las unidades le hace saber que consiente en ello hasta donde el terreno legal y las “circunstancias nacionales” lo permitieran, lo cual fue una negativa disfrazada.

En el momento en que se discutió la propuesta de fusión, las comisiones enviadas por parte de los austriacos y belgas insistieron en mantener su independencia de los franceses, aunque al final tuvieron que ceder debido a las presiones financieras y la imposibilidad de la administración de Maximiliano para pagar sus sueldos (de Keratry, 1870, p. 122).

Una vez fusionadas, las tropas austriacas quedaron a total disposición de las francesas, las cuales, como ya proyectaban su retirada, evitaron realizar acciones ofensivas y enviaron a los austriacos a los peligros, dividiéndolos en pequeñas unidades arruinando con eso, el

último sostén militar que se planeaba defendería el trono mexicano después de la retirada de los galos (Basch, 1953, p. 20-21).

El segundo foco de conflicto en los asuntos austro-franceses en México fue la conformación del nuevo ejército imperial mexicano, se ha referido que se pretendió hacer uso de los voluntarios austriacos para establecer una tropa nacional que sería el núcleo del proyectado ejército. Sin embargo, apenas medio año después de la llegada de Maximiliano al país, el ministro de la guerra francés, mariscal Randon envió indicaciones al mariscal Bazaine para comenzar el regreso de efectivos franceses a fin de evitar compromisos en el presupuesto de la guerra proyectado para 1865, esta medida no fue comprensible para Maximiliano, pues buena parte del país seguía insurrecta.

Desde el 4 de septiembre la emperatriz Carlota se había enterado del posible regreso apresurado de las tropas debido a la alarma que le dio el embajador imperial en París, José Manuel Hidalgo, aunque en ese momento no iba ser más que un falso rumor (Ratz, 2003, p. 128-129).

El conflicto por la organización de las nuevas tropas mexicanas comenzó el 5 de junio de 1865. Ante la tardanza de Bazaine en cumplir el encargo de Maximiliano de formar las nuevas tropas, había decidido nombrar al comandante de los austriacos, conde de Thun, como el nuevo responsable de ese proyecto, el cual se realizarían en el cuartel general del cuerpo austriaco de voluntarios, Puebla (Rivera, 1987, p. 598).

Según José Luis Blasio, antes de mandar la carta al general Bazaine se habían entablado negociaciones personales en la hacienda de Jalapilla entre el ministro de la guerra mexicano, el conde de Thun y Maximiliano con respecto al nuevo ejército nacional, en la carta enviada a Bazaine se le aclaraba que se tomó la decisión de designar al conde Thun por no haber un general francés que haya podido o querido encargarse de ella. Esas últimas palabras disgustaron al mariscal y provocaron más conflictos (Blasio, 1996, p. 33).

Encargado del proyecto, el conde de Thun enfrentó las decisiones de Bazaine quién arruinó los progresos con las tropas mexicanas al intentar sacar de Puebla a los austriacos y enviarlos a Morelia con el fin de cancelar la instrucción de los nuevos batallones mexicanos. Además,

en vez de esperar a la agrupación de los diversos cuadros militares, el mariscal Bazaine los dispersaba cuando apenas se habían formado (Conte, 2003, p. 340-341).

Debido a las decisiones de Bazaine en las cuales entorpecía la formación de un ejército nacional, se cree que no permitía que Maximiliano tuviera un ejército por miedo a que adquiriera una posición independiente y le disputara la base de poder que tenía, que era la militar.

Si los austriacos habían representado una amenaza a dicha base de poder, Maximiliano la había anulado por el mismo al ordenar a su comandante en jefe, conde Thun, en carta del 6 de febrero de 1865, que el mariscal Bazaine tuviera el alto mando también sobre las tropas francesas con la finalidad de obtener “servicios más provechosos” pero con lo cual, prácticamente subordinaba a las tropas austriacas a auxiliares de Francia (Hamman, 1994, p. 76).

La subordinación de los austriacos a ser unidades totalmente dependientes de Francia, la imposibilidad de formar un ejército nacional debido a la obstrucción francesa y la pérdida de confianza del emperador Maximiliano en el comandante de los voluntarios debido a intrigas francesas provocaron que el conde Thun presentara su renuncia en agosto de 1866 y se embarcara rumbo a Europa.

En noviembre de 1866 el coronel von Kodolitsch fue nombrado nuevo comandante de los austriacos. Aunque intentó evitar la disolución del cuerpo austriaco para que pudieran servir a Maximiliano posteriormente las dificultades financieras del imperio lo hicieron imposible.

Los soldados austriacos tuvieron total libertad para quedarse asumiendo los riesgos o regresar a Austria en los barcos franceses, así que varios permanecieron en México, a diferencia del ejército francés, en donde se les exigió volver a Francia, bajo pena de ser declarados traidores. Una vez que se retiraron los efectivos franceses y belgas, solo se quedaron 800 austriacos en México, que sostendrían el imperio hasta la caída de Querétaro en mayo de 1867.

### **CAPÍTULO III. LA LEGIÓN BELGA**

La Emperatriz Carlota de Bélgica influyó de forma decisiva para que Maximiliano finalmente aceptara el trono de México pues todavía dudaba en aceptar la corona pocas semanas antes de que recibiera a la delegación mexicana que se encargó de invitarlo a gobernar México. La ambición y el talento de esta figura de la casa real de Bélgica hicieron que lograra convencer a Maximiliano acerca de la ventaja de obtener un trono en América y dejar la vida monótona del castillo de Miramar en el cual residían. Pero ¿quién apoyaría al trono? Por parte de Maximiliano serían las tropas austriacas, en el caso francés estaba el Cuerpo Expedicionario de México.

Para la Emperatriz Carlota, el respaldo provino de un grupo de jóvenes voluntarios de su patria que la acompañarían en su aventura imperial y que, más tarde, serían conocidos como “los belgas mexicanos”. Este fue el cuerpo militar que destinó el gobierno belga para la protección de la persona de la emperatriz, aunque una vez en México su misión cambiaría radicalmente y entraron en combate en diversas zonas del país.

Las conclusiones de este tercer y último apartado se exponen a continuación.

La Legión Belga fue un elemento pequeño en comparación a los austriacos y franceses y sus problemas radicaron en la falta de experiencia militar de la tropa, sus altas expectativas de la misión y el disminuido número con el que contaban, además, sus oficiales padecieron de ceguera estratégica, pues solicitaron entrar en combate aún y con las deficiencias de sus hombres.

Los conflictos con los franceses fueron menos y no tuvieron la cuestión del poder entre sí, pues el mando belga no contaba con objetivos políticos tan ambiciosos como, por ejemplo, el mando austriaco. Los problemas que se presentaron fueron pragmáticos, como las críticas a los franceses tras las derrotas sufridas por, supuestamente no haberles apoyado, lo cual muchas veces disfrazaba la necesidad de trasladar la responsabilidad a otros. En el caso de los soldados, el conflicto surgió por una necesidad básica como la paga y el respeto a la normatividad, esta sería, quizás, la única manifestación de choque de poder que se presentó,

ante la falta del pago prometido y la continua intención por parte del mando francés de poner a Van der Smissen bajo un oficial galo de menor graduación.

Realizaron importantes misiones de campaña para las que no estaban destinados y, en el desempeño de ellas, tuvieron una efectividad aceptable para sus limitaciones, como la falta de artillería, equipo adecuado y suficiente experiencia en combate. Sus derrotas y padecimientos se debieron, en esencia, a la continua superioridad numérica del enemigo y a las enormes distancias que se les hizo marchar.

Respecto a la problemática desatada por el reclutamiento de los belgas, no deja de llamar la atención el hecho de que testimonios en contra de la expedición y la prolongación de la estancia belga en México hayan podido llegar rápidamente hasta las altas esferas del gobierno y más aún, haber podido ser usadas (sin represión por parte del gobierno belga) en contra de la política real, algo que, respaldaría a Bélgica bajo el reinado de Leopoldo I como un país con amplias libertades civiles para la época.

Finalmente, las tropas de la emperatriz estuvieron implicadas de forma indirecta en el choque de poder entre Maximiliano y el mando francés; pues pese a las faltas cometidas por Van der Smissen, el emperador le dejaba impune para disgusto de los galos, además de velar continuamente por su seguridad financiera y futuro ante la prevista caída del imperio, ello a pesar de las limitaciones financieras que los franceses le habían impuesto.

### **3.1 Medios militares**

#### **3.1.1 Número y organización**

La legión belga fue el cuerpo militar extranjero más pequeño entre los llegados para sostener el trono mexicano. Destinados como guardia personal de la emperatriz Carlota, sus objetivos eran limitados, militar y territorialmente. Al menos eso fue el plan original, pues las circunstancias del imperio y del entramado político – militar los llevarían a combatir en lugares lejanos tales como como Michoacán, y Monterrey.

La legión belga estaba compuesta de 63 oficiales, al mando del coronel Alfred van der Smissen, así mismo, estaba integrada con 1480 soldados y 15 cantineras. Se esperaba lograr reclutar hasta 2,000 voluntarios, pero esto no fue posible. El contingente belga fue dividido, en el transcurso de la campaña mexicana, en dos batallones, el de Granaderos de la Emperatriz y el de Cazadores del Rey Belga (Hefter, 1962, p. 20).

El número de las tropas belgas en México estuvo por un momento en posibilidad de incrementarse. A principios de 1866, cuando ya estaba programada la fecha de regreso de las tropas francesas, la administración imperial decidió acudir a los países de los soberanos en busca de apoyo. En Bélgica, durante 1866 hubo deserciones en batallones del ejército belga, y muchos se alistaban para venir a México, debido a la oferta de ascender. Varios sargentos belgas se presentaron voluntarios y la prensa de Bruselas elogió los servicios que estaban prestando a la emperatriz Carlota en México (Rivera, 1987, p. 88).

Ahora bien, los soldados belgas llegados a México entre 1864 y 1865 se repartieron en dos batallones: granaderos y artilleros, cada uno con seis compañías. Contaban con un estado mayor formado por un teniente coronel (Van der Smissen), un mayor con funciones de teniente coronel, un capitán asistente del mayor un teniente portador de la bandera, un médico y un capellán.

Como esperaban desempeñar una misión de guardias de palacio el uniforme de los belgas no estaba en absoluto adaptado para las condiciones del terreno mexicano. El uniforme, como lo describe Joseph Hefter, era bastante pintoresco. Consistía en ropas de gala con sombrero negro adornado con penacho de plumas de gallo, levita con galones rojos para los granaderos, verdes para cazadores y blancos para los músicos, con la intención de reflejar los colores de México. Las barbas que portaron muchos de los voluntarios tenían como función recordar la leyenda de Quetzalcóatl, el antiguo dios barbado y blanco de los mexicas.

A lo largo de la estancia y enfrentamientos que tuvieron en Michoacán durante 1865, por ser la primera vez que entraban en combate y porque no estaban preparados para realizar campaña, los belgas estuvieron expuestos a muchas dificultades como las enfermedades de tierra caliente, largas marchas y una guerra de guerrillas que los agotaba, “hoy diez muertos, mañana veinte resucitados” era una frase que se escuchaba entre la legión, en referencia a los guerrilleros republicanos. Un observador del cuerpo francés comentaba que,

independientemente de sus habilidades en combate, los belgas u “hombres del norte” como también les llama, no eran aptos para el clima caluroso de diversas regiones de México, además, su temperamento como soldados estaba poco preparado para la guerra de facciones altamente politizada en la que se involucraron (de Keratry, 1870, p. 94). De ahí que el emperador Maximiliano, en una larga reunión confidencial el 9 de julio de 1865, expresó al general Douay, segundo al mando del cuerpo expedicionario francés, que se había contado demasiado con los belgas, pues eran niños que se desalentaban rápidamente y se dejaban matar “como moscas”, sin embargo, ya empezaban a organizarse debidamente y a adquirir experiencia militar, el general Douay, por su parte, agregó que a las tropas se les hacía marchar demasiado, aspecto para el que los mexicanos (imperiales o republicanos) estaban muy bien adaptados, no así los europeos (Conte, 2003, p. 363).

Al entrar en campaña de manera casi repentina, el Regimiento de la Emperatriz se percató de los inconvenientes que este uniforme presentaba en las batallas, el viento se llevaba los sombreros, la levita impedía movimientos rápidos y la cartuchera era de tamaño pequeño, por lo cual no cabía la cantidad suficiente de parque para los combates que, como se ha referido, podían durar hasta 5 o más horas. Fue necesario adquirir camisas, pantalones, cubrenucas y polainas de manta del país, los capotes fueron recortados y de los sobrantes de tela se fabricaron kepis al estilo francés, con respecto a los accesorios de campaña se compraron a las tropas galas lonas y mantas para sustituir a las mochilas, sacos de ración y munición y cantimploras. El resultado fue que las tropas de la emperatriz quedaron uniformadas en un estilo burdo, situación que en los primeros meses en combate les desmoralizó por verse despojados de su magnífico y detallado uniforme que portaban al llegar a México (Hefter, 1962, p. 21-22).

### **3.1.2 Características de los combatientes**

Entre los alistados, figuraban muchas razones para venir a un país extraño para ellos como lo era México. La primera fue servir a la emperatriz Carlota hija del rey de los belgas

Leopoldo I (aunque fueron los menos). Otros se encontraban desempleados y se vieron atraídos por la fama de México como un país de riqueza a la que pensaron acceder prestando servicio al imperio mexicano. Por otra parte, los oficiales que ya pertenecían al ejército belga tuvieron como motivación ascender en el escalafón militar y obtener condecoraciones

Es posible que el principal atractivo para los integrantes de la Legión Belga hayan sido las favorables condiciones que se les ofrecieron a cambio de su servicio en México. Para los miembros provenientes del ejército belga se les ofreció un ascenso al grado superior del que ya poseían, así como la consideración de sus años de servicio en Bélgica para determinar su pensión. Además, al cabo de seis años de servicio en México tendrían un año de vacaciones y, finalmente, si después del tiempo que se comprometieron a servir deseaban regresar a Bélgica, serían repatriados con una indemnización (Moyano, 2011, p. 9).

Los miembros que en el ejército belga contaran con el grado de oficial al momento de enlistarse a México recibirían adicionalmente un caballo y un primer sueldo de 500 a 1000 francos<sup>6</sup>. En contraparte, el permiso que les fue otorgado para permanecer en México fue solo de dos años lo cual causó una crisis en la legión cuando dicho periodo de tiempo expiró y los oficiales tuvieron que abandonar a sus unidades.

Las condiciones para los miembros provenientes de la sociedad civil fueron, un salario de 60 a 100 francos<sup>7</sup> y un grado militar. Cuando sus seis años de servicio obligatorio en México finalizaran se les ofrecería el regreso gratuito a Bélgica junto con una bonificación según el grado militar que hubiesen obtenido. Aquellos legionarios que quisieran permanecer en México recibirían donaciones de tierra. (Moyano, 2011, p. 10).

Finalmente, todos los belgas que aspiraran a reclutarse, independientemente de su procedencia (civil o militar) tenían que ser solteros, tener hasta 35 años, contar con certificado médico y una carta de recomendación que atestiguara su moralidad.

El comandante de los voluntarios belgas fue el coronel Alfred Van der Smissen, quien había estado como agregado militar en el ejército francés en África, por ello, era un jefe con experiencia militar en el campo de batalla y un gran adepto del emperador Maximiliano y,

---

<sup>6</sup> 100 a 200 pesos.

<sup>7</sup> De 12 a 20 pesos.

debido a su experiencia y conocimientos militares su opinión era muy tenida en cuenta por este. (van der Smissen, 2016, p. 11). El mando le fue entregado por el emperador Maximiliano el 10 de abril de 1867 en el castillo de Miramar, así como su nombramiento como teniente coronel.

## **3.2 Objetivos**

### **3.2.1 Política y finanzas**

El rey Leopoldo I de Bélgica había tratado con Napoleón la difícil situación financiera de México. En los puntos que acordaron el monarca belga manifestó que las tropas belgas enviadas para Carlota tenían que ser reforzadas de modo que sirvieran como agentes financieros en México a fin de asegurar la seguridad del país y contribuir a mejorar la situación económica (Conte, 2003, p. 378).

Un importante oficial belga llamado Émile Walton expuso razones económicas para apoyar la expedición a México. Consideró que entre los beneficios que se obtendrían era cuadruplicar el comercio de Bélgica, además de colocar una barrera a los Estados Unidos de Norteamérica., argumento muy similar al de Napoleón III. El comandante de la legión belga, barón Van der Smissen, acorde con la corte de ese país y la política del rey Leopoldo, ponía la razón dinástica en primer lugar (Moyano, 2011, p. 10).

Con respecto a Maximiliano, el asunto del reclutamiento y envío de los belgas a México le fue planteado por su hermano Francisco José, quien sugirió que telegraficara para solicitar la autorización de reclutar tropas en el país de su esposa (Conte, 2003, p. 79-80). Este punto fue formulado desde 1861, incluso antes de la aceptación de la corona, pues desde entonces se buscaba la manera de no depender exclusivamente de las tropas francesas en el proyecto imperial.

Durante el reclutamiento y estancia de los belgas en México el gobierno del rey Leopoldo I enfrentó problemas con el parlamento y la población, pues Bélgica, que tenía 30 años como

país independiente, se había distinguido por ser una nación neutral y, durante el reinado del referido monarca se había convertido en un país árbitro en los asuntos políticos europeos, incluso Leopoldo I era conocido como el “Néstor de Europa”. Se entiende que mandar tropas a un conflicto de ultramar amenazaba la neutralidad belga y comprometía su política internacional en caso de algún conflicto propio o ante las potencias vecinas.

Por ello, miembros del parlamento empezaron a hacer llegar sus reclamaciones, incluso, hubo movimientos populares que se opusieron al reclutamiento de sus connacionales. La solución del monarca fue simplemente publicar en el periódico la convocatoria y fingir desconocimiento sobre la organización que se estaba realizando (Rivera, 1987, p. 563).

Conforme pasó el tiempo, los belgas se involucraron en campañas militares y conflictos políticos cada vez mayores en México, en consecuencia, la situación política en Bélgica se tensó. La expedición fue interpretada por los gobiernos europeos, Estados Unidos y la misma población belga como una ruptura en la tradicional neutralidad de este país aunque se negara, pues sus tropas estaban luchando contra otro gobierno (el republicano) que aún no había caído totalmente.

Por ello, se recriminó al rey Leopoldo I el haber permitido la formación y envío del Regimiento de la Emperatriz. En la Cámara de Representantes se criticó el hecho de que se siguiera negando haber tenido injerencia en el asunto mexicano, pues era imposible ocultar que se fomentó el reclutamiento y se le apoyó política y económicamente, hasta con barcos de transporte. Aunado a ello, empezaron a llegar y usarse como arma política los testimonios de las tropas belgas (sobre todo los de bajo rango), que estaban inconformes con su estancia en México, pues en vez del servicio de guardia, estaban realizando una guerra de conquistadores (Rivera, 1987, p. 660).

Respecto a las finanzas del regimiento, a diferencia del cuerpo austriaco de voluntarios, del que los gastos de entrenamiento y transporte tuvieron que ser pagados por el gobierno de Maximiliano; los de la legión belga fueron financiados por el gobierno de su país de origen hasta el momento de embarcarse, incluso fueron puestos a disposición transportes para llevar las tropas a México. Una vez ahí, el Ministerio de la Guerra mexicano se hizo cargo de todos los gastos contemplados (salarios, equipo, uniformes, etc.).

Hasta 1866 el dinero destinado a los belgas por parte del Ministerio de la Guerra provino del primer empréstito contraído con Francia por parte del gobierno mexicano en 1864, el cual constaba de 126 millones de francos de los que, descontados los gastos franceses y deudas de los acreedores quedaron 50 millones para el gasto mexicano que resultaron insuficientes y desde inicios de 1865 existieron irregularidades en el pago del salario de las tropas belgas llevando a un estado de malestar generalizado y una baja en la moral.

Napoleón III, quien deseaba retirar sus tropas de México debido a la presión diplomática norteamericana y la amenaza militar de Prusia en su frontera oriental notificó al mariscal Bazaine, en carta del 16 de febrero de 1866 que se hiciera cargo del ejército y hacienda en México, para ello, el mariscal debía completar la Legión Extranjera Francesa (que era el único cuerpo militar francés que se tenía contemplado dejar apoyando a Maximiliano después de la retirada general) con los austriacos y los belgas, sus gastos serían cubiertos por los franceses con dos condiciones importantes, una de ellas era que dichas tropas estuvieran bajo el mando de Bazaine y la segunda, que las aduanas más importantes de México pasaran a ser controladas por los franceses (Conte, 2003, p. 427).

El primero de marzo la escasez monetaria de la hacienda mexicana se agudizó, por lo que el Ministerio de la Guerra se vio imposibilitado para pagar el sueldo de las tropas (mexicanas imperiales, austriacas y belgas), el cuerpo austriaco, por ejemplo, en ese mes recibió únicamente una octava parte del sueldo que se les debía (von Magnus, 2011, p. 67).

Ante la difícil situación financiera el mariscal Bazaine había sugerido a Maximiliano aceptar la propuesta de Napoleón III y colocar a sus tropas bajo mando francés lo cual le solucionaría el pago de estas. Sin embargo, y para disgusto de los franceses, el emperador de México se negaba e insistía en conservar el carácter nacional e independiente de austriacos y belgas a pesar de la ventaja financiera planeada y el ofrecimiento galo de solicitar al Cuerpo Legislativo Francés un crédito especialmente destinado a dichas tropas (Díaz , 1967, p. 297-298).

A finales de marzo el gobierno imperial mexicano solicitó a la tesorería francesa anticipos monetarios del dinero que tenía previsto que llegara como parte del nuevo empréstito contraído con Francia, la condición impuesta a Maximiliano para proporcionarle fondos fue que finalmente aceptara la fusión de las tropas referidas acorde a las condiciones de mando

militar en las que el general de la nueva unidad combinada tenía que ser francés con belgas y austriacos subordinados así como sus servicios administrativos sometidos a inspección y sostenimiento de la intendencia gala.

La respuesta ofrecida por Maximiliano el 3 de abril de 1866 causó confusión y dificultades, aceptaba y agradecía el nuevo financiamiento, pero, con respecto a colocar a los austriacos y belgas bajo un general francés solo lo aceptaba hasta donde lo permitiera el terreno legal y las circunstancias nacionales, además, solicitaba que se reuniera una comisión en donde tenían que integrarse los comandantes de dichas legiones para discutir los detalles de la fusión. Los términos empleados por Maximiliano fueron interpretados por los franceses como una negativa disfrazada, pues era sabido que el emperador esperaba, por presiones de Van der Smissen y el conde Thun, conservar la independencia de mando de ambas legiones (de Keratry, 1870, p. 122).

En las reuniones de la comisión se enfrentaron los intereses franceses con los del emperador y los comandantes austro-belgas. Estos últimos solicitaban, como parte de la insistencia en mantenerse independientes, una disciplina especial para sus contingentes y el derecho de mando en el área para el oficial que tuviera a sus órdenes un número mayor de soldados, esto era, en la práctica, independizarse de la cadena de mando francesa en lo que a operaciones militares se refería. Bazaine por su parte, llega a amenazar con quitar los nombres propios a las unidades austro-belgas para designarlas simplemente como “segunda brigada de la legión extranjera”. Finalmente, se acepta que dichas unidades conservaran sus nombres y sus propias leyes y reglamento, además, el emperador se reservó el derecho de concederles una gratificación monetaria que compensara la reducción de su paga que a partir de ese momento estaría igualada a la de los franceses (De Bopp, 1965, p. 105).

En 1866 el Banco de Crédito Francés emitió un nuevo bono con destino a solventar los gastos del gobierno imperial mexicano, este debía aportar 170 millones de francos, pero, una vez descontados los pagos de los acreedores ingleses y franceses y los abonos del tratado de Miramar, no quedaron en manos de la hacienda mexicana más que 70 millones de francos que, hacia el mes de mayo, aún no habían llegado (van der Smissen, 2016, p. 99).

Por ello, desde inicios de ese mes el presidente de consejo de estado, Lacunza, había declarado que el dinero de los empréstitos estaba agotado por lo cual el pago y equipamiento

de las tropas no podrían seguir siendo cubiertos, como consecuencia, hacia mediados de mayo, el Ministerio de la Guerra no envió los pagos correspondientes de las legiones y tuvo que notificar a Bazaine de dicha escasez de fondos ante lo cual, la intendencia francesa accedió a hacerse cargo de los pagos, pero aplicando la tarifa pagada a las tropas galas (menor a la que recibían los austriacos y belgas), lo cual provocó en los meses siguientes brotes de indisciplina en las tropas de la emperatriz.

En octubre de 1866 la retirada gala estaba en marcha y Maximiliano se vio obligado a poner en manos francesas las principales aduanas mientras que también tenía en mente la idea de abdicar, ante dicha situación y preocupado por la suerte de los austriacos y belgas escribió al mariscal Bazaine el último día de dicho mes para expresarle su necesidad de dejar claro el destino de estas tropas y garantizar que se cumplieran las obligaciones contraídas con ellos, así mismo, le notificó el envío de su ayudante de campo, coronel austriaco De Kodolich, a fin de arreglar dicho asunto, otorgándole plenos poderes y su confianza en dicha tarea (Arrangoiz y Berzabal, 1974, p. 174).

El 12 de noviembre, en vista de las dificultades en Europa y su casi segura abdicación, Maximiliano volvió a escribir a Bazaine para aclarar los puntos relativos a la retirada del cuerpo austriaco y el regimiento belga, asimismo, en dicha carta solicitó se dejara constancia del acuerdo mediante un acta donde tendrían que aparecer las firmas del embajador francés, la del general Castelnau, enviado especial de Napoleón III y la del mariscal Bazaine. Entre otros, en su primer artículo se solicitaba que el gobierno francés llevara de regreso a Europa a las tropas referidas concediéndoles el pasaje y recursos necesarios para su transporte, también tenían que ser las primeras en abandonar México.

En su artículo segundo se solicitaba que, a expensas de México, se determinara la cantidad que fuera necesaria para otorgar una renta vitalicia a los miembros a cada uno de los mutilados e inválidos que hubiera, en caso de que la venta de los cañones austriacos, que eran propiedad particular de Maximiliano, no bastase para ello. Las pensiones deberían pagarse de acuerdo con una comisión integrada por Bazaine, Kodolich y Van der Smissen, quienes harían llegar el dinero a sus respectivas tropas como máximo el día que saliera la última unidad de tropas expedicionarias de México (Arrangoiz y Berzabal, 1974, p. 190-192).

Finalmente, el 16 de noviembre Maximiliano recibió la respuesta y firmas de los solicitados en sentido afirmativo a sus peticiones, el embajador francés había sido informado por el jefe de estado mayor de Bazaine, general Pierron, acerca de los puntos tratados, ya que era uno de los principales pendientes de Napoleón III (Díaz , 1967, p. 424).

### **3.2.2 Interacción interna, externa y actividades militares.**

La cuestión de los nacionalismos en las actividades del regimiento belga impactó en dos aspectos. El primero de ellos fue que, al tener por lengua oficial el francés, podían fácilmente comunicarse con las tropas del país galo, con quienes realizaron diversas misiones en conjunto. En cambio, aparecieron dificultades con el cuerpo austriaco de voluntarios, pues los belgas no hablaban alemán y, para agravar la situación, en las filas austriacas los soldados provenían de diversas nacionalidades incluidas en la monarquía de los Habsburgo, cada una con su respectiva lengua.

Esto impidió que se pudiera organizar un regimiento unificado austro – belga, una idea que surgió antes de que las tropas enviadas por Leopoldo I entraran en combate, además, se pretendía que ambas unidades militares hicieran causa común en el campo de batalla, adquiriendo experiencia para el futuro reemplazamiento de las tropas francesas en México.

Con relación a sus actividades militares, se sabe que antes de embarcarse, muchos de los voluntarios belgas ya habían tenido dificultades por su indisciplina. Según el diario del conde Khevenhüller, voluntario austriaco, los oficiales belgas trataban de manera desagradable a sus hombres y muchos de ellos se presentaban a los informes diarios con quejas sobre el trato de los oficiales, la comida y el alojamiento.

Algunos de los combatientes belgas que los austriacos encontraron a su paso por la isla de la Martinica, desertaron y cuando se les encontró fueron llevados de vuelta al barco amarrados, otros fueron imposibles de hallar. Un indicio acerca de la disciplina de muchos miembros de la legión (Hamman, 1994, p. 106- 108).

El primer batallón de los belgas llegó a Veracruz después de 28 días de viaje marítimo, una vez desembarcados fueron trasladados a Orizaba, ciudad a la que entraron el 21 de noviembre, y fueron recibidos con entusiasmo por las tropas francesas al mando del coronel D'Ornano, pues ya era sabido que las tropas francesas se retirarían, quedando en su lugar las fuerzas austriacas y belgas. Recepciones similares tuvieron en Puebla, Córdoba y en la misma Ciudad de México, a la cual arribaron el 10 de diciembre de 1864 (Moyano, 2011, p. 30).

El segundo contingente llegó a Veracruz el 16 de noviembre de 1864, siendo recibidos por el comandante francés Marechal quien además gobernaba la provincia. En un gesto de amistad se ordenó repartir entre los belgas víveres, tiendas de campaña y consejos acerca del cómo protegerse de los males en tierras tropicales, especialmente de la fiebre amarilla, el tifo y vómito negro. Durante el trayecto a la Ciudad de México los belgas dejaron registrado que habían logrado sobrevivir a las tierras tropicales gracias al mariscal Bazaine, quien había ordenado que el trato hacia ellos fuera igual que con el de un batallón francés.

En este punto debe llamarse la atención acerca del excelente recibimiento que este contingente militar tuvo a su llegada al país desde su desembarco en el puerto de Veracruz hasta su llegada a la Ciudad de México. Durante su trayecto hacia la capital, hicieron escala en diversas poblaciones, Puebla entre ellas, ciudad donde fueron recibidos por las autoridades francesas y sus compatriotas que estaban dentro de la Legión Extranjera Francesa, los cuales les ofrecieron una gran recepción entonándoles incluso el himno nacional de Bélgica. Así mismo, los belgas elogiaron la actitud de las tropas francesas y a su comandante.

La llegada a la capital mexicana no fue diferente, pues en sus afueras se le ofreció un almuerzo a cargo de comerciantes belgas que residían en la ciudad, a dicha bienvenida acudieron personalmente los emperadores y el mariscal Bazaine a fin de recibirlos, algo que sorprendió agradablemente a las tropas belgas. Una vez instalados en la ciudad de México los franceses les ofrecieron una fiesta de recepción en el Palacio de Minería y un ponche para los oficiales en el que refieren, fueron tratados con mucha cordialidad por sus homólogos galos (van der Smissen, 2016, p. 49).

Cumpliendo con su original servicio de guarnición, los belgas ocuparon, hasta marzo de 1865, algunas zonas de la Ciudad de México e inmediaciones. El estado mayor fue a

instalarse en Tacubaya junto con dos compañías de artilleros, otra unidad relevó a los franceses del resguardo del fuerte de Molino del Rey. Conforme el resto de los voluntarios llegó, fueron asignados a alguna de las plazas ya existentes y, finalmente, se creó una más, en el rumbo de Puebla, cuya misión era cubrir el paso por Río Frío.

El resguardo de la residencia imperial en la capital mexicana fue encargada al primer destacamento de granaderos belgas que llegó a México, estaban bajo el mando del capitán Jean Antoine Altwies y se dedicaron a proteger el Castillo de Chapultepec, así como sus inmediaciones, especialmente el camino que comunicaba el castillo con la ciudad debido a la presencia de bandidos. (Moyano, 2011, p. 31- 32).

Tras haberse posicionado en las plazas a su cargo, las tropas belgas desempeñaron su misión sin mayores complicaciones, evitando exponerse a los riesgos de una situación de combate como las que se daban en el interior del país. Sin embargo, la ambición del coronel Van der Smissen y sus oficiales, así como la incomodidad existente entre las tropas llevaron al regimiento belga a involucrarse en los combates del interior de México contra las fuerzas republicanas.

El 1 de enero de 1865 el coronel Van der Smissen manifestó al emperador su deseo de entrar en combate a fin de apoyar al resto de las tropas extranjeras en la pacificación del país. Para comprender y contextualizar la decisión del comandante belga, se ha referido que una de las razones para venir a México de los miembros que ya formaban parte del ejército belga fue ascender en el escalafón militar de Bélgica, tarea que era más rápida de cumplir mediante las glorias obtenidas en las batallas (a costa de los riesgos que esto conllevaba).

Las distinciones bélicas necesarias para ascender en el escalafón militar eran casi imposibles de conseguir en el modesto servicio de guarnición en el Valle de México que hasta ese momento desempeñaban, asimismo, debe recordarse que la mayor parte de los belgas no estaban listos para entrar en combate a causa de su procedencia civil, su apresurado entrenamiento y equipo de campaña inadecuado. (van der Smissen, 2016, p. 50).

En el regimiento belga había crecido el descontento, durante febrero de 1865 el malestar se acentuó debido (entre otras causas) al incumplimiento del pago que se les había prometido, una situación que, a su vez, era causada por las dificultades económicas de la administración

imperial. Según los registros belgas, se les había prometido una paga diaria de 37.5 centavos diarios para gastos personales y solo se les estaba pagando 65 centavos cada cinco días.

Otra de las causas de discordia fue la falta de actividad que hizo la vida monótona, así como lo simple de la comida que consistía en pan, arroz y carne de mala calidad. Esta situación trascendió mediante las cartas enviadas por los integrantes del contingente a sus familias en Bélgica en las que varios solicitaron regresar, ante ello, las protestas por parte de los familiares ante el gobierno belga no se hicieron esperar, precipitando la participación del comandante Van der Smissen y los belgas en los combates que acaecían en el interior de México. (Moyano, 2011, p. 35).

Las solicitudes para entrar en acción de Van der Smissen, la ambición de sus oficiales, así como el descontento e insatisfacción entre los efectivos provocaron que se aprobara su envío a tomar parte en la campaña militar en contra de los republicanos. La primera encomienda militar del regimiento fue apoyar el sitio de la ciudad de Oaxaca que estaba realizando el mariscal Bazaine, operación bélica que por su naturaleza demandaba una gran cantidad de suministros cuyo traslado resultaba riesgoso debido a la inseguridad de los caminos. Por ello, el 24 de enero de 1865 una parte de la legión partió hacia Oaxaca escoltando un convoy de materiales para el sitio de la ciudad que, finalmente, se rindió el 6 de febrero del mismo año (van der Smissen, 2016, p. 63).

En marzo de 1865 los belgas se integraron a la campaña militar en Michoacán, donde enfrentaron, junto a los franceses, al “Ejército de Occidente” y las guerrillas republicanas. Antes de partir fueron reorganizados, Van der Smissen fue nombrado por el emperador como comandante superior de la provincia de Michoacán y los tres regimientos que participarían en los combates se agruparon en dos batallones, uno de granaderos, que llevó por nombre “Batallón de la Emperatriz”, bajo el mando del capitán Altwies y otro compuesto de artilleros, y que llevó por nombre “Rey de los Belgas”. Los dos batallones combinados pasaron a formar el “Regimiento de la Emperatriz Carlota”, cuyo comandante, coronel Van der Smissen, marchó a la campaña junto con las tropas (Moyano, 2011, p. 37). La decisión de dividir el regimiento para su organización no agradó en absoluto a su comandante, es posible que estuviera consciente de que dispersar el número de tropas con las que contaba las

exponía a sufrir una derrota a manos de las fuerzas republicanas más numerosas, como en efecto sucedió meses después.

Aunque el emperador Maximiliano había accedido a las peticiones belgas para entrar en combate, se les colocó bajo el mando del oficial francés que tenía el mando en Michoacán mientras el mariscal Bazaine, jefe de los franceses, estaba en Oaxaca. De esa forma, quedaron a disposición del coronel galo De Potier, quien informó a los belgas y a su superior, el mariscal Bazaine, que la situación en Michoacán estaba más que controlada, por lo que una pequeña fuerza bastaría para mantener a la provincia bajo control imperial.

Con 10 compañías, el coronel Van der Smissen salió de la capital mexicana el 6 de marzo de 1865, su primer objetivo, por indicación de Bazaine, fue Zitácuaro, que tenía poco de haber sido tomada por las tropas republicanas tras derrotar a la guarnición imperialista. Dicha operación fue realizada por las fuerzas de Van der Smissen y efectivos imperiales mexicanos, pues la situación militar en los alrededores de la capital michoacana, Morelia, obligó a las unidades francesas a permanecer en dicha ciudad. De ahí que, después de entrar en Zitácuaro el 20 de marzo, 200 belgas permanecieron como guarnición bajo el mando del capitán Visart de Bocarmé auxiliado por el capitán León Visart, a quien se encomendó la fortificación de la ciudad, y el capitán Francois Timmerhans. En esta localidad se reunieron con las tropas del general mexicano Méndez, que regresaba de realizar operaciones en Valle de Bravo y con un pelotón de caballería mexicana bajo el mando de Paulino Lamadrid, dando un total de 250 hombres del bando imperial (van der Smissen, 2016, p. 64). Según Eduardo Ruiz, autor que tomó parte en la campaña militar en el bando republicano, los belgas eran acosados constantemente por guerrilleros que operaban en los alrededores de la ciudad, sin que se pudieran tomar represalias contra ellos, ya que rehuían el combate frontal.

Las acciones de los belgas en esta ciudad fueron objeto de críticas a causa de la violencia que desataron, durante su estancia incendiaron las aldeas ubicadas alrededor de la ciudad, así como la iglesia y buena parte del área urbana, mientras que, contra la población civil, a la que se le consideraba (no sin razón) aliada de los republicanos, fueron tomadas duras represalias tales como destrucción de sus hogares, imposición de contribuciones de maíz o ganado y aprehensión de personas sospechosas de colaborar con los guerrilleros, a las cuales

se ataba y encaminaba a la ciudad, dispersando al resto de la población, especialmente mujeres y niños, por las montañas (Ruiz, 1940, p. 353-354).

Las noticias sobre los excesos en Zitácuaro fueron conocidas por el resto de las unidades del regimiento belga cuando entraron en Morelia el 30 de marzo de 1865, desatando una polémica debido a la gravedad de las acciones y la presencia en México del capitán Chazal hijo del ministro de la guerra en Bélgica, quien escribió a su padre pidiéndole que solicitara al emperador Maximiliano la destitución del coronel Van der Smissen. Además de ello, notificó acerca de la indisciplina que existía en el regimiento belga y la incapacidad de su comandante para hacerse obedecer.

El mayor daño causado a la ciudad de Zitácuaro acaeció a mediados de abril de 1865 cuando los belgas y tropas mexicanas imperiales incendiaron la ciudad como represalia por la derrota sufrida por sus compañeros en Tacámbaro, el 11 de dicho mes. Durante este acto la población huyó a las montañas mientras los soldados iban de calle en calle propagando el fuego por todos los rincones de la ciudad y sacando los bienes materiales de las tiendas para amontonarlos en la plaza. Únicamente dos casas quedaron en pie y, posteriormente, los imperiales se retiraron hacia Morelia, dejando a la ciudad incendiándose por una semana (Ruiz, 1940, p. 355).

Van der Smissen y el resto de sus tropas llegaron a Morelia el 30 de marzo de 1865 quedando a disposición del coronel francés De Potier e iniciar la campaña en contra de los republicanos, los cuales eran numerosos y se encontraban en el norte de Uruapan según reportes enviados desde Pátzcuaro, por ello, el coronel galo organizó tres columnas, una francesa y dos belgas para salir a perseguirlos. La columna francesa estaba bajo el mando personal de Potier compuesta por 700 hombres del 81° batallón de línea francés, un escuadrón del quinto de húsares, una sección de artillería y 40 caballos de la guardia municipal de Morelia. Estaban apoyados por una compañía auxiliar de la Legión Extranjera Francesa, de los cuales varios se quedaron en Morelia por no resistir las fatigas de la marcha.

En cuanto a los belgas la primera columna fue conducida por el mayor Tydgadt, compuesta por 16 oficiales y 251 hombres, la mitad de un escuadrón de caballería con 38 hombres (dragones mexicanos) y un obús rayado. La segunda columna, que marchó junto con los franceses, fue colocada al mando personal de Van der Smissen, compuesta por 291

voluntarios de los 4 regimientos de granaderos y 48 oficiales de caballería (van der Smissen, 2016, p. 64).

Esta fase de la campaña, cuyo desenlace fue la batalla de Tacámbaro inició con las tres columnas saliendo de Morelia en la mañana del 3 de abril, dos de ellas (De Potier y Van der Smissen) tenían la misión de perseguir a los republicanos detectados en Uruapan por lo que marcharon rumbo a Pátzcuaro llegando al día siguiente, mientras que la tropa comandada por el mayor Tydgadt fue enviada a establecerse en Tacámbaro, poblado ubicado rumbo a 72 km al sur de Morelia, su misión era empujar a los republicanos hacia la región de “tierra caliente” donde se planeaba aislar e imposibilitar la supervivencia de las tropas juaristas. De Potier advirtió a Tydgadt que debía atrincherarse, pues era muy probable que Régules le atacara, ante lo cual, la guarnición belga debía cortar el paso (Blasio, 1996, p. 88).

En tanto, los hombres del republicano Régules, 3000 en total, con algunos cañones, iniciaron una marcha que atraería a las columnas franco-belgas y dejaría sin apoyo a la guarnición de Tacámbaro. Se dirigieron en primer lugar rumbo al lago de Cuitzeo, para después tomar el camino hacia Querétaro, haciendo creer a los imperiales que tenían la intención de atacar Morelia, por ello, estos les siguieron del 6 al 9 de abril, cuando, fatigadas, ambas columnas imperiales volvieron a la capital michoacana. Según Van der Smissen, durante la marcha solo se detuvieron de vez en cuando a tomar café, mientras que se apoderaron de las mulas que encontraban en el camino para cargarlas con las mochilas de los belgas y así aminorar el cansancio del camino (van der Smissen, 2016, p. 65).

Por su parte la columna belga destinada a Tacámbaro había hecho escala en Acuitzio, donde permanecieron acampando hasta el 6 de abril para posteriormente marchar por la noche y en sigilo. Se ha referido que la mayor parte de estas tropas procedían de la vida civil y no tenían experiencia bélica alguna, sin embargo, el valor no les faltaba, durante la marcha nocturna sonó un disparo perdido ante lo cual, los belgas inmediatamente cargaron a atacar al supuesto enemigo, solo para darse cuenta de que no existía tal. Al cargar, lo hicieron con tal descuido que arrollaron a su pelotón de artillería, el cual rodó hacia una barranca junto con cañón y cajas de parque para después ser rescatados (Ruiz, 1940, p. 334).

Tacámbaro tenía importancia como punto céntrico de las comunicaciones entre Zitácuaro, Huetamo y el centro y poniente de Michoacán, siendo también una ciudad de transición entre

la región fría y las tierras calientes del estado. Cabe mencionar que la población era mayoritariamente favorable a los republicanos, desde ahí se solían enviar agentes que espiaban en las zonas bajo control imperial y llegaban diversos periódicos desde Ciudad de México y otros puntos del país (Ruiz, 1940, p. 335).

Para el 8 de abril Tacámbaro ya contaba con posiciones defensivas, las cuales consistieron en la iglesia, la cual fue fortificada; una casa contigua y el atrio del templo, que contaba con un muro de dos metros de alto, además se agregó un segundo parapeto. Los belgas limitaron la defensa de esta plaza al centro del poblado, lo que más tarde se revelaría como un error fatal, pues los alrededores de la ciudad eran colinas y montañas que dejaban a la zona poblada en una posición de embudo, haciendo fácil un asalto a los atacantes.

En los días previos a la batalla, los soldados recorrieron el interior y los alrededores de la ciudad no encontrando nada sospechoso más que la actitud de los habitantes, quienes mantenían una actitud de reserva ante los belgas. La familia del general republicano, Nicolas Régules vivía en esta población, y era objeto (no sin razón) de sospechas, por lo que, a manera de precaución, los belgas la tomaron presa a fin de evitar un ataque por parte de dicho jefe.

Aún antes del ataque a la plaza de Tacámbaro, los republicanos contaban con varias ventajas frente a los belgas. Tenían el factor sorpresa de su parte, pues sus adversarios no esperaban su llegada y menos aún que intentaran un ataque al asalto, su marcha fue rápida, desde el rumbo norte de Morelia a través de rutas montañosas eludiendo la vigilancia imperial sobre sus verdaderos objetivos. Por otra parte, Régules y demás jefes contaban con espías en las plazas imperiales, uno de ellos, de nombre Acosta, reportó el número exacto de soldados y armamento con el que se contaba en Tacámbaro, así como su estado de ánimo y la noticia de que la familia de Régules estaba presa. Finalmente, la moral de las tropas que enfrentaron el 11 de abril a los belgas era alta, pues los jefes republicanos eran respetados por sus hombres y tenían tras de sí una serie de escaramuzas victoriosas contra los imperiales (Ruiz, 1940, p. 340).

Por lo que se refiere al estado de los belgas contaban con una buena reserva de municiones y un excelente armamento, sus rifles, según el espía Acosta, eran nuevas y tenían más alcance que las de los franceses. Aunque no esperaban que les atacaran estaban dispuestos al

combate, pues ansiaban superar en glorias militares a los franceses y medir sus fuerzas contra los “chinacos”.

A las cinco de la mañana del 11 de abril inició la batalla de Tacámbaro, el “bautismo de fuego” de los belgas en el cual, por las razones ya referidas, fueron derrotados. Durante el combate, que duró hasta las once de la mañana, se encontraron en desventaja numérica y artillera, enfrentando a entre 3,000 y 3,500 efectivos republicanos con 4 piezas de artillería y, aunque, lograron mantener a raya durante un tiempo a los atacantes (incluso rechazándolos con cargas de bayoneta), la superioridad numérica hizo efecto y los belgas fueron obligados a replegarse al interior de la iglesia, perdiendo el control del resto de puntos de defensa para después agotar las municiones de su cañón, siendo su último reducto incendiado, acabando con su resistencia.

Conforme los republicanos avanzaban cayeron muertos varios de los oficiales que dirigían la defensa entre los que destacaron el capitán Chazal, hijo del ministro de la guerra en Bélgica, capitán Delannoy, que dirigía a los artilleros y tres de los tenientes que asistían al comandante de la plaza. Además, el mayor Tydgadt, jefe en Tacámbaro de los belgas y los dos últimos capitanes y un teniente que aún dirigían el combate cayeron heridos, en consecuencia, las tropas belgas quedaron sin dirección en los momentos más cruciales (Blasio, 1996, p. 88).

En el enfrentamiento las tropas imperiales cometieron diversos errores que terminaron por decidir su suerte. Primero, según Van der Smissen, se dejaron sorprender; a las cinco de la mañana que inició el ataque las tropas estaban durmiendo y fue hasta que sus adversarios les cañoneaban cuando ocuparon sus posiciones en las defensas preparadas. Por otra parte, habían olvidado ocupar el cerro que dominaba la población, y en el que las piezas de artillería republicanas fueron colocadas. Además, perdieron el control de su punto de apoyo más importante, la casa contigua a la iglesia, desde la cual se prendió fuego al templo donde se defendían, lo cual aceleró su rendición. (van der Smissen, 2016, p. 66).

Cabe mencionar que fruto de su inexperiencia en el campo de batalla, las tropas belgas cometieron una imprudencia que prolongó el combate y sus consecuencias. Antes de replegarse totalmente al interior de la iglesia, solicitaron parlamentar, ante lo cual Régules envió a uno de sus oficiales en son de paz sobre el que sus enemigos abrieron fuego a traición, incluso sobre las filas republicanas provocando 30 bajas (el oficial sobrevivió). Con esto, se

violó una de las primeras y más importantes reglas de la guerra por parte de los imperiales, desencadenando el ataque final a sus posiciones con muchas bajas más.

El saldo de este enfrentamiento, por parte del bando imperial fue de 28 soldados heridos, y 25 soldados muertos, así como 7 oficiales. Además, 190 soldados quedaron prisioneros y fueron trasladadas a Huetamo para evitar su huida, cabe mencionar que a punto estuvieron de ser pasados por las armas a petición del general Arteaga y de los pobladores de Tacámbaro, evitando esta acción la esposa del general Régules. Por parte de los republicanos se contaron 120 muertos y un número indefinido de heridos, sin embargo, quedaron dueños de la ciudad y tuvieron libertad de acción para preparar sus próximas ofensivas sobre Uruapan y Morelia.

Las tropas imperiales que se encontraban en la capital michoacana se enteraron de la suerte de sus compañeros en la noche del 11 de abril por medio de un oficial logístico de la columna de Tydgadt y algunos mensajeros e indígenas que lograron llegar a Morelia. A pesar de la urgencia de Van der Smissen por marchar hacia el sur, De Potier no le autorizó ello hasta el día 13, después de lo cual entraron en Tacámbaro el 16 de abril, para esa fecha la plaza había sido evacuada por los republicanos dejando varios heridos de ambos bandos. Fue después de ello que el comandante general belga hizo las observaciones sobre el actuar de sus tropas y de su comandante, mayor Tydgadt, quien reportó haber entendido que la columna francesa que comandaba De Potier llegaría unas horas después que ellos a Tacámbaro, por lo cual su misión únicamente era estar a la defensiva mientras los franceses llegaban a apoyarles (Moyano, 2011, p. 46).

La batalla de Tacámbaro frustró los planes imperiales de orillar a las tropas republicanas hacia tierra caliente y significó para los belgas su primer enfrentamiento en forma durante su estancia en México y uno de los más importantes. En cuanto a su trascendencia implicó la reducción del contingente, pues perdieron oficiales con experiencia militar, así como los prisioneros que fueron llevados a Huetamo, los cuales pertenecían al batallón “Rey de los Belgas” (Moyano, 2011, p. 50).

Asimismo, la presencia de los belgas en los combates del interior de México sorprendió tanto a sus connacionales como a los republicanos. La emperatriz Carlota tomó la derrota como algo personal por haberles permitido marchar a la batalla mientras que, en Bélgica, la noticia fue tomada como una gran catástrofe después de que se publicara en los principales diarios

de aquel país el 28 de mayo desatando la polémica en el gabinete del rey Leopoldo, pues no se explicaban las razones por las que el Regimiento de la Emperatriz estaba desarrollando una campaña militar. Los oficiales republicanos por su parte expresaron su incompreensión ante la presencia belga en México, siendo que este país no estaba en guerra con México, ante la respuesta de las tropas imperiales de haber venido con la misión de resguardar a la emperatriz se asombraron de que, en vez de estar en Chapultepec, estuvieran en el interior de Michoacán (Moyano, 2011, p. 46-47).

En el cuerpo de voluntarios austriaco la noticia de la derrota belga fue tomada también con sorpresa, pues se asombraron de que una disciplinada tropa europea se hubiera dejado sorprender por soldados a los que se consideraba inferiores, de ahí que las referencias a los belgas fueran con jactancia por parte de las otras tropas europeas y mexicanas. Según los austriacos, durante el tiempo que aún duró la campaña en México, cuando una tropa era tomada desprevenida, se decía que los habían sorprendido *a la belge* (al estilo belga) (Hamman, 1994, p. 150).

Según el coronel De Potier, la población de la zona al enterarse de lo ocurrido en Tacámbaro se convenció de una próxima victoria definitiva de los republicanos, por lo que se apresuró a simpatizar con estos, así como a realizar negocios como fue el caso de la fábrica de Trojes que, en Huetamo, entregó plomo y pólvora a las tropas juaristas.

De esa manera y amparadas en su victoria, las fuerzas de los jefes republicanos Régules, Pueblita, Arteaga y Salazar, emprendieron ataques contra las dos ciudades más importantes de Michoacán, Uruapan y Morelia. La primera fue defendida exitosamente el 17 de abril por la guarnición imperial de 200 hombres, y la capital no llegó a ser tomada a pesar de que se encontraba sin tropas y los habitantes intentaron sublevarse en contra del coronel De Potier, pues Régules tenía muchos agentes y partidarios ahí (El Colegio de Michoacán, 1987, p. 122).

El intento de Régules de tomar Morelia desencadenó el combate de Huaniqueo el 23 de abril, en el cual las tropas imperiales resultaron victoriosas, desorganizando a los republicanos y obligándoles a replegarse al interior del estado. Durante este combate los franceses tuvieron 40 bajas y 23 prisioneros llegando a estar en verdaderas dificultades hasta que la infantería belga entro en acción, lo que provocó que sus enemigos emprendieran la huida.

Posteriormente De Potier envió sendos memorándums al mariscal Bazaine y al emperador Maximiliano para reportar su victoria, dicho informe, así como otro posterior exageraron los acontecimientos minimizando las pérdidas francesas y aumentando las de los contrarios. El 8 de mayo Maximiliano le escribió a Carlota informándole acerca del informe recibido tachándolo de falso, y a su autor de “infame”, a su vez, Van der Smissen se paseaba por Morelia burlándose públicamente de Potier y su actuar en dicho combate.

Una vez que el panorama militar se estabilizó para los imperiales, el coronel De Potier sugirió no abandonar Uruapan, Taretan, Ario, Zitácuaro, Tacámbaro, Los Reyes y Tancítaro, plazas que ya se tenían ocupadas, pues aportaban abundantes recursos económicos y se iba a generar una mala impresión en la población que había manifestado su apoyo al imperio, además de ponerles en aprietos con los republicanos.

De la misma forma, como comandante de la provincia de Michoacán, informó la organización que tomarían las tropas imperiales, de ahí que proyectó instalar en Pátzcuaro una comandancia superior belga que incluiría el distrito de Quiroga y la ribera norte del lago de Pátzcuaro. Dicha guarnición se compondría de 600 belgas, el escuadrón de la guardia imperial y dos cañones mexicanos, para sus operaciones militares sugirió formar una columna de 500 hombres, de los cuales 400 serían belgas, y dejar en la plaza a 200 de sus compañeros, dos compañías de patriotas, 60 hombres del batallón auxiliar de Pátzcuaro y una sección de artillería (El Colegio de Michoacán, 1987, p. 117).

En cuanto a Morelia se proyectó asignarle una columna de 500 franceses bajo el mando de Potier; para cuando este saliera a campaña, quedarían de guarnición 200 franceses, 300 belgas y 4 o 6 piezas de artillería más las dos compañías de patriotas, la guarnición quedaría bajo un comandante del 81 de línea. De igual forma, se hacía saber que Van der Smissen tendría que reconocer la antigüedad y grado del teniente coronel Lepage, quien, en caso de autorizarlo Bazaine, acudiría a Michoacán a hacerse cargo de una de las columnas franco-belgas.

En este informe resultan interesantes las observaciones con respecto a la relación entre los contingentes militares estacionados en Michoacán, se hace referencia a que las tropas mexicanas imperiales consideraban que los belgas debían ocupar la posición de la legión

extranjera en el mapa, además, sus comandantes no parecían nada dispuestos a obedecer a belgas con rango inferior.

Así mismo, se contempló no dejar tropas u oficialidad francesa bajo el mando de algún belga, pues, según De Potier, las tropas de la emperatriz distaban mucho de conocer su oficio además de que no se podía obligar a las tropas galas a obedecerles ya que esto hubiera puesto en duda la autoridad de su comandante ante ellas. A pesar de su solicitud el mariscal Bazaine nunca mandó refuerzos, lo que es peor, el 29 de mayo De Potier fue llamado a la capital con sus tropas, dejando en Michoacán a los belgas y las tropas auxiliares mexicanas, limitándose a ocupar Morelia, Pátzcuaro y Acámbaro (El Colegio de Michoacán, 1987, p. 116).

Al abandonar la región De Potier dejó al mando al comandante belga Van der Smissen quién a principios de junio recibió nuevas instrucciones por parte de Bazaine. En ellas, se aprobaban sus medidas para proteger Morelia y, cuestión importante, se le enviaron refuerzos que constaban de 300 de infantería y 80 de caballería mexicana bajo el mando del coronel mexicano Ramón Méndez, además, 80 belgas bajo el mando del teniente coronel Courcy (van der Smissen, 2016, p. 69-70).

En cuanto a las operaciones, Bazaine le indicó que debía mantenerse a la defensiva, a excepción de que las plazas a su cargo estuvieran amenazadas, para lo cual, sugirió que, además de las guarniciones, tuviera lista una columna móvil para operar en las áreas cercanas a las ciudades, también le encomendó mantenerse en Pátzcuaro y Uruapan, pero abandonar el resto de las localidades a discreción, conforme Van der Smissen lo juzgara necesario.

El regimiento de la emperatriz obtuvo autorización para volver a luchar, en vista de ello, Van der Smissen solicitó que se incorporara el destacamento que había estado resguardando Zitácuaro, además contaba con el apoyo de los imperiales mexicanos del coronel Méndez y también de los zuavos franceses del coronel Clinchant. El 19 de junio enterados del ataque a Uruapan las fuerzas se dividieron, Clinchant y sus franceses marcharon a recobrar Uruapan mientras Van der Smissen y Méndez se dirigieron hacia Tacámbaro para enfrentarse al republicano Arteaga (Moyano, 2011, p. 50-51).

En una batalla que duró del 18 al 19 de junio de 1865, los republicanos recuperaron la importante ciudad de Uruapan derrotando a la guarnición imperial, sin embargo, no pudieron

mantenerla mucho tiempo, pues dos días después el coronel francés Clinchant, con sus 600 zuavos llegó a esta población obligando a los republicanos a abandonarla, en su retirada perdieron al general Pueblita, ejecutado por las tropas galas.

A esta retirada republicana le siguió un peregrinaje por las tierras calientes del estado hasta llegar a la ciudad de Tacámbaro el 14 de julio. Los imperiales estaban al tanto de que las tropas juaristas se habían desgastado durante su estancia y marcha en tierra caliente, que Régules estaba enfermo de tifo y que habían perdido a varios oficiales durante el trayecto (van der Smissen, 2016, p. 74).

Para no repetir los errores del enfrentamiento que había sucedido en abril, los imperiales basaron su estrategia de combate en engañar a los republicanos, por ello, ocuparon Tacámbaro el 29 de junio para posteriormente realizar una retirada falsa a primera hora del 14 de julio con rumbo a Santa Clara, poblado situado a 34 km. hacia el norte, en el que Van der Smissen reunió sus provisiones y soldados. Como pretendían los imperiales, las tropas republicanas de Arteaga y Régules ocuparon Tacámbaro el 14 de julio por la tarde convirtiéndolo de nuevo en su cuartel general, así que los imperiales, a pesar de estar en inferioridad numérica, decidieron realizar un ataque rápido a fin de tomarles por sorpresa y dejarles que se confiaran al ver que eran inferiores en número.

Así pues, Van der Smissen inició la marcha hacia Tacámbaro a las 4 de la mañana del 16 de julio, cuando llegó a 4 km. de la ciudad recibió informes sobre las posiciones donde los republicanos pretendían defenderse, las cuales se encontraban en la elevación llamada “Cerro Huevo”, que en el combate de abril habían olvidado fortificar los belgas.

En ese momento sus contrincantes republicanos se encontraban con la guardia baja y escépticos respecto a la llegada de tropas imperiales, además, dos de sus mejores oficiales tuvieron diferencias personales entre sí, se trataba de Arteaga y el general Salazar del que fueron rechazados sus servicios militares por lo que se retiró a Turicato, provocando una baja en la moral de la tropa republicana, pues se le tenía en alta estima.

Fue hasta las diez de la mañana, cuando sus adversarios estaban cerca, que los republicanos fueron informados de que serían atacados ante lo cual iniciaron la ocupación y preparación de sus posiciones defensivas. Por su parte, Van der Smissen organizó a sus tropas en grupos

de combate para que marcharan listos para entrar en acción lo que faltaba del camino, de tal forma que no se perdiera tiempo al estarlos organizando frente al enemigo. Por tanto, se organizó una primera columna de infantería compuesta enteramente por belgas bajo el mando del capitán Visart de Bocarmé, otra columna de infantería mixta belga-mexicana dirigida por el teniente Juan de Dios Rodríguez. La caballería quedó a cargo del jefe mexicano, coronel Méndez, con 300 jinetes del 4º regimiento de caballería, y las 4 piezas de artillería marcharon entre las columnas de ataque.

Los imperiales contaban con aproximadamente 1,000 hombres entre todas las armas, mientras que los republicanos tenían ventaja numérica, pues tenían 3,500 efectivos. Sin embargo, los belgas llevaron la iniciativa en el enfrentamiento por su planificación y el óptimo estado de sus fuerzas, además, tenían el deseo de vengar la derrota sufrida por sus compañeros en abril y de esa forma recuperar su honor como militares.

Al mediodía los belgas iniciaron el ataque al cerro donde se encontraban los republicanos, cuyas posiciones estaban protegidas por lo difícil del terreno que forzaba al atacante a ascender por una sola ruta, en la que estaba posicionadas la infantería y artillería juarista. Los imperiales cañonearon a los efectivos liberales cuando estaban repartiendo la comida o “rancho” entre los soldados por lo que la batalla inició para ellos anticipadamente desplegando dos líneas de infantería y 6 cañones sobre el camino que llevaba al cerro, la caballería fue colocada en la retaguardia izquierda y una columna de infantería se posicionó para avanzar sobre el flanco derecho de los belgas (van der Smissen, 2016, p. 76).

Mientras los cañones imperiales barrían el camino y posiciones de los juaristas, la infantería comandada por Bocarmé tomaron a paso de carga, y en menos de diez minutos la primera fila de las posiciones republicanas junto con sus seis cañones, realizado aquello, se lanzaron a la segunda posición, conquistándola. Aunque los chinacos contratacaron a las tropas de la emperatriz a punta de bayoneta deteniendo su marcha, Van der Smissen había ordenado que la reserva belga-mexicana apoyara el ataque, con lo cual las tropas de Arteaga, tras dos horas de batalla, se vieron obligadas a retirarse, lo que hizo que se hablara incluso de traición en el bando republicano.

El panorama global de la batalla fue adverso a los juaristas, su despliegue inicial, por lo apresurado, tuvo a los batallones de infantería desorganizados y varias piezas de artillería

desmontadas. La caballería imperial derrotó a la republicana debido al mal estado de sus caballos, hambrientos y débiles, con lo que se vieron forzados a retirarse, además, durante la batalla muchos batallones de infantería republicana estuvieron sin parque a pesar de estarlo solicitando y varios de sus soldados caían más que por las balas, desmayados por el cansancio, hambre y sed.

Después del combate frontal, vino la persecución de los derrotados, esta fue realizada por el coronel de caballería Santa Cruz, quién persiguió con saña a los republicanos, muchos de ellos se salvaron por intervención de los belgas o porque lograron llegar hacia el rumbo de Turicato, en el sur, gracias al aguacero que cayó y que permitió la crecida de los ríos (Ruiz, 1940, p. 408-414).

En este enfrentamiento las tropas juaristas tuvieron 400 muertos y 1,200 prisioneros entre los que se encontraban 4 coroneles, 2 comandantes y 16 subalternos, a esto se le sumó un número indefinido de hombres que se desbandaron y huyeron en todas direcciones. Por su parte los imperiales perdieron únicamente 26 suboficiales y soldados entre muertos y heridos mientras que se apoderaron de toda la artillería de sus adversarios, 100 cajas de parque, municiones para cañón, 650 fusiles, una bandera, 50 mulas y casi todas las carabinas que se habían perdido en la batalla del 11 de abril (van der Smissen, 2016, p. 77).

La noticia de la victoria belga llenó de alegría a los emperadores, y en Morelia, cuando los imperiales volvieron, las campanas de la catedral sonaron al vuelo y fueron aclamados por los morelianos. Pero, así como fue una gran victoria, fue el inicio de una serie de conflictos entre Van der Smissen y, principalmente, el jefe imperial Méndez.

La primera de estas desavenencias vino después de la batalla, cuando el coronel belga reportó la victoria al mariscal Bazaine sin hacer referencia a Méndez y sus tropas mexicanas. Para complicar las cosas, los emperadores enviaron sus felicitaciones por la victoria únicamente al comandante belga, sin mencionar al jefe mexicano, pese a que este había tenido un papel importante en esta batalla. Según se refiere, aunque Van der Smissen era un gran militar, tenía la costumbre de atribuir solo a su buena dirección el resultado de los combates cuando le eran favorables, lo que le volvió poco agradable entre los mandos mexicanos (Ruiz, 1940, p. 416-417). Méndez, por su parte, escribió al belga para manifestarle

su indignación por haberle ignorado y recordándole que de no ser por los mexicanos que apoyaron el ataque, con seguridad los belgas hubieran sido derrotados.

Un reporte de Van der Smissen da más detalles sobre ello y una posible razón adicional sobre el porqué no mencionó a su contraparte mexicana en los informes de la victoria. En el escrito al mariscal Bazaine del 16 de julio por la noche, refirió que la batalla hubiera podido tener resultados más contundentes si el coronel Méndez, que se encontraba a 3 horas y media de distancia hubiera llegado a tiempo para tomar parte con su caballería en el ascenso a las posiciones republicanas. Por el contrario, el coronel belga parece quejarse de que el referido apareció en Tacámbaro hasta las 8 de la noche, explicando a este que había estado bloqueando la salida hacia Chupio ante lo cual, explica Van der Smissen, decidió no insistir en el asunto y solo limitarse a no mencionar sobre su desaparición en sus reportes. Sin embargo, Van der Smissen no solo no habló de su presunta desaparición, sino que no mencionó nada sobre él (van der Smissen, 2016, p. 77). Cabe mencionar que, desde el panorama global de la batalla, el coronel Méndez ejerció con efectividad la función de cortar la retirada al enemigo y Chupio, poblado localizado a 8 km al sur de Tacámbaro, era un punto estratégico, pues desde ese cruce de caminos se podía llegar a localidades como Pedernales, Turicato o Puruarán.

Los problemas entre estos dos comandantes no habían hecho más que empezar, días después de la segunda batalla de Tacámbaro el emperador Maximiliano, impresionado por la batalla y teniendo una idea elevada de los conocimientos militares de Van der Smissen le concedió, a través del general Rosas Landa, comandante de toda la región militar, que se encargara del mando de todo Michoacán, responsabilidad que no correspondía al grado de Van der Smissen pues la zona era una de las provincias más importantes del imperio y haber distritos mandados por oficiales de mayor graduación que ahora le estaban subordinados, como el caso de la plaza de Pátzcuaro, donde el general Tapia, lejos de obedecerle, se negó a dar al belga el estado que le pidió de su brigada además de solicitar que se le relevara de su cargo pues no podría estar a las órdenes de un teniente coronel inferior en graduación a él (Arrangoiz y Berzabal, 1974, p. 328-329).

Por parte de sus homólogos franceses, y como reconocimiento a sus acciones en la campaña michoacana, el mariscal Bazaine, con poderes para asignar condecoraciones, otorgó el 25 de julio a Van der Smissen la máxima condecoración militar francesa, la Legión de Honor,

recibiendo las felicitaciones de los coroneles De Potier y Clinchant (van der Smissen, 2016, p. 78-79).

En el informe enviado a Bazaine por el entonces comandante de Michoacán, coronel De Potier, a fines de abril de 1865, advertía sobre la posibilidad que podría haber de no lograr una adecuada cooperación entre los distintos contingentes armados, y expresaba su preocupación sobre los esfuerzos de guerra en esta provincia en caso de existir desacuerdos entre los altos mandos de las tropas, una situación que meses después, estaba sucediendo (El Colegio de Michoacán, 1987, p. 117-118).

Ante la desobediencia mostrada en Michoacán al comandante de los belgas y como una muestra del desorden que existía en el Ministerio de la Guerra en Ciudad de México, el titular de este ministerio, Juan de Dios Peza, comunicó a Van der Smissen que nombraba a Méndez como comandante superior de Michoacán dejándole como jefe de Morelia y otorgándole una medalla mexicana, la Cruz de Comendador de Guadalupe. Según Van der Smissen, no realizó ninguna observación, pero en su fuero interno se sintió humillado al estar ahora bajo las órdenes del general de división Vicente Rosas, quien había sido sastre, mientras que ya era caballero de la Legión de Honor (van der Smissen, 2016, p. 78-79 ).

A pesar de las instrucciones enviadas desde el Ministerio de la Guerra, Méndez no podía tomar posesión del cargo hasta que la renuncia del general Tapia fuera aceptada, situación a la que se negaba Maximiliano, de tal manera que se llegó a un punto muerto en el que Van der Smissen ya no mandaba todo Michoacán ni Méndez ejercía dicho cargo. En tanto, el 13 de agosto, el emperador Maximiliano, quizás en un intento de solucionar las tensiones entre sus comandantes, otorgó a Méndez también la Cruz de Comendador de Guadalupe, y la de caballeros a 5 jefes y oficiales mexicanos.

Las memorias del bando republicano presentadas por Eduardo Ruiz ayudaron a esclarecer el asunto de las competencias militares entre los comandantes en Michoacán y las ordenes que llegaban desde la Ciudad de México. Según dicho autor la solución del asunto se debió a una intriga realizada por el mismo Méndez, quien a mediados de agosto entró nuevamente a Zitácuaro a la cabeza de sus efectivos, ocupando dicha ciudad y venciendo a las pocas tropas republicanas que había en la región, posteriormente el jefe mexicano invitó a Artega y Régules a las cercanías de esta población con la intención de tener pláticas a fin de que se

permitiera a Méndez pasarse al bando republicano junto con sus hombres, dichas negociaciones no prosperaron y se ha concluido que fue una treta que buscó presionar al emperador Maximiliano para que aceptara la renuncia del general Tapia, retirara definitivamente a Van der Smissen de su puesto y colocara a Méndez como jefe absoluto en Michoacán.

Finalmente, el talento militar de Méndez hizo el resto, Maximiliano no podía permitirse perder a un comandante como el, y por ello, se admitió la renuncia del general Tapia, que, cabe mencionar, no era muy querido entre sus compañeros, ya que no se le atribuía ningún talento o valor en el combate, por consiguiente Méndez quedó oficialmente desde fines de agosto como jefe único de la brigada que mandaba el general Tapia, así como también de comandante general de Michoacán. Contaba así, con su columna, de dos mil hombres y las distintas guarniciones que había en distintos puntos del estado, teniendo en total casi cinco mil soldados (Ruiz, 1940, p. 448-449).

Van der Smissen y la tropa y oficialidad belga se opusieron a quedar bajo el mando del coronel mexicano, pues consideraron humillante tener que obedecerle a un general indígena (Méndez era otomí) y a estar al mismo nivel que las tropas mexicanas, lo cual les colocaba por debajo del resto de las tropas europeas presentes en México (Moyano, 2011, p. 54). De ahí que el coronel belga devolviera sin abrirlas, todas las comunicaciones (instrucciones, información, etc.) que su superior mexicano le enviara, lo cual motivó una queja hacia el mariscal Bazaine y el ministro de la Guerra por parte de Méndez. El documento, transmitido por el gabinete imperial a Maximiliano el 28 de septiembre de 1865 indicaba que Méndez, además de no abrir las comunicaciones, negaba la obediencia suya y de su tropa, razón por la que el mariscal Bazaine pensó en mandarle llamar inmediatamente a la Ciudad de México para que entregara el mando a su oficial de mayor graduación y, al mismo tiempo, entregarle instrucciones que le impidieran sustraerse de la debida obediencia a un comandante. Con respecto a este asunto, el ministro de la guerra agregó que era muy difícil conservar a Van der Smissen en su puesto a pesar de las buenas intenciones de Maximiliano y si, el emperador insistía en ello, sugería que se pusiera bajo instrucciones del mariscal Bazaine para tomar el mando bajo un general francés en una próxima campaña en Michoacán. En cuanto al coronel Méndez, debido a la pérdida de prestigio que había sufrido debido a la desobediencia de Van

der Smissen, fue nombrado general de brigada para que ejerciera el mando con mayor efectividad (Arrangoiz y Berzabal, 1974, p. 34).

El primero de octubre el emperador llamó personalmente a Van der Smissen a la capital, a donde este llegó el 6 de octubre, una vez ahí, presentó su dimisión junto con sus oficiales, a lo cual Maximiliano intentó arreglar la situación informando al coronel belga que no deseaba aceptar su renuncia, pues reconocía ampliamente los servicios prestados por la Legión, a lo cual Van der Smissen respondió que la única manera de arreglar el asunto era comisionar su tropa en un lugar diferente. El mariscal Bazaine, por su parte, expresó que entendía la situación del coronel belga y que, de igual manera, no podía aceptar su renuncia, ya que era probable que se produjeran situaciones graves en el norte para lo cual la Legión sería de utilidad allá (van der Smissen, 2016, p. 78-79).

Maximiliano logró arreglar momentáneamente la situación y logró que los belgas regresaran a Michoacán, sin embargo, no por ello mejoró la conducta de Van der Smissen a pesar de estar bajo el mando de un oficial capaz y con mayor graduación que él. El 22 de diciembre el ministro de la guerra reportó al emperador y al mariscal Bazaine la desobediencia que se seguía demostrando hacia Méndez y, como evidencia, este general anexó todas las comunicaciones que habían tenido en los últimos meses. Aun siendo una situación grave, el general mexicano mantuvo el asunto en la mayor discreción posible a fin de no desestabilizar y comprometer las operaciones militares en Michoacán, ya que en las comunicaciones se manifiesta que Van der Smissen llevó de nuevo su desobediencia al máximo nivel, negándose a enterarse de las ordenes que le eran enviadas y, lejos de recibir el castigo correspondiente, únicamente se le mandó hacia el noreste mexicano con su legión, esta medida se debió, sin duda, a la indulgencia con que era tratado por parte del emperador Maximiliano, influenciado por la emperatriz Carlota, de quien Van der Smissen era connacional (Arrangoiz y Berzabal, 1974, p. 63).

Mientras tanto, el llamado Ejército del Centro, comandado por los republicanos Arteaga, Salazar y ahora Riva Palacio, había recuperado hombres, armas, uniformes y munición durante todo el mes de septiembre. Escondidos en Huetamo y otras poblaciones, lograron recuperarse sin que los imperiales interfirieran en sus planes, de tal manera que el primer día de octubre empezaron a llegar a la ciudad de Uruapan para pasar revista a sus tropas en una

ceremonia llevada a cabo el 5 de ese mes, así como para iniciar su nueva campaña militar que buscó liberar la provincia de Michoacán de los imperiales.

Sin perder tiempo, Méndez, con 2,000 fuerzas imperiales, se dirigió 4 días después desde Pátzcuaro, importante plaza imperial, hacia Uruapan, a fin de destruir al Ejército del Centro. Los republicanos, en contra de la opinión de Riva Palacio, decidieron realizar una retirada divididos en 3 columnas, una de las cuales estaba comandada por Arteaga y Salazar y sobre la cual Méndez desencadenó su ataque, derrotando a la columna en marcha y capturando a los importantes generales que la comandaban para después exhibir a sus dos prisioneros por diversos poblados michoacanos hasta regresar a Uruapan, donde mandó fusilarles. En premio de esta acción el emperador personalmente nombró el 24 de octubre a Méndez como general de brigada, sugerencia que se había hecho a principios de mes en el Ministerio de la Guerra ante los problemas con Van der Smissen.

El fusilamiento de los generales Arteaga y Salazar desató controversia en el cuerpo belga. Los que estaban en Morelia enviaron una nota al emperador donde reprobaban las acciones del general Méndez y manifestaban el temor de que, en represalia, los republicanos pudieran fusilar a sus camaradas que habían quedado presos en Huetamo, dicho documento fue firmado por los oficiales Breur, Guyot, Flachet y Von Hollenbeck, así como por 200 soldados. Al mismo tiempo, los belgas que habían quedado prisioneros emitieron un comunicado donde reprobaban dicho fusilamiento recordando que a ellos se les había tratado con piedad, por lo que esperaban que ese crimen de guerra no quedara impune y manifestaron su esperanza de que el nombre belga no estuviera mucho tiempo más involucrado en esa guerra (Moyano, 2011, p. 52).

Una de las columnas republicanas que se retiraron de Uruapan estaba comandada por el general Riva Palacio, estas tropas llegaron a Morelia en la tarde del 12 de octubre con 1500 hombres sin artillería alguna, por esa razón dicho ataque estaba solo destinado a ser una demostración de fuerza. La guarnición de Morelia, por el contrario, contaba con piezas de artillería de grueso calibre y amplias fortificaciones, tenía 1,000 hombres de guarnición entre mexicanos, franceses y belgas.

El ataque inició con 20 de los mejores hombres a caballo comandados por el teniente coronel Jesús Villanueva cuya misión era atraer a la guarnición fuera de las fortificaciones para

derrotarles ahí, a pesar de la numerosa tropa imperial que había, ninguno se esperaba el ataque, por lo que la sorpresa fue total, además, el retén de belgas que se encontraba en la garita de Chicácuaro, punto de acceso a la ciudad, dejaron pasar a los jinetes, pues les confundieron con sus propias tropas, se dieron cuenta de su error cuando los republicanos ya les estaban atacando. Los jinetes llegaron hasta el Colegio de San Nicolás en donde enfrentaron a belgas y franceses, obligándoles a retroceder, pero desatando la alarma general.

El ataque continuaba, hasta que los belgas bajo el mando del capitán Altwies, les hicieron frente con decisión y les causaron pérdidas considerables. El regimiento de la emperatriz sufrió únicamente 3 muertos y 5 heridos (van der Smissen, 2016, p. 89). Mientras el combate se desarrollaba en la ciudad, Riva Palacio había formado al resto de su tropa en el punto denominado Tres Puentes, situado a 3 km, donde esperó al enemigo, el comandante de la plaza envió a 200 belgas que se limitaron a tirotear desde lejos a los republicanos.

A principios de 1866 los imperialistas en el noreste mexicano mantenían las ciudades de Monterrey, Matamoros, Parras y Saltillo, su adversario republicano era el general Mariano Escobedo, quien tenía su cuartel general en Linares, Nuevo León, desde donde planeaba ataques a Monterrey y zonas aledañas (Moyano, 2011, p. 57).

Como resultado de los conflictos entre Méndez y las tropas belgas, el emperador Maximiliano, el ministro de la guerra y el mariscal Bazaine decidieron enviar al Regimiento de la Emperatriz a Monterrey, poniéndolos bajo las órdenes del comandante de la primera división del cuerpo expedicionario francés, general Douay, que además era el segundo en la cadena de mando detrás de Bazaine.

A principios de 1866 se encontraban estacionados en Toluca, de donde salieron el 28 de enero haciendo escala en Querétaro y San Luis Potosí, ciudad en donde descansaron y se unieron a las tropas galas y su comandante, continuando su marcha a Monterrey el 23 de febrero. El itinerario, desde San Luis Potosí, pasó por Las Bocas, Venado, Los Charcos, Laguna Seca y después la importante ciudad de Matehuala para posteriormente continuar hacia el norte por los poblados de Vernaya, Cedral, San Juan de Vanejas, Salado, Agua Nueva, Angostura (sitio en el que los ejércitos mexicano y estadounidense se habían enfrentado en 1847), Parras, Saltillo, capital de Coahuila y finalmente Monterrey, a donde llegaron el 20 de marzo. Durante el trayecto, de casi 600 km a través del desierto estuvieron a punto de morir de sed,

según los oficiales, a cada soldado se le daban sólo dos litros de agua diariamente para proveer todas sus necesidades: beber, lavarse, hervir sus alimentos, etc. (Moyano, 2011, p. 56).

En la entonces Villa de Monterrey, se integraron al regimiento del general galo Jeanningros, y tomaron posiciones de combate, los granaderos ocuparon la ciudadela ubicada al norte mientras que los artilleros se ubicaron en el palacio episcopal que había sido convertido en fuerte. Según Van der Smissen, durante la primera etapa de su estancia no sucedió nada importante, el regimiento de la emperatriz consideró a Monterrey una plaza que no ofrecía grandes atractivos, salvo la bondad y cortesía de sus habitantes.

Según el embajador francés en México, Alphonse Dano, para las fechas en que los belgas se establecieron en la capital de Nuevo León su moral se encontraba baja y muchos de ellos querían regresar a Europa. Como se les había prometido ser colonos militares, muchos de ellos aún pedían y esperaban las tierras que se les habían prometido y, al no ver perspectivas de ello, se sintieron defraudados (Díaz , 1967, p. 297-298).

Para el 15 de abril, Van der Smissen estaba encargado de la defensa de Monterrey y, enterado de que el republicano Ruperto Martínez había llegado con 400 tropas montadas al pueblo de Marín, 35 km al norte decidió organizar un ataque sorpresa aprovechando que al día siguiente se pasaría revista a dicha tropa y por ello, estarían ocupados en los preparativos. Los objetivos del ataque eran robar caballos del adversario a fin de equipar una compañía montada y levantar el ánimo de la tropa en un combate rápido y victorioso.

A fin de sorprender al enemigo los imperiales salieron de noche rumbo a Marín con 150 tropas del Regimiento de la Emperatriz bajo el mando personal de Van der Smissen y 150 jinetes del coronel mexicano Julián Quiroga, llegando a marcha forzada en la mañana del 16 de abril. Tal como se planeó, y gracias a los espías de Van der Smissen, los republicanos fueron sorprendidos y se retiraron tras combatir brevemente abandonando sus pertenencias y, aunque intentaron retomar la población, los belgas les enfrentaron bien organizados obligándoles a emprender la huida.

Las pérdidas en este combate ascendieron a dos muertos y tres heridos del bando imperial, mientras que los republicanos tuvieron 34 bajas entre muertos y heridos, además,

abandonaron mulas, uniformes y 70 caballos bien enjaezados con los cuales días después el capitán Van der Straeten de Waillet presentó una compañía montada, la única que tendría el Regimiento de la Emperatriz y que se mantendría activa hasta su retirada. Los belgas regresaron orgullosos a Monterrey y mandaron noticias de su triunfo a Bruselas (van der Smissen, 2016, p. 97).

El 7 de junio de 1866 los belgas partieron a colaborar en una operación conjunta de las fuerzas imperiales. El objetivo era organizar y escoltar el transporte de mercancías entre las ciudades de Monterrey y Matamoros, para lo cual los austriacos, en colaboración con los mexicanos imperiales, escoltarían un gran convoy enviado por el general Tomás Mejía de mercancías, dinero y armas hacia Monterrey. Por su parte, los belgas en colaboración con franceses y mexicanos irían al encuentro de dicho convoy para finalizar su escolta hasta la ciudad regiomontana.

La columna belga, acompañada por dos más de imperiales nacionales y tropas galas, se componía de 500 hombres, incluyendo la nueva unidad a caballo. Marcharon hasta llegar el 18 de junio al pueblo de Cerralvo a 90 km. de Monterrey en donde descansaron todos excepto los capitanes Loiseau y Van der Straten, a quienes con sus respectivas tropas se les asignó la misión de conseguir maíz para los caballos y mulas, para ello, Van der Smissen les ordenó marchar al poblado de Charco Redondo (hoy Melchor Ocampo) ubicado a 20 km. de Cerralvo de donde tenían que regresar con 100 carretones de maíz, cada uno tirado por 4 mulas.

Antes de atacar el pueblo, Rousseau envió algunas patrullas para comprobar que estuviera libre de republicanos, como así lo era aparentemente, los 150 efectivos que componían la tropa entraron y cargaron las carretas solicitadas, sin embargo, en el momento en que emprendían el regreso, la compañía que marchaba al frente comandada por Loiseau fue atacada masivamente por escuadrones de caballería juarista. Las carretas con maíz iban entre dos compañías de infantería, la cual, ante el ataque, se replegó hacia un monte situado al lado izquierdo del casco urbano de la población, ahí, sostuvieron el ataque hasta que fueron apoyados por el capitán Van der Straten.

Este había quedado en la retaguardia, a 500 m. detrás de la columna de Loiseau, mientras avanzaban, recibieron una fuerte descarga de fusilería procedente del sitio donde iban sus compañeros. En esta unidad se encontraba la caballería belga, la cual cargó contra los

atacantes sin importar el potente fuego que les hacían desde la esquina de la población, en la que se hallaba una casa y un bosque de mezquites espinosos, en el cual los republicanos se habían atrincherado.

Según Van der Straten, los balazos que recibían tenían un silbido mucho más potente que los que habían enfrentado en la batalla de La Loma (segundo enfrentamiento de Tacámbaro) en Michoacán. Colocándose al frente de su compañía galoparon a 500 metros por minuto hasta internarse entre los matorrales de espinas y encontrar a sus adversarios montados y provistos de enormes lanzas, a los cuales lograron dispersar obligando a todos los atacantes a abandonar la lucha (Moyano, 2011, p. 60-61).

A pesar de la victoria obtenida, el éxito no pudo ser aprovechado, pues la columna procedente de Matamoros fue sorprendida por el general Mariano Escobedo y destruida, solo salvándose algunos cuantos austriacos y perdiendo entre armas, mercancías y dinero aproximadamente 11 millones de francos. Para empeorar las cosas, Matamoros, con solo 300 hombres a cargo del general Mejía se rindió solo 5 días después de la victoria de los belgas ante lo cual, el general Tucé, comandante de las tres columnas, ordenó el regreso a Monterrey.

Las malas noticias políticas y financieras del imperio llegaron a oídos de los belgas a principios de junio, y, ante la imposibilidad de pagar el sueldo de las tropas, Van der Smissen decretó un préstamo forzoso de cien mil pesos a fin de cubrir dicho concepto, además, los belgas habían caído en insubordinación hacia el gobierno imperial y la administración francesa por lo que se discutió disolverla (Díaz , 1967, p. 335).

Después del combate de Charco Redondo los belgas se enteraron de la disminución que tendrían sus sueldos debido a su dependencia de la tesorería francesa, además, circulaban rumores de que serían integrados por orden de Bazaine a las filas de la Legión Extranjera Francesa, perdiendo lo poco que les quedaba de independencia. Esta idea causó indignación en el regimiento, pues se consideraban un cuerpo especial que venía a proteger y luchar por la emperatriz, caso contrario a la fama de la Legión Extranjera, cuyas tropas se consideraban integradas por ladrones, fraudulentos, borrachos y pendencieros (Moyano, 2011, p. 62).

La irregularidad y posterior disminución en los salarios del regimiento aumentaron la molestia, pues aún se conservaban los contratos donde se fijaba el salario prometido, las

hectáreas de tierra después de 6 años de servicio y una pensión después de ese tiempo y, aunque los soldados ya no esperaban que se les dieran tierras, vigilaban celosamente lo relacionado a su paga. La disminución salarial y el peligro de insubordinación que esto traía consigo llevó a su comandante a llamarles y apelar frente a todas sus tropas a su profesionalidad y disciplina con la que (según Van der Smissen) se habían comportado en México, esto dio como resultado un mantenimiento temporal de la disciplina (van der Smissen, 2016, p. 99).

El 23 de julio el general galo Jeanningros notificó al Regimiento de la Emperatriz que debía estar listo para marchar el 25 hacia el sur, pues empezaba el movimiento general de retirada. Días antes, los belgas se habían amotinado debido a las desventuras que sufrían por la crisis imperial, a esta se había añadido la pronta retirada de sus oficiales por la expiración de sus permisos y los rumores sobre la abdicación del emperador. Más de 30 oficiales desertaron y pidieron su inmediato regreso a Bélgica, mientras que el resto de las tropas estuvieron tentadas de hacer lo mismo; ante dicha situación, se decidió la disolución del regimiento, encomendando al general Douay ejecutar dicha orden. Sin embargo, el 20 de julio Bazaine informó a Maximiliano que la legión no podía permanecer sola en Monterrey mientras el resto de las tropas se retiraban, los niveles de indisciplina eran tales que, por miedo a una rebelión armada, Douay no se había atrevido a ejecutar la orden de licenciar a dichas tropas (Arrangoiz y Berzabal, 1974, p. 111-112).

La continua indisciplina de los belgas tuvo eco en otras unidades militares, así, los austriacos a principios de julio se negaban a cumplir las órdenes que recibían de los franceses y sus oficiales recurrían al emperador para ampararse de los castigos que podrían recibir. Su comandante se quejaba de la falta de pago a pesar de la existencia de dinero en las cajas aduanales y protestaba en contra de que la actitud francesa de quererles tratar como a los belgas cuando ellos merecían algo mejor por sus servicios (De Bopp, 1965, p. 107).

Conforme al movimiento de retirada general, el Regimiento de la Emperatriz llegó al poblado de Venado el 16 de agosto, ahí recibieron instrucciones para reemplazar a los soldados del comandante galo De la Harye en la importante ciudad de Matehuala. La misión que les asignó el mariscal Bazaine por medio del general Douay fue supervisar el territorio que rodea a dicha ciudad y defenderla, pues se esperaba que los republicanos y sus bandas concentraran

sus fuerzas contra ellos. Van der Smissen debía evitar salir de la ciudad, pues corrían el riesgo de ser sorprendidos y derrotados, en cambio, debía aprovechar las fortificaciones existentes en la plaza y mejorarlas a fin de sostener una defensa apropiada.

Para la seguridad de sus tropas, se debían mantener abiertas las comunicaciones con San Luis Potosí, donde Bazaine tenía su cuartel general, pues de ahí le vendría apoyo en caso de alguna emergencia, así mismo, debía estar en contacto con el batallón bajo el mando del comandante De la Harye.

Para el éxito de esta misión, Van der Smissen tendría el mando superior en Matehuala, y estaría apoyado por las tropas imperiales mexicanas bajo el mando de los comandantes Abojador, Quiroga y Sebastián Campos, como apoyo de artillería, tendría disponibles dos piezas mexicanas, una pieza de 8 libras y un obús de montaña, todas con sus respectivos aprovisionamientos. Las tropas mexicanas estaban destinadas a formar la vanguardia en las haciendas de Vanegas y Cedral según lo juzgara conveniente el comandante belga.

Respecto al pago y aprovisionamientos, Douay aseguró que tenía planeado que todo estuviera cubierto, el pagador estaría en Venado a fin de facilitar la entrega del dinero, los sueldos correspondientes a septiembre incluso se les darían por adelantado, así como víveres para una campaña de 20 días y una remesa de medicamentos. Las tropas mexicanas no recibían regularmente su pago, pero el general Douay prometió solicitar a la intendencia francesa dinero con destino a dichos soldados que se habían mantenido fieles al imperio, mientras eso sucedía, Van der Smissen debía evitar que desertaran.

Finalmente, el Regimiento de la Emperatriz, al estar en la nómina de la intendencia francesa, tendría derecho a un fondo para gastos secretos como sucedía con todas las unidades galas. Se asignaron mil piastras, cuyo uso tenía que ser reportado detalladamente al final de cada mes, junto con toda la información que se recabara sobre los republicanos (van der Smissen, 2016, p. 114-116).

Otro aspecto que acaeció en el cuerpo belga durante el mes de agosto de 1866 fue la repatriación de los oficiales como parte de la licencia de dos años que el gobierno del rey Leopoldo I les había concedido. Van der Smissen había escrito desde principios de dicho año

a Bélgica con la finalidad de prolongar las licencias que expiraban el 15 de octubre de 1866, fecha para la cual dichos mandos tenían que estar de nuevo en Europa.

Desafortunadamente, las solicitudes de prórroga permanecieron sin respuesta, provocando un clima de incertidumbre en el regimiento por lo que podría pasar a dichos oficiales si no se presentaban a tiempo en su país, motivo por el cual Van der Smissen aconsejó que se retiraran con una columna francesa que iría hacia la costa en donde podrían tener mejores comunicaciones e instrucciones del mariscal Bazaine (van der Smissen, 2016, p. 117).

Sobre este asunto, el comandante del Regimiento de la Emperatriz notificó el 17 de agosto a Bazaine que, pese a las obligaciones de los oficiales belgas en su país, era imposible cancelar los movimientos ordenados a los belgas por el mando francés sobre Matehuala y Venado, así como expedir licencias provisionales, todo lo que Van der Smissen pudo hacer fue consultar al mariscal. En caso de que los oficiales belgas se retiraran (como sucedió) se solicitaba que el resto de las tropas se retiraran hacia ciudad de México a fin de organizar una guardia que serviría para afrontar las batallas después de la retirada francesa. Llama la atención la sinceridad de Van der Smissen respecto a la insistencia de Bazaine de no solo unir, sino combinar a los austro-belgas con franceses, ante la cual, el comandante belga replica que esto solo traería como resultado la desorganización del regimiento y posibles brotes de insubordinación debido a los rumores de anexión de Bélgica por parte de Francia.

Maximiliano, por su parte, informaba al mariscal Bazaine el 30 de agosto de 1866 que la partida de los oficiales belgas y las noticias de Europa amenazaban con romper la calma al interior del regimiento, sugería trasladarles a la Ciudad de México o a sus cercanías y lamentaba que los oficiales tuvieran que embarcarse como máximo el 13 de septiembre. En tanto, el gobierno de Leopoldo II, nuevo rey de Bélgica había concedido una prórroga de las licencias que permitía a los belgas permanecer en el servicio imperial hasta el 30 de abril de 1867, lamentablemente, la orden se extravió durante 6 semanas en su camino hacia México apareciendo hasta el 20 de octubre, cuando todos los oficiales belgas, excepto 5, ya habían regresado a Europa (de Keratry, 1870, p. 179-180).

Ante la retirada de sus mandos, fue necesario reestructurar las filas del Regimiento de la Emperatriz, por ello, el 20 de agosto el mariscal Bazaine les ordenó marchar y en el camino encontrarse al día siguiente con el general Douay en el poblado de Los Charcos, para después

dirigirse hacia Venado, pues este comandante contaba con la autorización para conceder grados de teniente y subteniente en la legión belga, se tenía planeado llegar a este poblado el día 22. El 23 de agosto, los suboficiales belgas que estaban provisionalmente al mando de los pelotones fueron nombrados tenientes y subtenientes de manera oficial.

La operación con destino a Matehuala tuvo que ser cancelada por un conflicto de mando entre franceses y belgas. Aunque al principio se había indicado que Van der Smissen tendría el mando superior en Matehuala, el 25 de agosto Douay le notificó que solo tendría que completar la guarnición de dicha plaza, que constaba del batallón de África bajo el mando del comandante francés De la Harye y, conforme a los acuerdos de abril, el mando de la plaza debía estar bajo este oficial (que tenía menor grado que Van der Smissen). En caso de que este último no aceptara, Douay tenía ordenes de presentarle en México y ponerle a disposición del emperador Maximiliano, nombrando, al mismo tiempo, al oficial belga De Bocarmé como jefe de batallón y nuevo comandante en jefe del Regimiento de la Emperatriz.

Ante esta situación, Van der Smissen se negó a colocarse bajo el mando de alguien con menor graduación que la suya, pese a la relación de amistad que tenía con el oficial galo, así mismo, solicitaba a Douay la suspensión de dicha orden argumentando que esto provocaría un nuevo estallido de indisciplina en el regimiento al ver que se colocaba a su oficial en jefe bajo las órdenes francesas, concluía haciendo una protesta en nombre suya y del emperador Maximiliano contra esta medida que consideraba, podría llevar a la destrucción de su regimiento, por lo que se deslindaba de los acontecimientos venideros.

Todo este conflicto inició y tuvo fin durante el 25 de agosto de 1866, cuando finalmente el general Douay, a fin de evitar la escalada del problema decidió cancelar la marcha prevista de los belgas hacia Matehuala, pues De Bocarmé le había notificado que, ante la posible retirada de Van der Smissen, no estaba dispuesto a hacerse cargo del Regimiento de la Emperatriz, además, los oficiales tenían poco de haber sido nombrados y la disciplina no era la mejor, en consecuencia, Douay consideró que los belgas poca ayuda prestarían en Matehuala y les ordenó mantenerse en Venado mientras él informaba a Bazaine sobre la situación y esperaba sus órdenes (van der Smissen, 2016, p. 118).

El 2 de septiembre de 1866 los belgas recibieron órdenes de replegarse hacia el sur, hicieron escala en Querétaro el 16 de septiembre y para el 24 llegaron a Tula en donde se

establecieron, la marcha fue más lenta de lo acostumbrado, pues iban llevando a sus enfermos y la moral del regimiento era baja (Moyano, 2011, p. 62). Estando en Querétaro, Bazaine informó a los belgas acerca de la misión que debían desempeñar en su destino, para empezar, los hombres enfermos e indispuestos debían ser enviados de nuevo a la capital mexicana. Seguidamente, debían asegurar la ciudad y región circundante ante la presencia de partidarios de la república, así como investigar toda la información que sirviera para esclarecer el estado del país. En cuanto a sus comunicaciones, debían ser realizadas a través de Tizayuca, considerado un punto estratégico porque el transporte de plata proveniente de Pachuca hacia México pasaba por ahí, por tanto, Van der Smissen debía mantener despejada dicha ruta y estudiar el estado del tramo entre Tula y Tizayuca para finalmente enviar el resultado de dichos estudios a Bazaine.

En cuanto a la cooperación con las tropas galas, el Regimiento de la Emperatriz debía mantener correspondencia con el general De Maussion, comandante de la subdivisión de México, para detallar asuntos administrativos y detalles del regimiento, así mismo, debía enviar al general Neigre, que se encontraba en Puebla, su ubicación, el estado de sus tropas y los movimientos que tuviera planeado realizar (van der Smissen, 2016, p. 120-121).

En cuanto llegó a Tula, Van der Smissen emprendió acciones de combate en contra del republicano Joaquín Martínez, quien se había apoderado del pueblo de Ixmiquilpan después de derrotar a la guarnición imperial mexicana que ahí se encontraba, esta localidad se encontraba dentro de la jurisdicción del Regimiento de la Emperatriz, de ahí la importancia de recuperarla, igualmente, era una oportunidad para levantar el ánimo del regimiento después de las desventuras ocurridas ante la perspectiva de una rápida victoria, pues se había reportado que dicha población no contaba más que con unas cuantas barricadas, 800 hombres y dos cañones, a los que se podría sorprender con un ataque rápido (Moyano, 2011, p. 63).

Según Van der Smissen (2016) el número de tropas que marcharon al combate fue de 350 soldados y 16 oficiales, tras recorrer los 50 km entre ambas poblaciones se esperaba sorprender al enemigo al despuntar el día, por ello, decidieron viajar de noche usando las carretas con las que contaban, así como la compañía montada. Desafortunadamente la lluvia, calificada de torrente, ralentizó la marcha causando que llegaran hasta las 8 de la mañana

acabando con el efecto sorpresa, para entonces los republicanos ya les esperaban en sus posiciones (p. 124).

La plaza de Ixmiquilpan contaba con varios puntos fuertes que debían ser ocupados para tener éxito en su conquista como la plaza mayor, la iglesia, el cementerio y diversas terrazas que servían de puntos de apoyo para la defensa, en consecuencia, el plan de batalla de Van der Smissen consistió en tomar estos puntos con su infantería mientras la compañía montada, a cargo del teniente Dutalis rodeaba la población para hacer un movimiento envolvente.

La primera fase de la batalla consistió en replegar a las tropas de Joaquín Martínez a la plaza mayor del pueblo como preparativo para tomar el resto de la población, desde ahí, los belgas se dieron cuenta de que el cementerio contaba con un muro almenado en donde se posicionaron sus adversarios colocando además tres obuses en la entrada de este a fin de obstruir el acceso a la iglesia que se encontraba en el centro de dicho camposanto, pese a la obstinada resistencia, al toque de carga la infantería belga logró tomar las barricadas y cuadros defensivos de la primera línea de defensa republicana.

A pesar de su buena disposición en el combate, las tropas de la emperatriz no lograron apoderarse de Ixmiquilpan, fueron varios los factores que hicieron fracasar la operación. Debido al retraso habían perdido el factor sorpresa dando tiempo a los republicanos para fortificar la plaza, además, el número de los defensores era mucho mayor de los reportados, Martínez contaba con al menos 1500 hombres bien posicionados que, en su lucha contra los belgas, fueron apoyados por la población local. Por lo tanto, y tomando en cuenta que el atacante suele encontrarse en desventaja, aunque tenga mayor número de tropas, solo era cuestión de tiempo para que los republicanos lograran repeler el ataque imperial. Luego pues, cuando Van der Smissen preparaba el asalto a las posiciones republicanas restantes, fue notificado de que la compañía montada que debía rodear al enemigo había sido derrotada por una columna de caballería mucho más numerosa.

La última fase de la batalla consistió en un ataque precipitado al cementerio e iglesia; Van der Smissen, al frente de dos compañías de granaderos, logró apoderarse del primer punto y la artillería enemiga. En cambio, la iglesia, que se encontraba altamente fortificada, fue imposible de tomar debido al intenso fuego republicano proveniente de las terrazas, la imposibilidad de usar los cañones capturados a los liberales y las bajas imperiales que cada

vez eran mayores, de forma que no hubo más remedio que reunir a las tropas y evacuar la población ordenadamente mientras los heridos eran transportados en carretas (van der Smissen, 2016, p. 125-126).

Durante la lenta retirada a Tula la caballería de Martínez les atacó buscando derrotarles totalmente, mientras que la población de la zona destruyó los puentes que debían utilizar en su retirada. La disciplina con la que marcharon hacia Tula les permitió repeler los ataques republicanos y restablecer sus vías de comunicación y, finalmente, llegar a Tula el 25 de septiembre a las diez de la noche. El saldo del combate fue de 44 soldados y 11 oficiales muertos, así como casi 300 heridos, es decir, la mayor parte del contingente estuvo a punto de ser destruido (Moyano, 2011, p. 63).

Al enterarse de las acciones en Ixmiquilpan el embajador francés reportó lo ocurrido haciendo blanco de su crítica a Van der Smissen de quien refirió que se condujo con más valor que habilidad, provocando su derrota (Díaz , 1967, p. 402) El embajador prusiano, Anton von Magnus (2011), en su informe confidencial al canciller Bismarck destacó la capacidad del teniente coronel belga para lograr sacar a sus tropas de una situación desesperada en un terreno que les era desfavorable, refiere que Bazaine había ordenado a los belgas no salir de Tula, pero que dicha orden llegó cuando estos ya se encontraban en marcha (p. 118).

Durante octubre, Van der Smissen viajó a la Ciudad de México con la finalidad de buscar una entrevista con Maximiliano, al no conseguirla, envió una carta donde solicitaba el permiso para poder reclutar hasta diez mil hombres con ayuda del arzobispo, así mismo, confiaba en el fanatismo religioso de México para lograr dicho fin y esperaba conseguir una gran victoria con estas tropas. El proyecto, aunque ambicioso, no obtuvo respuesta.

El 8 de noviembre de 1866, el Regimiento de la Emperatriz recibió órdenes de Bazaine para relevar en Tulancingo a los austriacos que se encontraban bajo el mando del coronel Polak, en vista de lo ocurrido en Ixmiquilpan, se les ordenó evitar las operaciones en un círculo muy cercano a la plaza. El 13 de dicho mes Van der Smissen, investido como comandante militar de la zona, entró en Tulancingo con 900 de sus hombres apoyados de 800 mexicanos imperialistas; Joaquín Martínez, contra quien ya habían luchado, se presentó 11 horas más

tarde a la cabeza de seis mil hombres con la intención de tomar la población (Moyano, 2011, p. 63-64).

Los austriacos no tenían mucho que se habían retirado y, ante la inferioridad numérica, el comandante belga envió a 3 indígenas con mensajes ocultos en cigarros al coronel Polak solicitándole que regresara para atacar conjuntamente a los republicanos. Después de consultarlo con sus oficiales, los austriacos tuvieron que negarse debido a la debilidad de su tropa y a que se les necesitaba en Xalapa, donde sus compañeros estaban sitiados.

Ante lo difícil de la situación, Van der Smissen solicitó al mariscal Bazaine que le enviara una columna de soldados franceses, ya que sin ayuda serían totalmente derrotados, dos veces intentó y dos veces fue rechazada su solicitud, ante lo cual, decidió dedicarse a las obras de fortificación que ya se habían empezado, pero que decidieron perfeccionarse ante la superioridad del enemigo.

Las obras en Tulancingo consistieron en un fortín en la plaza principal, posición estratégica por la ubicación de una loma en ese sitio; se añadió un camino cubierto para poder realizar comunicaciones sin ningún peligro y la iglesia, ubicada en el centro de la ciudad, fue convertida en una fortaleza, los puntos de ataque fueron cubiertos con filas de magueyes que resultaban infranqueables en caso de un ataque (van der Smissen, 2016, p. 134).

Mientras estas labores se llevaban a cabo, se tuvieron noticias de que el coronel Peralta, comandante del 6º batallón de caballería mexicana imperial, estaba en comunicaciones con el enemigo y si bien no había pruebas suficientes para condenarlo, se tomaron medidas a fin de evitar una desagradable sorpresa. El palacio del obispo, que también había sido fortificado, servía de alojamiento a las tropas imperiales mexicanas, mientras que en la iglesia descansaban los belgas, las obras se acomodaron de tal manera que la única forma de flanquear las fortificaciones del palacio del obispo era a través de la iglesia, además, los sargentos belgas elaboraron una mina que fue colocada bajo el alojamiento mexicano a fin de volar todo en caso de traición (de Salm Salm, 2016, p. 27-30).

En tanto, la población de Tulancingo, que era favorable a los conservadores, manifestaba su agradecimiento ante los esfuerzos que se hacían para protegerles de las tropas republicanas y bandas de delincuentes que rondaban por la región, cuando las tropas belgas tuvieron

dificultades financieras los notales de esta ciudad se comprometieron a reunir los fondos necesarios para pagar a las tropas, a cambio, los pobladores podrían recuperar su dinero mediante pagarés avalados por la caja de pago francesa (van der Smissen, 2016, p. 134).

Durante la estancia de los imperiales en Tulancingo, las tropas de Joaquín Martínez no dejaron de permanecer en sus alrededores, más sin atreverse a asaltar la plaza, a principios de diciembre incluso llegaron a negociar para que la plaza les fuera entregada a cambio de 20,000 pesos, oferta que fue rechazada.

El 22 de diciembre el general francés Osmont logró informar al regimiento belga, por medio de un mensaje oculto en un cigarrillo, que estaba autorizado para ayudarles a evacuar Tulancingo, para ello, debían encontrarse el 29 de diciembre con una columna de tropas francesas bajo el mando del comandante Saussier en el poblado de Zinguilucan y posteriormente, dirigirse a Puebla como preparación para evacuar el país, ya que desde el 19 de noviembre Maximiliano había disuelto a los regimientos austro-belgas y, para esas fechas, había decidido mantenerse en el trono y regresar a la Ciudad de México. Osmont hizo énfasis que al abandonar la plaza debían llevarse toda su artillería y municiones además de informar al general Joaquín Martínez para que tomara inmediata posesión de la plaza y evitar que cayera en manos de bandidos (Moyano, 2011, p. 68).

El 2 de enero de 1867, mientras el Regimiento de la Emperatriz acampaba en Buenavista, Texcoco; recibieron instrucciones para acudir a proteger el paso del emperador Maximiliano, quien llegaría desde San Martín a donde se encontraban acampando, por lo cual, debían dirigirse al sitio denominado La Venta de Córdoba para proteger su paso, la marcha debía realizarse, de ser necesario, a través del boque y la barranca. En las primeras horas del 4 de enero los belgas se encontraban en Río Frío explorando el terreno, a las once de la mañana, el emperador llegó y los belgas presentaron honores.

Van der Smissen aprovechó la ocasión para tener la entrevista que desde hacía tiempo deseaba con Maximiliano, esta tuvo lugar en Ayotla, sitio donde el monarca pasaría la noche. Durante su encuentro, el coronel belga le expuso que el sentido del deber le obligaba a tratar de evitar la catástrofe militar-política a la que el emperador se dirigía, por lo cual, suplicaba que cancelara el decreto donde desbandaba a las tropas austro-belgas, que aun podrían prestar un excelente servicio ante el difícil porvenir, agregó que los conservadores comprometidos

seguirían apoyándole, pero eran más los que se mantendrían indiferentes. Maximiliano solo respondió que debía seguir su destino y no podía cancelar el decreto para disolver dichos regimientos, aquel fue el último encuentro entre ambos (van der Smissen, 2016, p. 145).

Después de esa entrevista con el emperador, el Regimiento de la Emperatriz marchó el 6 de enero hacia Puebla pasando por Texmelucan y San Martín. Una vez en la capital poblana, hicieron entrega al general Douay de su batería de artillería y sus mosquetes que, como ya se ha referido, eran de excelente calidad. Dichas armas aparecerían en manos de las tropas republicanas de Porfirio Díaz más tarde, ya que los franceses les vendían armamento a espaldas de Maximiliano.

El príncipe Félix de Salm Salm, quien acompañó a los belgas durante los últimos meses de su estancia en tierras mexicanas, viajó con ellos a Puebla con la esperanza de poder reclutar a varios de ellos para formar un regimiento de apoyo al imperio. Desafortunadamente el encargado de relaciones exteriores de Bélgica en México, míster Hooricks, emitió un comunicado advirtiendo a sus compatriotas sobre las inconveniencias de quedarse en México, mientras que en su país de origen eran requeridos, dicha acción hizo fracasar el intento de reclutar tropas belgas para permanecer en México (de Salm Salm, 2016, p. 33).

Desde Veracruz, el Regimiento de la Emperatriz Carlota se embarcó hacia Bélgica el 20 de enero de 1867 tras permanecer en el país dos años y medio; fueron muchos los recuerdos que mantuvieron de México, como se reflejó en la correspondencia que mantuvieron con su antiguo adversario, el general republicano Riva Palacio, en Bélgica se les conoció con el título de “belgas mexicanos” como se autonombraron y se erigió una plaza en la localidad belga de Oudenaarde llamada *Tacambaroplain*, a 74 km. de Bruselas recordando su aventura en México. Incluso, cuando la emperatriz Carlota murió en enero de 1929, los miembros del antiguo regimiento que aún estaban con vida acudieron a su funeral para cargar el ataúd de “su princesa”, el último de los integrantes murió en 1932 (Moyano, 2011, p. 69). En la región de tierra caliente de Michoacán y algunos puntos cercanos a Tula y Tulancingo aún existen muchos de sus descendientes que mantienen viva la memoria histórica de aquellos “hombres del norte” (como fueron llamados por los franceses), que decidieron hacer de México su nuevo hogar.

## CONCLUSIONES GENERALES

Las conclusiones de este trabajo de investigación están organizadas en tres partes, primero en señalar puntualmente el resultado que brindó la investigación en relación con cada uno de los siete objetivos particulares aplicados a nuestro objeto de estudio; posteriormente se señalará como éstos objetivos me permitieron la comprobación de la hipótesis planteada, y finalmente, señalaré algunos comentarios generales emanados de mi experiencia al elaborar este trabajo de investigación.

En cuanto al primer objetivo particular “estudiar las características bélicas” se concluyó que el Cuerpo Expedicionario Francés fue el más equipado en armamento y material militar debido a que eran una fracción de ejército regular propiamente dicho y contaban con experiencia para desarrollar campañas y combates. En cuanto a la organización, se concluyó que los voluntarios austriacos estuvieron equiparados a las fuerzas galas pues contaban con un mando integral para sus diversas armas (infantería, caballería y artillería) así como con un respetable conjunto de servicios administrativos y auxiliares, esto se debió a que su organización estuvo a cargo de oficiales veteranos y los mismos soldados tenían conocimiento de las armas y del desarrollo de una campaña militar debido a las guerras acontecidas entre el Imperio Austriaco y otras potencias como Francia y los estados italianos.

En cuanto a los belgas, de quienes se ha concluido que fueron la fuerza con menor potencia militar y política es posible afirmar que estuvieron limitados militarmente por los objetivos asignados, el reclutamiento rápido y conflictivo debido a la oposición parlamentaria belga, así como por la inexperiencia e indisciplina de sus integrantes quienes estaban equipados para realizar un servicio exclusivamente de guardia o escolta, pero no para una extenuante campaña militar como la que terminaron desempeñando con resultados aceptables para lo reducido de sus integrantes y el territorio que tuvieron que controlar.

En relación con el segundo objetivo particular “analizar los objetivos y motivaciones de cada uno de los contingentes de tropas se concluyó que el ejército francés tuvo una normatividad más precisa y clara con la que se desempeñó en México, por ejemplo, obedecieron únicamente las indicaciones del mariscal Bazaine y de su superior Napoleón III, además, desde su llegada en 1862 ya tenían claridad en cuanto a la fecha en que se esperaba que

hubieran cumplido su misión y podrían abandonar México, las circunstancias militares no lo permitieron y cuestiones diplomáticas hicieron que evacuaran más pronto de lo esperado sin embargo, los objetivos de las tropas francesas estuvieron delimitados desde el principio y se ejecutaron lo más apegado posible a las órdenes recibidas conforme a los intereses napoleónicos y el tratado de Miramar.

Por otra parte, los objetivos de los voluntarios austriacos fueron más ambiguos en cuanto a la función que tuvieron que desempeñar en México. Los objetivos convenidos entre la administración mexicana y el ministro de asuntos exteriores austriacos establecieron que los efectivos debían de ser un apoyo para las campañas en México en contra de los juaristas, debían permanecer por 6 años y en la medida de lo posible arraigarse al país. Cuando esta tropa prestó juramento se comprometió a servir y obedecer al emperador Maximiliano, sin mencionar las autoridades francesas, esto a la larga propició diversos problemas pues los compatriotas de Maximiliano trataron de mantenerse al margen de la reglamentación francesa y tuvieron el favoritismo del emperador mexicano. Una vez en México, Maximiliano trató de usar el cuerpo de voluntarios como núcleo de su nuevo ejército nacional en el cual estarían junto a soldados indígenas mexicanos, cosa que los austriacos rechazaban, además se convirtieron en un elemento en disputa en la lucha de poder entre Bazaine y el emperador.

Por su parte los belgas cumplieron en sus primeros meses en México la función que se les asignó (guardia), pero las ambiciones de sus mandos y la monotonía de la vida diaria hicieron que entraran en campaña contra los republicanos sufriendo abundantes muertes e incomodidades derivado de su inexperiencia y falta de equipamiento para ese tipo de misión, a diferencia de los austriacos, nunca se tuvieron demasiadas esperanzas en estos efectivos y regresaron a Europa junto con las tropas galas en 1867. Pese a obedecer las órdenes emitidas por la administración francesa la lealtad de los belgas estuvo con la emperatriz Carlota y el rey Leopoldo I y tuvieron el favoritismo de Maximiliano frente a las diferencias que tuvieron con los franceses y tropas mexicanas imperiales.

Las conclusiones del tercer objetivo particular “estudiar las órdenes emitidas por los gobiernos de las metrópolis de los combatientes (París, Viena, Bruselas)” fueron que las instrucciones político-militares de cada contingente estuvieron determinadas por los objetivos económicos y políticos de cada uno de sus países de procedencia. En el caso francés

predominaron los primeros, por ello se planteó en un principio ayudar a consolidar lo más pronto posible la administración de Maximiliano para poder cobrarse las deudas por medio de las aduanas y la explotación de recursos mineros y el comercio mexicano. Cuando la situación del imperio mexicano se volvió insostenible se abandonó a su suerte al gobierno de Maximiliano, pero se mantuvo el control de las aduanas hasta el último momento. Parte de las campañas militares realizadas por las tropas galas hacia el norte del país tuvieron la intención de disuadir a Estados Unidos de entrometerse en los sucesos de México, sin embargo, la situación política en Europa y el triunfo del gobierno de Lincoln, que era hostil a la presencia francesa hizo que se tuviera que abandonar dicho objetivo ante la combinación de riesgos con los que no pudo lidiar el emperador Napoleón III.

En el caso de las tropas austriacas los objetivos de carácter político determinaron la actuación de dicho contingente en México. El hecho de que se viera a los austriacos como una fuerza de permanencia a largo plazo y de colonización en México se debió a que Francisco José, emperador austriaco, deseaba que el gobierno de su hermano tuviera éxito por el pacto de familia que habían firmado, mediante el cual Maximiliano quedó fuera de la línea de sucesión austriaca y era importante que tuviera un lugar en donde pudiera gobernar a fin de evitar su interferencia política en Austria debido a la popularidad que tenía entre la población. Además, la salida de estas tropas significaba unir en una sola empresa a las múltiples nacionalidades del imperio austriaco y ofrecer una oportunidad laboral a la población de las regiones más pobres del imperio.

En cuanto a los belgas, es posible afirmar que el envío de las tropas se debió a una cuestión estrictamente familiar. El matrimonio entre Maximiliano y Carlota y el envío de voluntarios de la patria de Maximiliano motivaron que el rey de los belgas Leopoldo I quisiera contribuir en el éxito de la empresa política y protección de su hija incluso muchos de los voluntarios vinieron motivados por el hecho de servir a la hija de su rey.

Para el cuarto objetivo “identificar el área de operaciones o entorno al que fue destinado cada contingente” tenemos que los franceses tuvieron bajo su cargo y control la mayor parte del territorio mexicano, desde zonas como Oaxaca y Veracruz hasta Chihuahua y Sonora, aunque en realidad, únicamente dominaron las poblaciones más relevantes y una parte de sus alrededores. Los austriacos por su parte tuvieron bajo su control el norte de la sierra poblana,

la capital de dicho estado y el resguardo de la ciudad de México, conforme la situación del imperio se agravó, fueron enviados a zonas como el norte de Nuevo León y Tamaulipas, así como Oaxaca en el sur de México en las cuales, debido a su fragmentación en pequeñas unidades y el desconocimiento de la zona sufrieron diversas derrotas.

En cuanto a los belgas su área de operaciones en un principio fue limitada, pero cuando entraron en campaña tuvieron bajo su control buena parte del estado de Michoacán y la ruta hacia la ciudad de México, esto en colaboración con unidades francesas. Posteriormente, marcharon e intentaron controlar Monterrey y la ruta hacia Matamoros, pero fracasaron en el intento debido a la descoordinación con los efectivos austriacos. Cabe mencionar que, pese a contar con pocos efectivos los belgas cubrieron un área geográfica considerable y que sobrepasó sus capacidades, a pesar de lo cual desempeñaron un papel respetable aún y cuando el imperio se debilitaba.

Dentro del quinto objetivo particular “analizar las relaciones de poder dependiendo de la organización o estructura interna de cada uno de los ejércitos extranjeros” se concluyó que la lucha por el poder entre franceses y austriacos se fue agravando día con día, haciendo que los esfuerzos de consolidación a largo plazo del trono se volvieran imposibles de cumplir. Los objetivos económicos franceses y exigencias de pago limitaron la autonomía de la administración imperial mexicana y el control de la situación militar en México fue constantemente reclamado por Bazaine, quien no dio espacio a acciones independientes por parte de Maximiliano y los voluntarios austriacos y esto pese a que su retirada ya tenía fecha, por lo que la obstinación de Bazaine por asentar su posición de poder en México únicamente se explica por motivos como las ganancias económicas o prestigio ante Napoleón III.

Los problemas de poder en que se involucraron a franceses, austriacos y belgas en la campaña mexicana fueron por el mando, un problema causado por Maximiliano, quien subordinó a sus fuerzas austriacas a los franceses, aún y cuando en un principio tenían todo para ser independientes, mientras que los belgas, aunque no tenían inconveniente en ponerse a las órdenes de un general galo, si manifestaron su oposición a colocarse bajo el mando de alguien con menor graduación que su comandante o, peor aún para ellos, ser integrados a la Legión Extranjera Francesa.

Una vez que Bazaine asumió el mando de las fuerzas austriacas encontramos una asimetría en la relación de poder, pues los austriacos quedaron no solo atados de forma normativa a los franceses, sino también económica y estratégicamente, ya que fueron divididos en pequeños destacamentos indefensos, se argumenta que con toda la intención de no dejar a Maximiliano ninguna fuente de poder militar con el que hubiera podido hacer frente a las decisiones Bazaine.

La relaciones de poder en México fueron en general de tipo normativo debido a la naturaleza militar del ambiente y las cadenas de mando que esto implicó, conforme al resto de los autores, el conflicto en México coincidiría con la concepción que afirma que el poder no es algo fijo, sino, como la experiencia probó, algo constante que se moviliza entre los distintos actores que detentan el poder o una parte de el al interior de una organización, todo lo cual se dio en el aparato estatal de Maximiliano y la administración militar del Cuerpo Expedicionario Francés día con día y conforme la situación político militar fue presentando la oportunidad a sus actores.

Las preferencias personales jugaron un papel importante en los desacuerdos imperiales. Se pueden clasificar en dos grandes grupos, el de los cercanos al emperador y el de los preferidos por el mariscal Bazaine. En el caso de los primeros estuvieron el general Douay, rival de Bazaine, el comandante van der Smissen, de la legión belga, a quien le fueron perdonadas sus insubordinaciones y el general Thun, comandante del cuerpo austriaco y compatriota de Maximiliano. Estos personajes (salvo van der Smissen) tuvieron en común que intentaron contrarrestar el poder del mariscal Bazaine a fin de poder tener autonomía política y militar. En el caso del mariscal Bazaine se encontraron oficiales del Cuerpo Expedicionario Francés como el polémico coronel Dupin, el coronel Boyer a quienes mostró su apoyo y respaldo ante el descontento de Maximiliano con ellos.

La conclusión general del sexto objetivo particular que señaló “analizar el aspecto psicológico y social relacionado con los nacionalismos” concluimos que la relación austriaca (tanto de las tropas como la del emperador) con los franceses se desarrolló con conflictos marcados por una animosidad entre ambas naciones que se remontaba a la segunda guerra de independencia italiana y, posiblemente, también a las guerras que ambas naciones

sostuvieron con anterioridad durante el siglo XIX, por lo que los problemas en México fueron un reflejo de las tensiones ancestrales que tenían estos pueblos en Europa.

El sentimiento nacionalista que existió entre las tropas austriacas tuvo su origen en los sentimientos étnicos que existieron entre ellas, pues a pesar de la diversidad cultural y las dificultades técnicas que esto les trajo tuvieron puntos en común importantes como la lealtad a la casa de los Habsburgo y su pertenencia al imperio austriaco, además, el sentimiento nacionalista entre las tropas se vio reforzado en el contexto mexicano por tener al cuerpo expedicionario francés como un “enemigo” en común ya que las expectativas que ellos tenían de su servicio en México y la realidad que encontraron fue diferente y decepcionante para sus esperanzas de protagonizar la campaña y ser las principales fuerzas del imperio. El emperador Maximiliano tuvo en esta tropa una base de poder que se ganó por ser su conciudadano y una figura muy popular en Austria, además del favoritismo que mostró hacia ellos en México.

Los belgas por su parte únicamente tuvieron como obstáculo la diferencia lingüística para luchar en conjunto con los austriacos y la propuesta de crear un cuerpo conjunto austro-belgas no se llevó a cabo por dicha razón, en cambio, los belgas si hicieron equipo con las tropas francesas con las que compartían el idioma y los problemas que tuvieron fueron por razones de poder y económicas.

Finalmente, en el séptimo objetivo particular “estudiar cronológicamente las diferentes acciones militares (desplazamientos, batallas, servicios de escolta, etc.) que las tropas desempeñaron en México” se concluyó que la cooperación militar en México entre las fuerzas europeas se vio impedido principalmente por el mando francés pues los objetivos estratégicos de cada tropa eran muy diferentes por ello, hacia el final del imperio los contingentes austro belgas fueron expuestos a mayores peligros que los franceses, sin recibir apoyo de estos en momentos cruciales. Siguiendo el plan francés de retirada, se buscaba que los galos evitaran dificultades con las fuerzas juaristas, asimismo, el factor económico en el final del imperio provocó que los franceses dictaran todas las acciones militares que se tenían que realizar, ignorando, desde el poder que tenían sobre ellos, los planes estratégicos de los otros dos contingentes.

Por otra parte, los contingentes austro-belgas al estar dentro de la normatividad francesa tuvieron que hacer frente a combates en inferioridad numérica debido no solo a que el tamaño de cada contingente era menor al de las tropas galas, sino porque fueron divididos en pequeñas unidades que redujeron su potencial militar, aunado a que sus adversarios republicanos eran mayores en número y contaban generalmente con el apoyo de muchas poblaciones. Únicamente el armamento y, en el caso de los austriacos, la caballería, lograba salvar la situación militar de dichas fuerzas.

Las condiciones geográficas tomaron por sorpresa a los contingentes austro-belgas, debido a las enormes porciones del territorio nacional en el que tuvieron que operar. Además, la diversidad de climas existente fue una dificultad adicional para dichos contingentes quienes adquirieron experiencia militar en zonas de Europa Occidental y Central. Prueba de ello son las bajas que tuvieron a consecuencia del clima tropical y las enfermedades propias de esas regiones. Además, el equipo del que disponían tuvo que ser modificado para poder entrar en combate contra un enemigo que estaba habituado a combatir en dichas condiciones y cuya inferioridad en cuanto a su preparación militar, la compensaba con el conocimiento del terreno y resistencia al mismo.

Gracias al cumplimiento cabal de los siete objetivos particulares podemos confirmar la hipótesis planteada “las fuerzas extranjeras estuvieron descoordinadas entre sí y no desarrollaron una lucha unificada en contra de los republicanos en todos sentidos, tanto en los aspectos nacionalistas de cada contingente de tropas, las relaciones de poder que surgieron durante su estancia en México, así como en el nivel de equipamiento, acción y distintos objetivos que hubo en cada contingente” puesto que la lucha de poder existente entre las tropas impidió la coordinación de objetivos y operaciones militares. Las fuerzas militares tuvieron desde el punto de vista fáctico la capacidad de establecer un gobierno imperial estable en México, incluso los objetivos militares y políticos fueron lo suficientemente acertados como para que a partir de 1867 el gobierno de Maximiliano pudiera operar por su cuenta. Sin embargo, los problemas ocasionados por la enemistad entre contingentes, principalmente de austriacos y franceses aunado a la lucha de poder entre los tres grupos de tropas, el emperador Maximiliano y el mariscal Bazaine provocaron una distorsión en los

objetivos y operaciones militares lo cual retardó planes como la formación del ejército nacional mexicano dando como resultado que la fecha de evacuación francesa llegara sin haberse consolidado el imperio, el cual cayó rápidamente tras la salida de los contingentes militares europeos en febrero de 1867.

Algunas consideraciones finales que han surgido tras la finalización de este trabajo son que alejarse del maniqueísmo en una etapa que sigue despertando un amplio debate como esta permite recolectar y analizar datos con rigurosidad permitiendo aportar nuevas perspectivas sobre el tema en cuestión, puesto que fue una guerra entre dos bandos estudios futuros deben analizar las fuentes escritas por los actores de ambos lados del espectro político a fin de obtener una perspectiva integral de los sucesos.

Hay temáticas del periodo que quedan pendientes de estudio y cuyo análisis escapan a los alcances de este trabajo. El papel de los militares mexicanos (soldados, jefes y oficiales) en el bando imperial debe ser estudiado para comprender el nivel de integración y cooperación que tuvieron con las tropas europeas. La situación económica del imperio es susceptible de ser estudiada y analizada con los conceptos técnicos y teóricos adecuados puesto que causa de la retirada de las tropas austro-belgas y posterior caída del gobierno de Maximiliano fue precisamente la falta de recursos económicos además de que durante el tiempo en que los franceses permanecieron en México sus agentes financieros se adueñaron y explotaron los ingresos económicos mexicanos en favor de sus intereses.

## BIBLIOGRAFÍA

- Arias, Juan de Dios. (1867). *Reseña histórica de la formación y operaciones del Cuerpo de Ejército del Norte durante la Intervención francesa, sitio de Querétaro y noticias sobre la captura de Maximiliano, su proceso íntegro y su muerte*. México. Imprenta de Nabor Chávez.
- Balaguer, Víctor. (1892). *Mis recuerdos de Italia*. Madrid: El Progreso Editorial.
- Basch, Samuel. (1953). *Recuerdos de México*. México. Editora Nacional.
- Bazant, Milada, & Jakub Bazant, Jan. (2004). *El diario de un soldado: Josef Mucha en México, 1864 - 1867*. México. El Colegio Mexiquense / Editorial Porrúa.
- Blasio, José Luis. (1996). *Maximiliano íntimo: El emperador y su corte*. México. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Bobbio, Norberto. (1981). *Diccionario de política, volumen II*. México. Siglo XXI editores.
- Bulnes, Francisco. (1967). *El verdadero Juárez y la verdad sobre la intervención y el imperio*. México. Editora Nacional.
- Carmona Dávila, Doralicia. (2021) *Memoria política de México. François Achille Bazaine*  
<https://www.memoriapoliticademexico.org/Biografias/BAF11.html>
- Castelot, André. (1985). *Maximiliano y Carlota: la tragedia de la ambición*. México. Editores Asociados Mexicanos.
- Conte Corti, Egon Caesar. (2003). *Maximiliano y Carlota*. México. Fondo de Cultura Económica.
- Arrangoiz y Berzabal, Francisco de Paula. (1974). *México de 1808 hasta 1867*. México. Editorial Porrúa.
- de Bélgica, Carlota. (2011). *Viaje a Yucatán*. México. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- de Keratry, Emile. (1870). *Elevación y caída del emperador Maximiliano*. México. Imprenta del Comercio de N. Chavez a cargo de J. Moreno.

- de Keratry, Emile. (1981). *La contraguerrilla francesa en México 1864*. México. Fondo de Cultura Económica.
- de salm Toral, Jesús. (1967). *Historia documental militar de la intervención francesa en México y el denominado Segundo Imperio*. México. Secretaría de la Defensa Nacional.
- de Salm Salm, Félix. (2016). *Mis memorias sobre Querétaro y Maximiliano*. México. Secretaría de Cultura, Dirección General de Publicaciones.
- Díaz, Lilia. (1965). *Versión francesa de México, Informes diplomáticos (1862 - 1864)*. (Vol. 3). México. El Colegio de México.
- Díaz , Lilia. (1967). *Versión francesa de México. Informes diplomáticos (1862 - 1864)*. (Vol. 4). México. El Colegio de México.
- El Colegio de Michoacán. (1987). Michoacán 1865, o la pesadilla de los franceses. *Relaciones: Estudios de Historia y Sociedad* (8), 115-124. <https://www.colmich.edu.mx/relaciones25/files/revistas/030/Michoacan1865.pdf>
- Galindo y Galindo, Manuel. (1906). *La gran década nacional o relación histórica de la guerra de reforma, intervención extranjera y del archiduque Maximiliano 1857 - 1867*. México. Imprenta y fototipia de la Secretaría de Fomento.
- García, Genaro. (1973). *La intervención francesa en México según el archivo del mariscal Bazaine*. (Vol.1). México. Editorial Porrúa.
- García, Genaro. (1973). *La intervención francesa en México según el archivo del mariscal Bazaine*. (Vol. 2). México. Editorial Porrúa.
- García García, Olga. (1992). *El problema de las nacionalidades en el imperio austro-húngaro y su reflejo en la literatura* [Tesis de Doctorado, Universidad Complutense de Madrid]. <https://eprints.ucm.es/id/eprint/3310/>
- Hamman, Brigitte. (1994). *Con Maximiliano en México. Del diario del príncipe Carl Khevenhüller 1864 - 1867*. México. Fondo de Cultura Económica.
- Hefter, Joseph. (1962). *El soldado de Juárez, de Napoleón y de Maximiliano*. México.

Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

Hernández López, Conrado. (2004). Ilustración: La carencia principal del ejército mexicano. 1865 (Una propuesta dirigida al emperador Maximiliano de Habsburgo). *Relaciones: Estudios de historia y sociedad*, 25 (98), 211 - 235. <http://redalyc.org/articulo.oa?id=13709807>

Hernández López, Conrado. (2008). Las fuerzas armadas durante la Guerra de Reforma (1856 - 1867). *Signos históricos* (19), 36-67. <http://redalyc.org/articulo.oa?id=34411832002>

Hidalgo y Esnaurrizar, José Manuel. (1904). *Proyectos de monarquía en México*. México. F. Vázquez editor.

Iglesias, José María. (1991). *Revistas históricas sobre la intervención francesa en México*. México. Consejo Nacional para la Cultura y Recreación de los Trabajadores.

Imprenta de J.M. Lara. (1866). *Almanaque Imperial*. México. Autoedición.

Kolonitz, Paula. (1984). *Un viaje a México en 1864*. México. Fondo de Cultura Económica.

La Sociedad. (1864). *Advenimiento de SS. MM. II. Maximiliano y Carlota al trono de México*. México. Imprenta de J.M. Andrade y F. Escalante.

Márquez, Leonardo. (1904). *El imperio y los imperiales*. México. F. Vázquez, editor.

Meyer, Jean. (1993). México en un espejo: testimonios de los franceses de la intervención (1862 - 1867). en J. Pérez - Siller, & C. Cramaussel (Ed.), *México - Francia: Memoria de una sensibilidad común, siglos XIX - XX*. (Vol.2). México. Centro de estudios mexicanos y centroamericanos.

Moncada Galán, Raúl. (2000). *Memorias de Maurice Delezé Spruch: ayuda de cámara del emperador Maximiliano de Habsburgo: (1864 - 1868)*. Morelos. Instituto de Cultura de Morelos.

Monroy Casillas, Ilihutsy. (2003). La resistencia liberal y popular en la península yucateca durante el segundo imperio, 1865 – 1867. *Escuela Nacional de Antropología e Historia*, 10 (29), 01-22.

- Moreno Almendral, Raúl. (2013). Los imperios en la historia global: concepto y reflexiones sobre su aplicabilidad en el discurso historiográfico. *Ab Initio* (8), 139-179.
- Moretti, Federico. (1828). *Diccionario militar español - francés*. Madrid. Imprenta Real.
- Moyano, Ángela. (2011). *Los belgas de Carlota. La expedición belga al imperio de Maximiliano*. México. Pearson Educación.
- O. de Bopp, Marianne. (1965). *Maximiliano y los alemanes*. México. Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.
- Pani Bano, Erika. (2012). *La intervención francesa en la revista Historia Mexicana*. (E. Pani, Ed.) México. El Colegio de México.
- Ratz, Konrad. (2003). *Correspondencia inédita entre Maximiliano y Carlota*. México. Fondo de Cultura Económica.
- Ratz, Konrad. (2008). *Tras las huellas de un desconocido: nuevos datos y aspectos de la vida de Maximiliano de Habsburgo*. México. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Ridley, Jasper. (1994). *Maximiliano y Juárez*. Buenos Aires. Javier Vergara.
- Riva Palacio, Vicente. (1989). *México a través de los siglos*. México: Cumbre.
- Rivera Cambas, Manuel. (1987). *Historia de la intervención europea y norteamericana en México y del imperio de Maximiliano de Habsburgo*. (Vol.2). México. Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana.
- Rivera Cambas, Manuel. (1987). *Historia de la intervención europea y norteamericana en México y del imperio de Maximiliano de Habsburgo*. (Vol. 3). México. Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana.
- Rivera, Agustín. (1994). *Anales mexicanos, la reforma y el segundo imperio*. México. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ruiz, Eduardo. (1940). *Historia de la guerra de intervención en Michoacán*. México. Talleres gráficos de la nación.
- Romo Morales, Gerardo. (2014). *Nación, nacionalismo y movimientos nacionalistas: Una*

revisión teórica de la institucionalización del mito. *Investigación y desarrollo*, 22 (2), 331-359. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=26832007008>

Saavedra Casco, José Arturo. (2011). Un episodio olvidado de la historia de México: el batallón sudanés en la guerra de intervención y el segundo imperio (1862 - 1867). *Estudios de Asia y África*, 46 (3), 709-735.

Tognina, Andrea. (2009). Solferino o el sangriento nacimiento de una nación. *Centro de Estudios Internacionales para el Desarrollo*, 1-6.

van der Smissen, Alfred. (2016). *Recuerdos de México 1864 - 1867*. México. Editorial Martha Zamora.

Vigil, José María, & Hijar y Haro, Juan. (1987). *La gran década nacional o relación histórica de la Guerra de Reforma, Intervención extranjera y del archiduque Maximiliano 1857- 1867*. México. Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana.

Villaseñor Bordes, Rubén (1961). Guadalajara reza y se divierte. *Historia Mexicana*, 11 (1), 81-103. <https://historiamexicana.colmex.mx/index.php/RHM/article/view/845/736>.

von Magnus, Anton. (2011). *El ocaso del imperio de Maximiliano visto por un diplomático prusiano: los informes de Anton von Magnus a Otto von Bismarck, 1866 - 1867*. México. Siglo Veintiuno Editores.

Zoraida Vázquez, Josefina, & Meyer, Lorenzo. (2006). *México frente a Estados Unidos. Un ensayo histórico, 1776-2000*. México, México. Fondo de Cultura Económica.

## ANEXOS

### Anexo No.1. Tabla con la cantidad de municiones y tipo de armamento empleado por el Cuerpo Expedicionario Francés en los combates de Orizaba, Puebla y México

1.Balas macizas para cañón de a 30 libras	1800
2.Balas macizas para cañón de a 12 libras	40
2.Balas huecas para cañón, de a 30 libras	924
3.Balas huecas para cañón, de a 32 libras	206
4.Bombas de a 22 libras	2,359
5.Bombas de a 22 libras, de sitio	310
6.Granadas oblongas de obús, de a 4 libras, con balas	1,397
7.Granadas oblongas de obús, de a 4 libras, ordinarias	12,001
8.Granadas oblongas de obús, de a 12 libras, ordinarias	27,771
9.Granadas oblongas de obús, de a 30 libras	1,400
10.Granadas de obús, de a 15 libras	3,052
11.Granadas de obús, de a 12 libras	50
12.Granadas de mano	689
13.Botes de metralla para cañón rayado de a 12 libras	920
14.Botes de metralla para cañón rayado de a 4 libras	2,529
15.Pólvora de guerra para cañón	80,066 k. 70 gr.
16.Pólvora de guerra para fusil	4,430 k. 68 gr.
17. Pólvora de guerra contenida en los proyectiles.	2,488k. 75 gr.
18.Cartuchos con balas para “cazadores” (infantería)	1,106,358
19.Cartuchos con balas de infantería, para rifle modelo 1857	3,688,384
20.Cartuchos con balas de infantería, para rifle modelo 1856	352,526

22.Cartuchos para pistolas de gendarmería	3,230
23.Cartuchos sin bala, para fusil	21,543
24.Sacos rellenos para cañones rayados de campaña de a 4 libras	11,110

(García, 1973, p. 248-249).

## Anexo No. 2. Tabla de integrantes de la oficialidad del cuerpo austriaco de voluntarios

<b>Comandancia</b>	
<i>General comandante</i>	Sr. conde Francisco de Thun Hohenstein. (Comandante general de la segunda división territorial)
<i>Estado Mayor</i>	Coronel D. Gustavo Zach. (Jefe de Estado Mayor)
	Comandante D. Federico Hotze. (Sub jefe de Estado Mayor)
	Comandante D. Juan Polak. (Agregado al Ministerio de Guerra)
	Comandante Sr. D. Fernando de Rosenzweig. (Agregado a la comandancia del cuerpo)
	Capitán primero Sr. D. Adolfo Dietrich.
	Capitán primero Sr. Barón Hamilcar de Fin (Ayudante del general Conde de Thun)
<b>Cazadores</b>	
<i>Comandancia</i>	Teniente Coronel Sr. D. Guillermo La Vigne
	Comandante Sr. D. Alberto Schönowsky
	Comandante Sr. D. Paulo Bernar
<i>Capitanes primeros</i>	Sr. D. Juan Schuppaciech de Trankenbach
	Sr. D. Carlos Krickl, Caballero de la Orden Imperial de Guadalupe
	Sr. D. Carlos Findeis
	Sr. D. Lorenzo Hobza, Caballero de la Orden Imperial de Guadalupe

	Sr. Baron Armino Hammerstein de Eequord
	Sr. D. Fernando Leicht de Leichtenthurm
	Sr. Conde Tancredo della Salla, Caballero de la Orden Imperial de Guadalupe
	Sr. D. Eduardo Schauer de Schröckenfeld
	Sr. D. Gustavo Benda
	Sr. D. Luis Sebastian
	Sr. D. Augusto Hoen, Caballero de la Orden Imperial de Guadalupe, medalla militar de tercera clase
	Sr. D. Casimiro Rieger
	Sr. D. Guillermo de Hedemann, Caballero de la Orden Imperial de Guadalupe
<i>Capitanes segundos</i>	Sr. D. Federico Ludovici
	Sr. D. Juan Adamoviez
	Sr. D. Wenceslao Miesel de Zeileisen
	Se. D. Gustavo Zach
	Sr. D. José Beskochka
	Sr. D. Francisco Hastellie
	Sr. D. Juan de West
	Sr. Teodoro de Alsdorffer
	Sr. D. César Merizzi
	Sr. D. Alejandro Czaikonsky de Berynda, Caballero de la Orden Imperial de Guadalupe, medalla militar de tercera clase
<i>Tenientes</i>	Sr. D. Sigismundo Kranse
	Sr. D. Otto Beutl
	Sr. D. Juan Wittek
	Sr. D. César Gruber, Caballero de la Orden Imperial de Guadalupe

	Sr. D. Juan Donner
	Sr. D. José Caballero de Bosch
	Sr. D. Juan Scherzer, agregado al gabinete militar del Emperador
	Sr. D. Enrique Wieser
	Sr. D. Luciano della Sala
	Sr. D. Sebastian Spacil
	Sr. D. Cárlos Bartowsky
	Sr. D. Vicente Bogyay de Varbogyá
	Sr. D. Mauricio Weber, medalla militar de tercera clase
	Sr. D. Maximiliano Kurzbauer
	Sr. D. Cárlos Vesque de Püttlingen
	Sr. D. Reynaldo Pauzl
	Sr. Baron Hugo Codelli de Trankenbach, Caballero de la Orden Imperial de Guadalupe
	Sr. D. Francisco de Rambach
	Sr. D. Constantino Nosinie
	Sr. D. Raimundo Mader
	Sr. D. Cárlos Manussi, medalla militar de tercera clase
	Sr. D. Luis Tavecchi
	Sr. D. Albino Kreutzinger
	Sr. D. Raimundo Menzl
	Sr. D. Ernesto Pittner
	Sr. D. Víctor Petzola
	Sr. Conde Oscar Auersberg, medalla militar de tercera clase

	Sr. D. Juan de Cservedy
	Sr. D. Mauricio Manker, Caballero de la Orden Imperial de Guadalupe
<i>Subtenientes primeros</i>	Sr. D. Leopoldo Varga
	Sr. Estéfano Pekets
	Sr. D. Alberto Rumpelmayer
	Sr. D. Federico Lautner
	Sr. D. Rodolfo Egger
	Sr. D. Fernando Mach
	Sr. Conde Maximiliano de la Rosée, medalla militar de tercera clase
	Sr. Baron Eugenio Podmanitzky
	Sr. D. Cárlos Docupil, medalla militar de tercera clase
	Sr. D. Alfonso Lefevre, medalla militar de tercera clase
	Sr. D. Aurelio Piatkofsky
	Sr. D. Luis Premron, medalla militar de segunda clase
	Sr. D. Francisco Raeczek
	Sr. D. Federico See
	Sr. D. Ernesto Cattel
	Sr. D. Juan Weyringer
	Sr. D. Alfredo Furnetscher
	Sr. D. Felipe Faber
	Sr. D. Alejandro de Deak
	Sr. D. Gottlibo Katalimi
Sr. D. Eduardo della Salla	

	Sr. D. Antonio Schelling
	Sr. D. Alberto Radl, medalla militar de segunda clase
	Sr. D. Cristóbal Vidovits
<i>Subtenientes segundos</i>	Sr. D. Cárlos Hartmann de Hartenthal
	Sr. D. Julio Schmidt
	Sr. D. Leopoldo Malik
	Sr. D. Ignacio Lüksch
	Sr. D. Francis de Kubingi
	Sr. D. Otto Rauscher
	Sr. D. Enrique Desoye
	Sr. D. Arturo Langer
	Sr. Baron Alejandro Eggers
	Sr. D. Antonio Adam
	Sr. Baron Guillermo Seldenek
	Sr. D. Agustin Linger
	Sr. D. Juan Gail
	Sr. D. Enrique Kapegger
	Sr. D. Guillermo Zeleny
	Sr. D. Fernando Manussi
	Sr. D. Juan Ludwig
	Sr. D. Rodolfo Thomas
	Sr. D. José Murko
	Sr. D. Pio de Parfanovich

	Sr. D. Jorge Christofovich
<b>Regimiento de húsares</b>	
<i>Comandancia</i>	Teniente coronel Sr. D. Alfonso de Kodolitsch, Oficial de la Orden Imperial de Guadalupe, jefe del regimiento.
	Comandante Sr. Baron Güido de Czilliek
<i>Capitanes primeros</i>	Sr. Conde Edmundo de Wickemburg
	Sr. D. Nicolás Creke de Szent-György
	Sr. Conde Cárlos Khevenhüller Metsch
	Sr. Baron Alejandro Babarezy
	Sr. D. Nicolás Susani
<i>Capitanes segundos</i>	Sr. D. Fernando de Lakhner
	Sr. D. José Palkovits
	Sr. D. Arturo Dolezel
	Sr. D. Eugenio Latinovich de Borsod
	Sr. D. Guillermo Berger
<i>Tenientes</i>	Sr. D. Eduardo Hauksa
	Sr. D. Cárlos Wagner de Wetterstadt
	Sr. D. Alejandro de Papp
	Sr. D. Eduardo de Mashek
	Sr. D. Mateo Graf
	Sr. D. Vicente Tarkas
	Sr. D. Adolfo de Mihailowits
	Sr. D. Erman Mocker
	Sr. D. Juan Heinisch

	Sr. D. José Kovats
	Sr. D. Julio Thyboldh de Koscova
	Sr. D. Juan de Csismadria
<i>Subtenientes primeros</i>	Sr. D. Eugenio Almassy
	Sr. D. José de Mihalovits, agregado a la Comandancia de la Plaza de México
	Sr. D. Enrique Schneider
	Sr. Conde Arturo de la Motte
	Sr. D. Alejandro de Kulezar
	Sr. Baron Stefano de Kulmer
<i>Subtenientes segundos</i>	Sr. Baron Alejandro Bretschneider
	Sr. D. Miguel de Kalmucki
	Sr. D. Otto Kasimir
	Sr. D. Bela Variassy
	Sr. D. Enrique de Wiess
	Sr. D. Sigismundo de Zicky
<b>Regimiento de lanceros</b>	
<i>Comandancia</i>	Comandante Sr. Baron Bertrand de Omballe, jefe del regimiento
	Comandante Sr. D. Alfredo Klein
<i>Capitanes primeros</i>	Sr. D. Luis Montoyer
	Sr. D. Juan William Bythel
	Sr. Baron Godofredo Tacco
	Sr. Conde Ernesto Funfkirchen, Ayudante de Campo del Exmo. Sr. Mariscal, Comandante en jefe del ejército franco-mexicano
	Sr. D. Emilio Nikolits de Kekes

	Sr. D. Federico de Schukmann
	Sr. Conde Luis Sternberg
<i>Capitanes segundos</i>	Sr. D. Félix Witt de Dowling
	Sr. Conde Teobaldo Geldern
	Sr. D. Francisco Langen Steinkeller
	Sr. D. Fernando Schramm
	Sr. Conde Raimundo Manzano
	Sr. D. Ernesto Malburg
	Sr. D. Fernando Braunl
<i>Tenientes</i>	Sr. Silvio Smolak
	Sr. D. Oscar Winiker
	Sr. D. Cárlos Blasius
	Sr. Conde Federico Metternich Wolff
	Sr. Vizconde Víctor de Equivilley
	Sr. D. Jorge Brinkmann
	Sr. D. Antonio Sucodolsky, caballero de Janini
	Sr. Cárlos Segá
	Sr. D. Federico Thurneisen
	Sr. D. Erman Gebaner
	Sr. Baron Cállos Malotie
	Sr. Conde Maximiliano Hacke
<i>Subtenientes primeros</i>	Sr. Conde Cárlos Herberstein, medalla militar de segunda clase
	Sr. Juan d´Hoop

	Sr. D. Luis Thom
	Sr. Baron Francisco de Fin
	Sr. Baron Roberto de Hotz
	Sr. D. Augusto Yenziol
<i>Subtenientes segundos</i>	Sr. Conde Fernando Lancaster-Stuart
	Sr. Conde Estanislao Woducky
	Sr. D. Julio Jordan, Caballero de Zaklusein
	Sr. Conde Federico Wurmbrand
	Sr. D. Luis de Antoszewsky
	Sr. Conde Leopoldo de Meraviglia
<b>Artillería</b>	
<i>Comandancia</i>	Comandante Sr. D. Antonio Weinharra, jefe de artillería
<i>Capitán primero</i>	Sr. D. Alejandro Hipp, Caballero de la Orden Imperial de Guadalupe
<i>Capitanes segundos</i>	Sr. D. Máreos Puttnik
	Sr. D. Mauricio Graf
	Sr. D. Guillermo Hanke
	Sr. D. José Krohlopp
<i>Tenientes</i>	Sr. Baron Alberto de Bardeleben
	Sr. D. Francisco Liedl
	Sr. Antonio Pacholik
	Sr. D. Leopoldo Marik
	Sr. D. Federico Mickel, Caballero de la Orden Imperial de Guadalupe
	Sr. D. Hugo Mollnar de Keresz y Vaika

	Sr. D. Nicolás Radoezai
	Sr. D. Fernando Waldherr, agregado al gabinete militar del Emperador
	Sr. D. Juan Grimen
<i>Subtenientes primeros</i>	Sr. D. Guillermo Hofmeister
	Sr. D. Francisco Bachmann, medalla militar de segunda clase
	Sr. D. José Donner
<i>Subtenientes segundos</i>	Sr. D. Manuel Lautner
	Sr. D. José Tautz
	Sr. D. Eugenio Smrezka
	Sr. D. Isidoro Luschinsky
<b>Zapadores</b>	
<i>Capitán primero</i>	Sr. D. Aladar Byedeskuti
<i>Capitán segundo</i>	Sr. D. Ignacio Loroeh
<i>Tenientes</i>	Sr. D. Guillermo Stankienroz, Caballero de Mogila
	Sr. D. Antonio Lorenz
	Sr. D. Carlos Thyz
	Sr. D. José Weiss
<i>Subtenientes primeros</i>	Sr. Adolfo Stohr
	Sr. D. Gustavo Herle
<i>Subtenientes segundos</i>	Sr. Juan Hanak
	Sr. D. Mauricio Gross
	Sr. D. Constantino Hubert
	Sr. D. Ignacio Delintsch

	Sr. D. Theoberto Maler
	Sr. Federico Kron
<b>Administración del cuerpo de voluntarios austriaco</b>	
<i>Capitanes primeros</i>	Sr. D. José Smitarello
	Sr. D. Federico Bernal de Hohenstein
	Sr. D. Juan Reder
<i>Capitanes segundos</i>	Sr. D. Guillermo Postranecky
	Sr. D. Juan Suck
	Sr. D. Hugo Divorak
	Sr. D. Jorge Moravan
<i>Tenientes</i>	Sr. D. Juan Judas
	Sr. D. Alosio de Weissmann
<i>Subtenientes primeros</i>	Sr. D. José Schmegeer
	Sr. D. Julio Handak
<i>Subtenientes segundos</i>	Sr. D. Cárlos Hillmuth
	Sr. D. Antonio Spiewak
<b>Audidores del cuerpo</b>	
<i>Comandancia</i>	Comandante Sr. D. Ricardo Herschel
<i>Capitanes</i>	Sr. Víctor de Jaworsky
	Sr. D. Wofgang Kolly
	Sr. D. Adolfo Urban
<b>Capellanes del cuerpo</b>	
	Capellán primero. Sr. D. Mauricio Weber

	Capellán segundo Sr. D. Conrado Logonder
<b>Médicos del cuerpo</b>	
<i>Comandancia</i>	Teniente coronel. Sr. D. Ignacio Neudorfer
	Comandante Sr. D. Miguel Kubieza, Caballero de la Orden de Guadalupe
<i>Capitanes primeros</i>	Sr. D. Federico Braun
	Sr. D. Carlos Hainemann
<i>Capitanes segundos</i>	Sr. Simon Magyar
	Sr. D. Juan Prantel
	Sr. D. Cristian Dietrich
	Sr. D. Eduardo Hanvai
	Sr. D. Adolfo Klein
	Sr. D. Julio Sas, Caballero de Lucki
	Sr. D. José Schmidt
	Sr. D. Carlos Nayvar
	Sr. D. Wolfgang Handschúk
	S. D. Alois Miskey de Delney, Médico de la corte
<i>Tenientes</i>	Sr. D. Juan Arsenui
	Sr. D. Julio Ruppert
	Sr. D. Antonio Fuchs
<b>Boticarios del cuerpo</b>	
<i>Boticarios segundos</i>	Sr. D. Francisco Kaska
	Sr. D. Juan Wollner
	Sr. D. Carlos Lerch

<i>Boticarios terceros</i>	Sr. D. Francisco Neubaner
	Sr. D. Manuel Lebeda
	Sr. D. Cárlos Neumann
	Sr. D. Cárlos Weber
	Sr. D. Francisco de Ladenhäufen
<b>Veterinarios del cuerpo</b>	
<i>Veterinarios de segunda clase</i>	Sr. D. José Breier
	Sr. D. Azava Neuwelt
	Sr. D. Francisco Gossmann
	Sr. D. Francisco Rümmler
<i>Subveterinario</i>	Sr. D. Juan Bendik

Fuente: (Impreta de J.M. Lara, 1866).

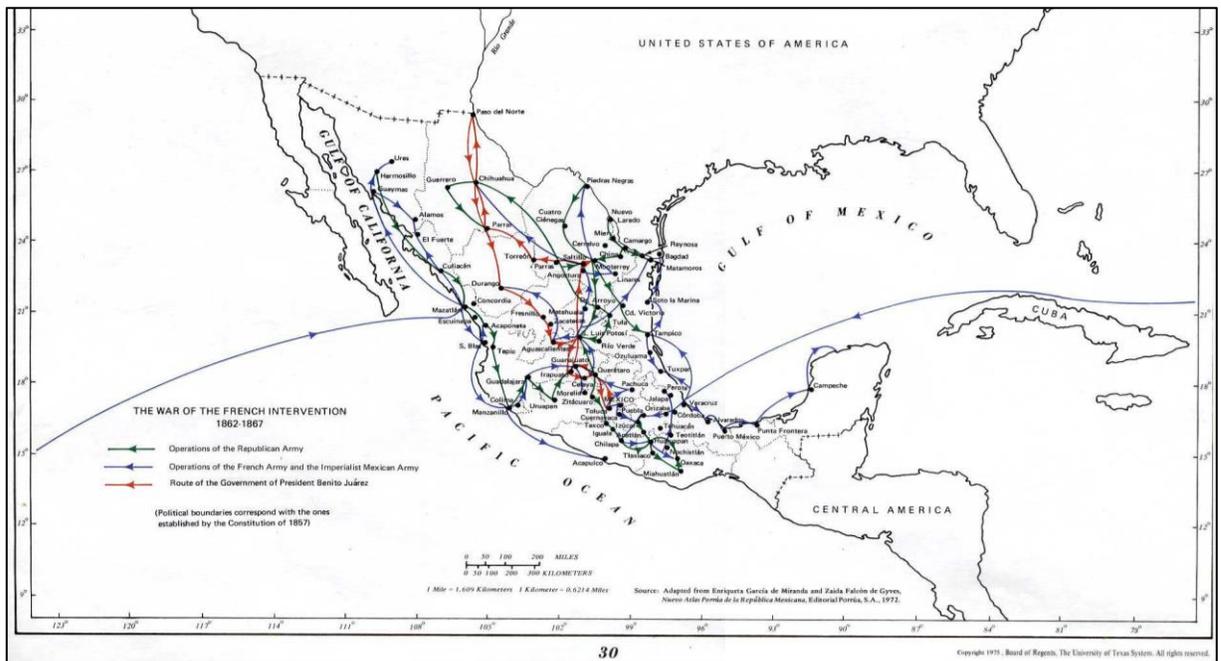
<i>Tabla Nro. 3. Oficialidad de la Legión Belga</i>	
<i>Comandancia</i>	Jefe. Sr. Teniente coronel Baron Alfredo Vander-Smissen, Comandante de la Orden Imperial de Guadalupe
	Comandante. Sr. D. Juan Antonio Altwies
	Capitán cuartel maestro. Sr. D. Julio César Huysmans
	Médico del regimiento. Sr. D. Enrique Vercamer
	Médico de batallón de primera clase. Sr. D. José Glibert
	Médico de batallón de primera clase. Sr. D. Leon Vuillot
<i>Capitanes</i>	Sr. D. Modesto Loisean
	Sr. D. Luis Wauters
	Sr. D. Constantino Gauchin, Caballeros de la Orden Imperial de Guadalupe
	Sr. D. Luis Delaunoy, ayudante mayor
	Sr. D. Leon Visart de Bocarmé
	Sr. D. Eugenio Gouzée, ayudante mayor

	Sr. D. Federico Delannoy
	Sr. D. Augusto Gauchin
	Sr. D. Teodoro de Schrymakers, Caballero de la Orden Imperial de Guadalupe
	Sr. D. Francisco Timmerhans
	Sr. D. Feliciano De Savoye
	Sr. D. Víctor Winaud
	Sr. D. Eugenio Tydgadt
<i>Tenientes</i>	Sr. D. Cárlos Stevens
	Sr. D. Fermin Dufour
	Sr. D. Baron Luis Van-der-Straten de Waillet, Caballero de la Orden Imperial de Guadalupe
	Sr. D. Alfredo de Heck
	Sr. D. Emilio Waltou
	Sr. D. Amado Carlot, Caballero de la Orden Imperial de Guadalupe
	Sr. D. Roberto Verbruggen
	Sr. D. Emilio Barré
	Sr. D. Juan Jaminé
	Sr. D. Emilio Davreux
	Sr. D. Sebastián Tack
	Sr. D. Teófilo Wahis
<i>Subtenientes</i>	Sr. D. Víctor Stassin
	Sr. José Van-Roclen
	Sr. D. Alfredo Stoops
	Sr. D. Leopoldo Foardin
	Sr. D. Camilo Stassin
	Sr. D. Alfonso Carpentier
	Sr. D. Leonel Poelman

Sr. D. Juan Husson
Sr. D. Guillermo Bleser
Sr. D. Eduardo Poncin
Sr. D. Alfredo de Biber
Sr. D. Juan Bautista Bouvy
Sr. D. Juan Dechestret
Sr. D. Leon Lafont
Sr. D. Luis Jacops
Sr. D. José Dotalis
Sr. D. Francisco Heurion
Sr. D. Alfonso Verstraeten
Sr. D. Juan Settegest
Sr. D. Juan Bautista Hertens
Sr. D. Juan Adam

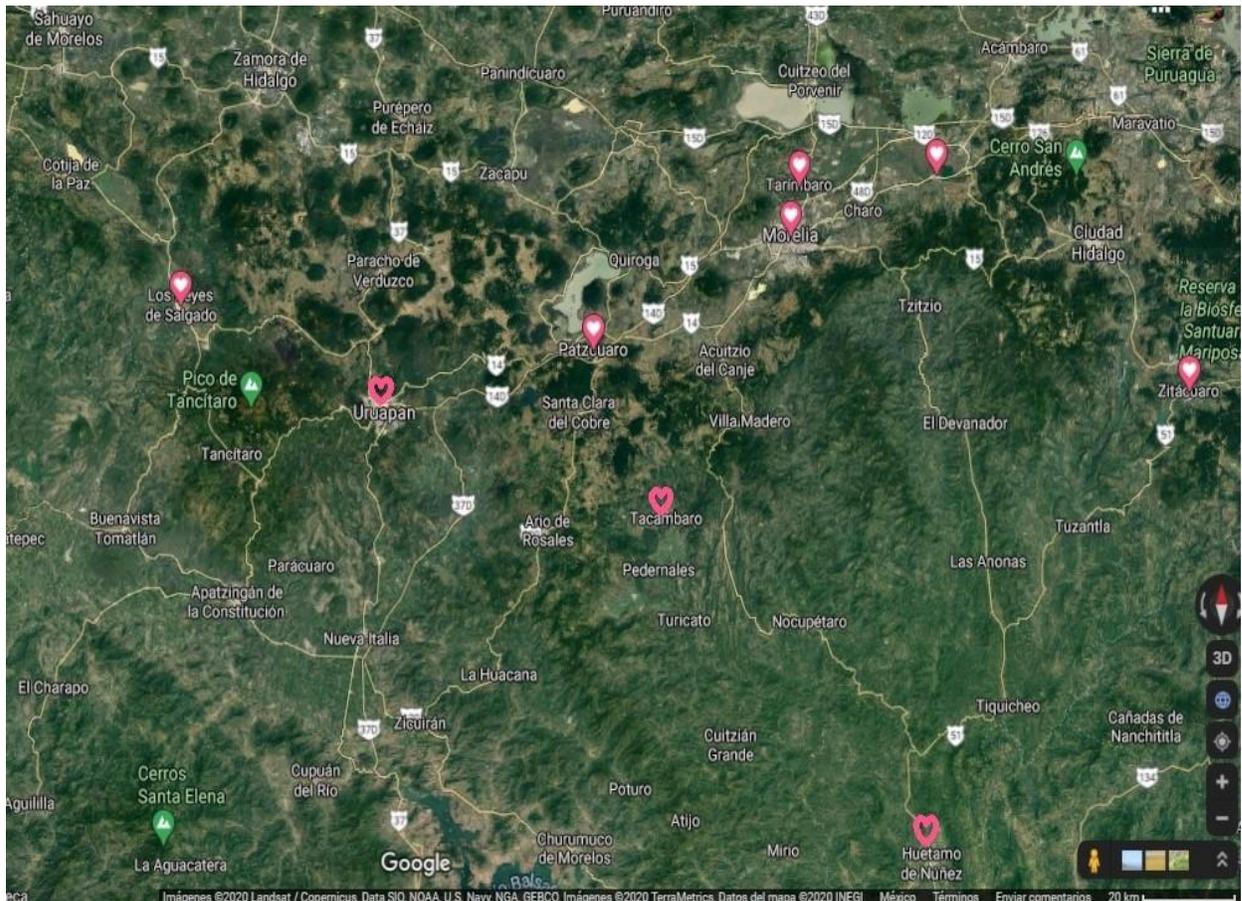
(Impreta de J.M. Lara, 1866, p. 146-158).

**Anexo No. 3. Mapa de la Segunda Intervención Francesa (1862-1867)**



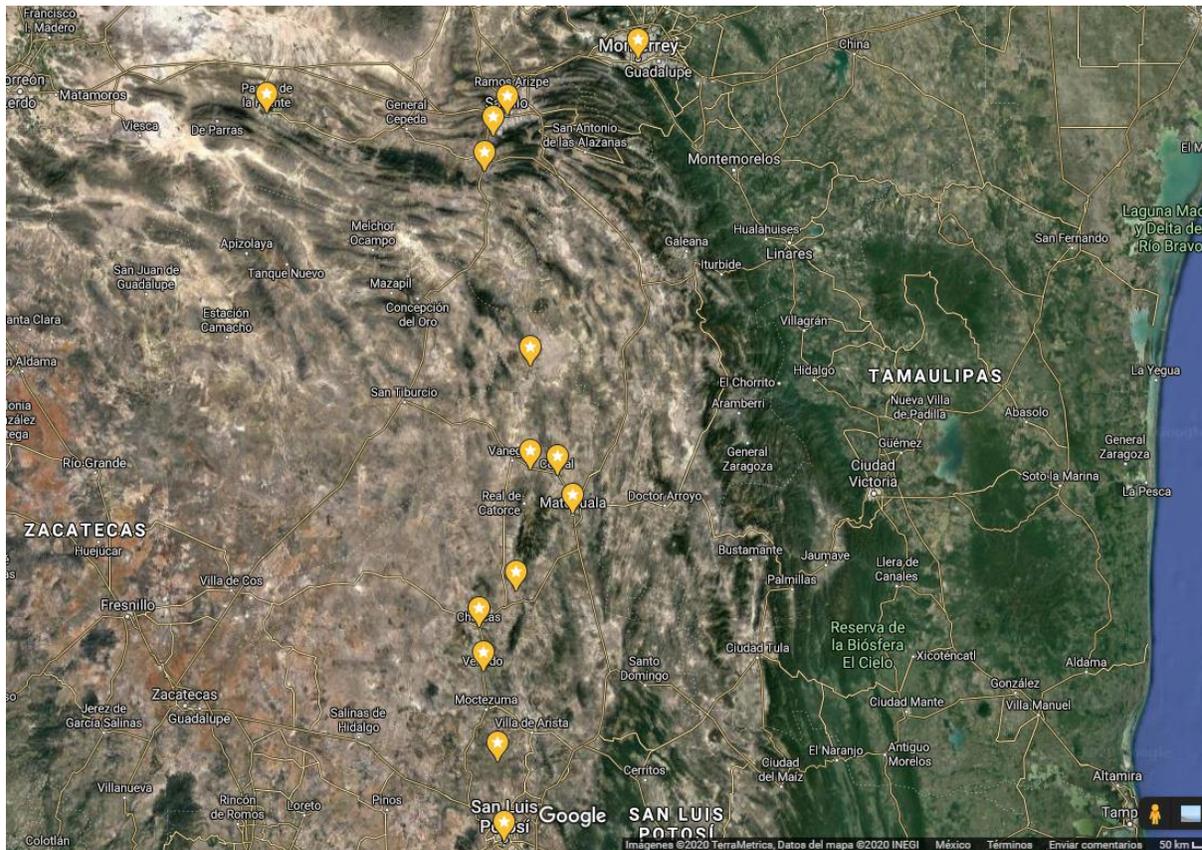
Texas libraries, The University of Texas at Austin (17 de septiembre de 2009). *Segunda Intervención Francesa en México, 1862*. [https://www.gifex.com/fullsize/2009-09-17-1604/Segunda\\_Intervencion\\_Francesa\\_en\\_Mexico\\_1862\\_1867.html](https://www.gifex.com/fullsize/2009-09-17-1604/Segunda_Intervencion_Francesa_en_Mexico_1862_1867.html)).

#### Anexo No. 4. Mapa de la campaña en Michoacán del Regimiento de la Emperatriz



Google maps. <https://www.google.com/maps/@19.3703612,101.9780796,177630m/data=!3m1!1e3>.

## Anexo No. 5. Ruta de los belgas hacia Monterrey



Google maps. <https://www.google.com.mx/maps/@24.0282215,-100.6422924,366529m/data=!3m1!1e3>.